

Este libro es propiedad de la Biblioteca
Nacional de la Casa de la Cultura
Su Venta es penada por la Ley

ALEJANDRO ANDRADE COELLO

LOS GENIOS



BIBLIOTECA NACIONAL	
QUITO - ECUADOR	
COLECCION GENERAL	
No. 0263	AÑO 1986
PRECIO	DONACION

0126-J

IMPRENTA «ECUADOR»
QUITO — 1935

ALGUNAS OBRAS DE ALEJANDRO ANDRADE COELLO

- La Ley del Progreso.*— Casa Editora de Juan I. Gálvez.— Quito, 1909
Vargas Vila. Ojeada crítica de sus obras.— Imprenta del diario Ecuador— 1912.
Las Brumas de Antonio C. Toledo.— Talleres del diario "El Comercio".—1913.
Algunas ideas acerca de educación—2ª ed.— Imprenta Municipal.—1915.
Rodó— 4ª ed.— Imprenta y Enc. Nacionales, 1917
Orientaciones periodísticas: Manuel de J. Calle—Imprenta Mejía—1919
El Ecuador Intelectual.— Córdoba (Argentina)— Imprenta Bautista Cubas—1919
Tres poetas de la música.— Imprenta de la Universidad Central.—Quito.—1921.
La Condesa Emilia Pardo Bazán.— Imprenta y Encuadernación Nacionales—1922
Juana de Ibarbourou.— Imprenta Nacional Quito, 1921
Educación del Hogar—Imprenta "Editorial" Quito, 1923
Motivos Nacionales (2 tomos) — Imprenta de la Escuela de Artes y Oficios—1927
Pinceladas de la Tierra. Ensayo de novela.— Imprenta de la Escuela de Artes y Oficios—1928
Centenarios y Milenarios.— Edición del Ministerio de Educación—1931.
Eloy Alfaro (Epinicio biográfico) Talleres tipográficos Nacionales.— 1934.
Nociones de Literatura General 4ª ed. Quito —1934
El ocaso de los conquistadores.—Imp. Municipal—1934
Quiteños auténticos — Imp. Municipal.—1934
Recuerdos de Quito.—La Tola—Impreso por N. Romero— Quito—1934
Del Quito Antiguo— Imp y Encad. «Ecuador» —1935
A través de los Libros Imp. y Encuad. «Ecuador», 1935

EN LA PRIMERA PAGINA

Este opúsculo es propiamente continuación del que con el título de **CENTENARIOS Y MILENARIOS** publiqué en la sección oficial que mantenía el Ministerio de Educación.

En éste también conmemoro otros centenarios, como los de Goethe, Wáshington, Léssing, Juan Montalvo, Dárwin, Lope de Vega.

Preferentemente, el cincuentenario de la muerte de Víctor Hugo da nombre al folleto **LOS GENIOS**.

¿Cómo no han de ser genios los personajes de la talla del que la Francia republicana consideró como a su primer poeta y guardó sus reliquias en el Panteón de los candidatos a la inmortalidad?

En la regia pompa de sus funerales, la Francia se alzó, en actitud reverente, a derramar sobre el féretro del hijo predilecto las rosas del amor y de la gratitud, como lluvia simbólica, póstumo homenaje al solitario de Guernesey donde— según Luis Correa— «aprendió la lección del mar. hasta convertirse, para valernos de su propia expresión, en uno de esos **HOMBRES - OCEANOS**, que vigilan desde su roca, como **INMOVILES GIGANTES**, la marcha del espíritu humano».

Aunque sea pálidamente, expreso mi simpatía y

9234

gratitud a Polonia, por medio siquiera de una síntesis de algunos de sus auténticos valores.

Lanzo un libro más al torrente intelectual. ¿Será manía componer, con sangre del alma, libros y más libros, en medio de la brega cotidiana en el periodismo? Si así lo es ¡oh, santa e inofensiva locura!: me aparta de otras tentaciones y asperezas: me inclina al estudio, como un consuelo en el erial de la vida, en el que acercarse a una página escrita es como llegar a un oasis de satisfacciones desinteresadas, por insignificante que sea el hilillo de agua pura que se oculta en el modesto cauce espiritual.

Además, reconocer los merecimientos de los varones ilustres que la humanidad consagrara, no es manía que a nadie pudiera causar daño.

Quito, a primero de Noviembre de 1935

Alejandro Andrade Coello

LOS GENIOS

VICTOR HUGO

Víctor Hugo, augusta y colosal cabeza de alba cúpula, fatigó la pluma que alecciona a las multitudes y la narración imaginativa que las deleita.

Con la grandilocuente fogosidad de su entusiasmo y la orfebrería deslumbrante de sus frases, nerviosas y cortadas, ha descrito a los excelsos varones que honraron a la humanidad. Trata de sus hondos martirios, de la pobreza que fue su numen, del vía crucis que recorrieron sus almas, de las resistencias que vencieron a costa de perseverancia y sacrificio.

Van desfilando, cargados de pesares y coronados, más que de mirtos, de espinas, los gigantes "que señalan la marcha del espíritu humano". Especifica los trozos que ocuparon en la región del ideal, tanto por sus obras individuales como colectivas, los fugitivos Tabores, que se trocaron pronto en Calvarios.

• Los grandes hombres, ha expuesto conmovido, vieron y sintieron mucho y con frecuencia en pocos años han vivido muchas vidas. Es preciso convencerse de que los gigantescos abetos sólo crecen en la región de las

tempestades: Atenas, ciudad tumultuosa, produjo mil grandes hombres; Esparta, ciudad ordenada y silenciosa, no produjo más que uno, Licurgo. Observamos que la mayoría de los grandes hombres aparecen entre las grandes fermentaciones populares: Homero nace en los siglos heroicos de la Grecia; Virgilio en la época del triunvirato, Ossían entre las ruinas de su patria y de sus dioses; Dante, Ariosto y el Tasso en medio de las convulsiones renacientes de la Italia; Corneille y Racine en el siglo de la Fronda, y Milton en la primera revolución popular de Inglaterra, al pie del sangriento cadalso de White - Hall»

¡ Qué agitación la de Europa cuando, en 1802, vino al mundo Víctor Hugo en una plaza fuerte ! Frescas estaban las tumbas abiertas por la revolución francesa. Aprestábase Napoleón a nuevas luchas en su tercera campaña continental. Encendíanse en América las primeras antorchas de su independencia. El mismo expresa que nació en el fragor de las batallas, como hijo menor del General Hugo. Desde niño fui soldado, le dice a su hijo Carlos Hugo.

Abnegaciones y desvelos de su heroica madre salvaron al niño de las garras de la muerte. Enfermizo y débil en su infancia, robusteció su organismo, gracias a los solícitos cuidados de la inmortal mujer que puso en su alma la simiente de la educación y custodió ese cuerpo delicado. El futuro titán aprovechó cualquira ocasión

para enaltecer la sublimidad maternal y trazar, con creciente amor, el poema de los niños. Padre y abuelo, estuvo velando las queridas cunas.

París y Madrid fueron testigos del amanecer del genio en sus primeras lecciones escolares. Le fue propicio el momento de admirar las obras de Cervantes, para, más tarde, consignar que el genio hispano "posee como poeta los tres dones soberanos: la creación, que produce los tipos y que cubre de carne y de huesos las ideas; la invención que hace chocar las pasiones contra los sucesos y al hombre contra el destino, produciendo el drama; y la imaginación, que como el sol, da claro-oscuro a todas las partes, produce el relieve y da la vida".

Su vocación por las letras fue irresistible. Imberbe de 14 años, ya escribe la tragedia *Irtamene* y el drama *Inés de Castro*. En época temprana, ya traduce páginas de Virgilio. La pujanza de su talento le redime de las estrecheces de fortuna. Pronto, a los honores meramente literarios, acompañanle, en repetidos certámenes, galardones remunerativos. En 1.817, y luego dos años después, obtiene sendas menciones honoríficas de la Academia Francesa, en concursos que organizara, por sus poemas *Las ventajas del estudio* y las *Ventajas de la enseñanza mutua*. Premiado en resonantes fiestas como los Juegos Florales, recibe, además, regias pensiones pecuniarias que van en aumento.

La misma corporación que rechazara por tres veces su candidatura, lo que acentúa el sarcasmo de las apreciaciones humanas, singularmente en los grupos estrechos, egoístas y que se creen ungidos con óleo inmortal, le nombra académico en enero de 1841, por 18 votos contra 16. El hecho prueba que ni siquiera tuvo mayoría abrumadora, sino muchas voluntades adversas. Tal actitud ya no se presta a comentarios. Desde prístinas centurias, los contemporáneos no fueron buenos jueces de los genios, a los que trataron generalmente de posponer. Todavía ruboriza que Montalvo no haya sido académico y que los escritores de su tiempo le hayan menospreciado tanto, hasta en cartas íntimas, en las que el tratamiento era despectivo.

Montalvo y Víctor Hugo no son casos aislados. El camino de abrojos es interminable. Cuando en 1845, como Director de la Academia, contesta el discurso de Girardin, el interrogante del exordio parecería un reproche al egoísmo. "¿Cómo es posible que vea un sitio vacío entre nosotros, sin pensar en el hombre eminente y extraordinario que debía ocuparlo, en el íntegro servidor de la patria y de las letras que agotó el exceso de trabajo, que ayer luchaba con muchos odios y hoy le rodean respetuosas y generales simpatías, que sólo cometen el error de declararse en favor de los hombres ilustres en la hora suprema de la desgracia"?

Honda huella de dolor le deja la muerte de su madre, acaecida en 1821. Desde entonces, se acentúa más su ternura por las que educan en el hogar, y el inmenso amor a los huerfanitos, a los niños pobres, a los que en las navidades sentaba a su mesa en número de cuarenta. Entrando en el corazón de las mujeres, les musita—: «Pensad todas en vuestros hijos al contemplar a éstos, y en la medida de vuestras fuerzas, y para empezar desde la niñez la fraternidad humana, vosotras que sois madres, madres dichosas y favorecidas por la suerte, procurad conseguir que los niños pobres no envidien a los niños ricos. Sembremos amor. De esta manera, apaciguaremos al porvenir».

Vio sereno pasar las tormentas, erguido en la cima de los intelectuales, como el soberbio Chimborazo en la cúspide andina. Apuró destierros y ataques bruscos. Combatido en vida, mucho más lo fue después de su muerte. Hasta ahora se le discute con mezquindad.

La honra española, que siglos posteriores al décimo octavo han dado más lustre, fue también escarneada: casi dos centurias se olvidaron del autor del Quijote. «Cervantes no conoció la gloria en vida, ni halló en la muerte una ocasión ruidosa de inmediata consagración. Su hado fatal contrasta con la venturosa estrella de Lope, así en la vida como en la muerte. El coro triunfal de todos los poetas resuena en la apoteo-

sis del fénix feliz cuando la sombra cae sobre la tumba del manco desventurado», dice el notable escritor argentino Ricardo Rojas, que ha estudiado al poeta lírico, épico y dramático con amor cervantino, amplia erudición y espíritu comprensivo.

Con Víctor Hugo—cuyos funerales fueron inmortal homenaje—no sucedió lo mismo, por más que continúen levantándose, saeta en mano, sus odiadores, más allá del sepulcro y del fanatismo.

Bastaría aludir a las groserías de Claudio Farrére y al injusto libro de Jorge Batault que le moteja de pontífice de la demagogia, para convencernos de que el odio, la envidia quizá, no cesan ni ante las fronteras de la tumba.

La intransigencia desconcertante de ciertos gremios, le niega las fulguraciones del genio, porque es arma ya conocida o llamar loco o limitar su saber al que proyecta sombra formidable. La crítica apasionada de ciertas congregaciones le ha restado hasta erudición y talento, lo que es el colmo.

Ahí, en la feria docente, circulan libros escolares que demuestran la porfiada campaña, la mala fe notoria; ahí menguadas antologías, en las que ni siquiera consta su nombre.

A pesar de estos dardos, que han tratado en vano de cubrirle con el burdo manto del descrédito, se alza su figura plácida y armoniosa que está inspirando simpatía.

en muchos pueblos. Hasta su egolatría tonante no desagrada, cuando en otros que no son dioses mayores es insufrible.

La Francia abre sus brazos para estrecharle con afecto, orgullosa de poseer esta eminencia mental que defendió los derechos y las libertades, la vida misma de la humanidad, y que estuvo a punto de ser fusilado si Morney llega a capturarlo, pues poseía en su bolsillo la orden de hacerlo, extendida por Luis Napoleón.

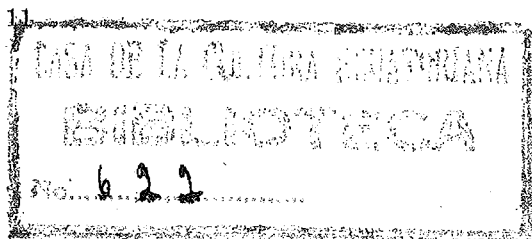
Genio él, genio auténtico, enaltecíó a sus semejantes y alumbró el sendero de los elegidos.

Creyendo irreverencia que no se traduzca a Homero con la majestad a que es acreedor, se expresa así:

«Los grandes poetas son como las grandes montañas; tienen muchos ecos. Sus cantos se repiten en todos los idiomas y se pronuncian sus nombres en todas partes. Homero ha alcanzado, quizá más que todos, por su inmensa fama, el privilegio de la desgracia de tener multitud de intérpretes».

Por lo común, los contemporáneos no comprenden a los genios. Como a Sócrates, les obligan a apurar el tóxico fatal.

Cuando el sublime presidiario que durante diez años permaneció encerrado bajo los plomos de Venecia y en los calabozos de Spielberg, Silvio Pellico, — que sufrió tan prolongada pena sin exhalar quejas — compuso su trage-



dia *Francesca*, inspirada en la juvenil artista Carlota Marchionni que le recordaba «la pálida y melancólica figura de Francisca de Rímini», pidió la autorizada opinión de Hugo Foscolo, de tan mísero ocaso. Leída la composición, el poeta que arrancara sonos elegíacos en sus poemas *Sepolcri*, le dijo «Amigo mío, esta es una equivocación total: deja a Francisca tranquila en el infierno y arroja al fuego tu obra. No toquemos a los muertos del Dante, que podrían causar miedo a los vivos de hoy».

El pasaje comenta Antonio de Latour, prologuista de *Mis prisiones*, en esta forma: «Racine no quemó el *Alejandro* condenado por Corneille, pero se puso a componer la *Andrómaca*; Silvio no se ocupó en nueva tarea, sino presentó a Foscolo al día siguiente la *Laodamia*, su primer ensayo: ¡Muy bien!, exclamó Foscolo, este trabajo es muy bello «Se volvió a su casa Silvio y arrojó al fuego la *Laodamia*. Algunos años después, la *Francesca* era acogida con entusiasmo en todos los principales teatros de Italia. Consiste esto en que hay una conciencia del genio, que despiadadamente le grita: «Te has engañado, a pesar de que la muchedumbre te aplaude»; pero que también sabe absolverlo y advertirle su derecho en lo mismo que sus jueces han condenado».

Al trazar con caracteres luminosos la vida de Shakespeare, compara a los genios con el océano. “Efectivamente, dice, hay hombres océanos. Existen en cier-

tas almas, como en el mar, las olas, el flujo y el reflujo, el vaivén terrible, el gemir de los vientos, las vegetaciones del abismo, la demagogia de las nubes en el huracán, las maravillosas salidas de los astros, los temibles rayos errantes que tuercen el camino buscando a quien herir, hondos sollozos, monstruos que se vislumbran, oscuras y rugientes noches, rocas, tormentas, naufragios, naves que se chocan, sangre en el abismo, después gracia, dulzura, fiesta, las velas blancas de los barcos de pescar, las canciones alegres, los puertos espléndidos, el humo del hogar, el azul profundo de las aguas y del cielo, lo inesperado en lo inmutable, la prodigiosa monotonía perpetuamente varia, el nivel tras el trastorno; todo eso puede existir en un alma, y entonces el alma se llama genio, y entonces el genio se llama Esquilo, Isaías, Juvenal, Dante, Miguel Angel, Shakespeare».

Invitado a concurrir a las fiestas que con motivo del centenario de Petrarca preparaba Avignon, férvido agradeció, contemplando la gloria del magno poeta, que para que fuese completa sólo le faltó el dolor. «Petrarca es uno de los raros ejemplos del poeta feliz. Viviendo, le comprendieron, privilegio que no gozaron Homero, Esquilo ni Shakespeare. Ni le calumniaron, ni le silbaron, ni le dilapidaron. Petrarca gozó en el mundo de todas las glorias del genio; del respeto de los papas, del entusiasmo de los pueblos, de lluvia de flores cuando pa-

saba por las calles, de ver ceñida la frente con el laurel de oro como un emperador; de Capitolio, como un dios. Pero digamos virilmente la verdad: le faltó ser desgraciado. Prefiero a su traje de púrpura el cayado del Dante. Falta a Petrarca ese no sé qué trágico, que añade a la grandeza de los poetas no sé qué cima negra que marca siempre la cumbre más alta del genio».

Cuando los funerales de su amigo Dumas, con quien pasó muchas horas afectuosas de la juventud, escribió a su ilustre hijo lo que pensaba sobre el monstruo de la novela: «Nada le faltó, dijo, ni el combate, que es el deber, ni la victoria, que es la felicidad. Su espíritu era capaz de todos los milagros, hasta de legarse, hasta de sobrevivirse a sí mismo».

No fue menos elocuente su discurso en los funerales de Honorato Balzac. “Este trabajador potente y nunca fatigado, este pensador, este poeta, este genio ha vivido entre nosotros la vida de las tempestades, de las luchas, de las discusiones, de los combates de que participaron en todos los tiempos los hombres eminentes”.

Al puntualizar los defectos de las poesías del juvenilmente malogrado Andrés Chenier, reconocía su talento, puesto de relieve en las elegías, y terminaba así: «Encontraréis siempre en Andrés Chenier la manera franca y amplia de los antiguos; rara vez vanas antítesis, con frecuencia pensamientos nuevos, pinturas vivas y en to-

das partes el sello de una sensibilidad profunda, sin la que no existe el genio, y que es quizá la que le constituye. Porque ¿qué es el poeta? El poeta es el hombre que siente con fuerza y desarrolla sus sensaciones en un lenguaje expresivo. La poesía casi la constituye el sentimiento”.

De Mirabeau afirmaba que en la tribuna todo en él era poderoso. Le pinta de modo formidable, con la cabellera cual melena y su verbo como rugido de león en la casa de fieras, dando realce hasta a su fealdad. “El genio de la revolución, al formarse una fuerte égida con las doctrinas amalgamadas de Voltaire, de Helvetius, de Diderot, de Bayle, de Montesquieu, de Hobbes, de Loke y de Rousseau, colocó en el centro la cabeza de Mirabeau”.

Víctor Hugo cultivó, con inagotable fecundidad, casi todos los géneros. Desde su novela tempranamente juvenil *Han de Islandia* y después el engendro de Bug—Jargal, recorrió lo escala imaginativa, subyugando a los lectores. Palmas resonantes en su tiempo a *Nuestra Señora de París* que presenta tipos magistrales y profundiza la arqueología. Sensación universal en su época para *Los Miserables*.

Dramatizó, en una serie de aventuras conmovedoras, el conflicto social del siglo décimo nono, en ese bello y concienzudo libro que traza la ruta de la expiación.

Arrepentimiento y experiencia transforman al aborrecido presidiario en un hombre de bien. En él obró este prodigio, más que el odio a la cárcel, el recuerdo de la bondad de un justo. Se palpa el rigor de la ley que con sus grillos y cerrojos no mejora a los culpables, sino que los intoxica de perversión y de venganza, concluyendo por hundirlos en el bátratro social. Faltas leves se agigantan, porque no brilla el astro de la misericordia. Cuando la mansedumbre humana clarea, es posible el destello de una aurora de reforma en la obscuridad de los espíritus depravados, que más se revuelcan en el lodazal del crimen por carecer del bálsamo del perdón. De *Los Miserables* se desprenden sugerencias que son enrojecedor reproche contra el indiferentismo social y la indolencia de las autoridades llamadas a educar al pueblo. Piedad para los caídos es grito rehabilitador. Vivan los bendecidos frutos de la escuela y del hogar, embalsamados por el cariño y la virtud doméstica. Manténganse estrechos los vínculos de la familia que vierte rocío en el arrial y pule al hombre hosco. Tétricos cuadros de maldad y de hambre, junto a idilios de corazones juveniles, se proyectan en *Los Miserables*, relato cosmopolita, lleno de soberanas antítesis, que es protesta y zurriago contra las injusticias colectivas. Lastimoso es que cierta juventud, enferma de *sensacionalismo*, no quiera volver a leer viejas y sustanciosas novelas: prefiere la pornogra-

fía y el capricho flamantes, porque no encuentra paciencia para los esfuerzos mentales. Triste es que huyan muchos mozalbetes del manoseo de amarillentas hojas que ponen de manifiesto el poder del propio empeño, las fecundas enseñanzas del sufrimiento, el milagro de la torturada conciencia que reacciona, purga en su alcázar interior los recónditos delitos y busca la regeneración social, de la mujer en primera línea, sembrando desinteresadamente el bien y procurando servir al prójimo. Mírense con respeto siempre tan cálidas y altas ternuras, que encierran acciones sublimes, como la de perdonar al enemigo, romper la vanidad y ensóberbecimiento, mitigar el dolor de los de abajo, destruir prejuicios y egoísmo, cimentar magnánima justicia, repartir consuelos. Las hondas cuitas morales, los suplicios dantescos, se ven embellecidos por el amor y fecundados por las quemantes lágrimas.

Anhelantes seguimos una de las patéticas escenas de la corbeta Claymore en aguas de la Mancha, en los primeros capítulos épicos de «El Noventa y Tres», rebosantes de emoción. Fulgen las sentencias, y grabamos en la memoria que el valor debe premiarse, pero debe castigarse la negligencia. Pasa por el libro la sombra de Marat.

«El Hombre que ríe» causa el sacudimiento del estupor; convierte la forzada mueca latebrosa en an-

gustia macabra. «Los trabajadores del mar» unen al deleite de la narración, lecciones que aprovechan. En el teatro recibe continuas apoteosis, lo mismo por su Hernani repetido 45 veces en el año de su estreno, que por Marion Delorme, Lucrecia Borgia, Cromwell, El Rey se divierte, Ruy Blas, etc.

Su lira, que se eleva a las estrellas, va resonando prepotente por el globo. Desde las pálidas hojitas de otoño, hasta la vacuidad de las exóticas religiones y el contrasentido filosófico de todas, el poeta universal fija múltiples conceptos y esplendores en la melodía de su pentagrama. La cascada de notas son las perlas del sentimiento humano y de la poesía. En el género lírico, sus versos forman una selva sonora. Vivirán sus veinte volúmenes de odas como la sacra montaña del bardo olímpico, a la que se ascienda con temblorosa reverencia. En Guernesey trazó la *Leyenda de los Siglos* que recoge por sus majestuosos cuadros. Pocas veces, no obstante sus anatemas formidables, alteró su bondad ingénita. En *Napoleón el Pequeño*, que es obra punzante, agresiva, delata la pequeñez del amo y su abyecta situación. Estremece la *Historia de un crimen*. En *Castigos*, fulguran la cólera y el amor.

Como un manantial, su correspondencia, de la que fluyen sus innumerables cartas sobre interesantes y variados temas.

Hasta setenta volúmenes repletan sus concepciones, en el complemento de la obra. Desde la altura bronceína en que le situó el escultor Barrias, en la plaza Víctor Hugo, parece que el abuelo amable sonríe con ternura, dirigiendo su mirada a los que sufren. Como un emperador, mantiene el cetro romántico. Explaya su doctrina en la introducción de su tragedia «Cromwel». Le rodean inteligencias de primer orden.

El romanticismo invadió América. A lo largo del continente, muchas y apreciables flores de la inspiración fueron tomadas en los jardines principescos de Víctor Hugo.

Sin sosiego, el torrente de las nuevas corrientes filosóficas y literarias se ha esparcido por el Nuevo Mundo. Unas teorías de estética han reemplazado a otras. Lo mismo ha sucedido en el campo de la sabiduría. El realismo vino con Zola y el positivismo con Spencer, patrocinador de la psicología experimental. Brotaron después otras escuelas, con sus prosélitos y defensores, con sus impugnadores e iconoclastas. Los edificios artísticos se derrumban. Sobre sus ruinas se edifican otros. Los de aquí son inconsistentes; los de allá duran un poco más; aquéllos dejan sospechar bases más firmes. La moda, por su parte, extiende sus tiránicos dominios. El empeño de la originalidad arrastra al vértigo. Reina a veces la anarquía y los cánones son pisoteados.

Pero no hay duda que el romanticismo produjo obras bellas. Si ha cumplido su misión con gigantes como Hugo, y si se olvidan quizá sus formas, perdurará la sustancia como alimento vigoroso de los espíritus. El poeta de las atrevidas ensoñaciones y de la frecuente filosofía, quedará en la cima, por más que se rechacen las modalidades románticas. Si el mundo quiere otras impresiones, si la vida se orienta hacia más prácticos y asequibles horizontes, no por esto la fecunda y romántica tarea victorhuguesa se ha de tristemente despojar de lo que encierra en sus entrañas.

Su apolíneo instrumento de cien cuerdas toca los más variados problemas, desde el de las religiones hasta los sociales, desde la filosofía hasta la candorosidad de la infancia, desde la creación hasta las reconditeces del corazón humano. Las proyecciones de la naturaleza pasan como evocaciones cinematográficas que agitan el sentimiento y mueven a los espíritus.

Este monarca de la poesía, millonario lírico, derrochador de ideas redentoras en bien de los obreros y los oprimidos, no sólo prodigó el tesoro de su belleza encerrado en su cerebro de actividad de fragua, proporcionando consuelos espirituales a las víctimas del infortunio, sino procuró el auxilio material para aliviar muchas cuixtas, con el legado principesco de un millón de francos a los pobres.

De todas partes le invitaban y le pedían su valioso concurso. Cuba, que luchaba por su libertad, se dirigía a él por intermedio de sus heroicas mujeres. En 1.870, les contesta: "Fugitivas mártires, viudas y huérfanas, pedís que os socorra un vencido; las proscriptas piden ayuda al proscripto que se ve sin patria".

Apóstol de la emancipación de la conciencia humana, paladín de la hegemonía de los pueblos, proclamaba que "ninguna nación tiene derecho a oprimir a otra". Cuando se conmemoraba en los Estados Unidos el centenario de Wáshington, fue Víctor Hugo declarado solemnemente "amigo de América y regenerador predestinado del mundo antiguo". Contesta al Coronel Berton que la paz de los pueblos se ha de fundar sobre la base sólida de la libertad entre los hombres.

Merece consignarse esta declaración: "Amo a América como si fuera mi patria, porque la República de Wáshington y de John Brown es una gloria de la civilización".

Pero también habría dado su vida por la Francia luminosa que prende sus fanales por el mundo y borra las tinieblas de las almas.

¡Oh, suprema oración! Por el trabajo, no corra más la sangre fratricida. Ya no sufras ¡oh Francia! consecuencias de la revolución que demolió Bastillas, desangre de las guerras napoleónicas y lucha de porfiada monarquía.

Dulces lauros serán los sufrimientos, si te vemos ilustre y progresista. El vértigo pasó. ¡Cesen matanzas! Al trabajo, a la paz, sea la consigna.

Víctor Hugo puso ingente misericordia sobre las almas viles.

¡Qué negras profundidades las del corazón humano! Si la educación no entra a encender en ellas la luz de la nobleza de sentimientos, el sér racional se revela peor que las fieras. Estas acometen siquiera de frente; el otro, muchas veces se oculta, se enmascara hipócritamente, se embosca como el reptil, hiere en la sombra y por atrás, se vale del pasquín y del anónimo. ¡Qué miseria la de tantos corazones!

La entraña detestable es capaz de las mayores vilezas cuando ha muerto en su interior el ave azul de los altos ideales.

Arrojar el dardo y esconder la mano, servirse de armas vedadas, abundar en ridiculeces, volver saeta el fiemo ¡qué de actos repugnantes que inspiran, no indignación, sino asco!

Nada asombra tanto,—aun cuando el filósofo no se magulle porque está blindado con su serenidad—como el proceder ruin de los que como sierpes se arrastran en las tinieblas.

Un pecho generoso no puede concebir que haya tanta perfidia oculta, tanto impío refinamiento de cruel-



dad. tanto lodo en vez de materia gris, tanto veneno en lugar de sangre rica en glóbulos rojos.

¡Cómo se estarán avergonzando ante su propia conciencia los que cometen acciones repugnantes que sólo ellos saben y no se atreven a confesar a los demás, porque morirían de pena, agonizarían de vergüenza, por poca que la tengan!

Escribir en las murallas, dirigir insultos sin responsabilidad alguna, valerse de la carta innominada, ser plebeyo triste confundido en el montón anónimo, es propio de obtusos y degradados, sin pizca de inteligencia ni un adarme de moral.

Antes quemaría su diestra quien algo se estima que cometer esas canalladas. Llevan en ellos mismos el perpetuo castigo; van atados al remordimiento, como el prisionero a su grillete. El proceder bronco, insonoro, grotesco, es el suicidio de las almas viles. Se las oye ladrar, y se sigue la marcha, con la frente erguida.

¡Educación, educación! eres el baño del espíritu!

El lobo depone sus instintos carniceros, el fango se purifica, el escarabajo deja de serlo por la educación que acoraza la voluntad, pule sentimientos y engrandece a los pigmeos.

¿Qué restaría al mísero sin algún débil barniz, que siquiera disimule fealdades y encubra lacras?

Plegaria fervorosa de la caballerosidad contra tan-

tos que, quizá inconscientemente, bajan al abismo, han dirigido los que desprecian la bajeza del protervo.

Perdonémosle, porque no sabe lo que se hace.

Pocos amaron tanto a su patria como Vitor Hugo. La deseó verle de, feliz. Buscó para ella el reinado del civismo y de la democracia.

Muy manoseadas estas palabras, son, en la práctica, objeto de eterna irrición. Decantamos civismo, y su fuerza dinámica no se ve en ninguna parte. Denominamos caridad a lo que debería ser obligación cívica, mejoradora de los ciudadanos que lamentan su infortunio y no han tenido facilidades para educarse. Pocos son los que se preocupan de ayudar a las autoridades, contribuyendo al bienestar general, cada cual dentro de sus medios, ya físicos, ya intelectuales. Cuando se trata de positivos actos cívicos, se ponen en juego las pasiones políticas que abren hondas divisiones. Por esto, se experimenta frialdad en tantas demostraciones que suponen calor cívico. Hay profunda separación en las clases sociales. Este qui-jotesco sentimiento se sobrepone a toda consideración que podría armonizar con el parecer del pueblo, para que el entusiasmo fuese patrimonio de todos, grandes y chicos, ricos y pobres.

La democracia es otro ludibrio. Vivimos en república, y practicamos chocantes actos monárquicos. Todavía están en boga las audiencias, como si para visitar

a un simple ministro, a una autoridad mediocre, hubiera que observar protocolo, hacer antesala, esperar horas de horas, someterse a inscripciones y otras odiosas seremonias. ¿Democracia tanta ridiculez?

Usamos campanillas, lujo, actitudes reales, cuando la democracia se ha de distinguir por su sencillez. Dentro del estado republicano desentonan la prosa, los estiramientos, la manía de relucir etiquetas, rancias aristocracias y fraques a toda hora.

Es irritante para la virtud democrática tales resabios y amaneramientos. Hubo un gobernante ecuatoriano, el General Alfaro, que con encantadora ingenuidad, recibía a cuantos iban a su casa o al palacio, perdonándoles hasta sus impertinencias.

Estaba listo a abrir los brazos, dando su corazón a los más humildes y desconocidos.

Cautivadora su llaneza. ¿Audiencias él? Decía que su deber era servir al pueblo y que a él se pertenecía en cuerpo y alma.

¡Cómo no le han imitado los que van promulgando civismo y democracia!

Conviene educar a los de arriba y a los de abajo en el auténtico terreno de la democracia, que se ríe de los formulismos.

«El campo de acción para el desarrollo de la conciencia y el espíritu cívico, ha dicho Arturo de la Vega,

está perfectamente demarcado para el pueblo: el hogar, la escuela, el taller y el sindicato. En cada una de esas comunidades, el artesano, el padre de familia, el empleado, el jefe y el capitalista pueden ejercer la acción de cooperativismo material y moral, intelectual y espiritual, que se espera de todos y que todos debemos dar, no sólo como un complemento a la labor gubernamental, no sólo como un eco de prédicas y homilias más o menos sinceras, sino como consecuencia del principio—egoísta como todo en la vida—del mejoramiento de nosotros mismos y de los nuestros».

Compendió en capítulos emotivos la filosofía de su siglo y el avance social. Con valentía ha condenado cuanto mereció reprobación. Su doctrina repercute en «Religiones y Religión». Nos parece contemplar su augusto talante y oír su voz robusta:

Sal necetitan las corruptas carnes para impedir que la gangrena siga. Hay que amputar los miembros contagiados para salvar el cuerpo que se vicia. Esparcid la verdad, aunque se irriten los dioses de las viejas sacristías, desde el bu y Apis al pascual Cordero, del gato que en Egipto se acaricia, al ídolo de piedra del azteca; desde el heleno Zeus al Sol del Inca, que reciben incienso de la plebe, lo mismo en Roma que en la oscura China. Que caigan los fetichés y les mitos, que rueden los engendros de Avaricia. Esquilmando el temor y la

ignorancia, se llaman los dichosos de la vida, y en su orgullo satánico, abren las puertas del Averno al que no inclina la cabeza en presencia de los dioses, sumiso por el miedo a su doctrina. Si es un crimen hablar cuando los necios rechazan la verdad y, ardiendo en ira, preparan las saetas ponzoñosas para herir a quien farzas abomina; si es delito encararse con las turbas para arrostrar su venganza impía, maldecir al rebaño de sacrílegos que hasta en los cadáveres ejercita su furia de caníbales hambrientos, sobre indefensos desata su trailla, devora las entrañas de los mártires y los chamusca en infernales piras; si es un crimen hablar cuando los pueblos, sumidos en el mal, no dan cabida al esfuerzo abnegado de la mente que quiere propagar buena semilla; si es un crimen hablar porque se trata, apoyado en cetro de justicia, duramente al tropel de mojigatos, educados con leche jesuítica, que siguen respetuosos el torrente de la tradicional, torpe rutina, comulgando con ruedas de molino y viendo en todo dirección divina, gritemos a la faz del universo, aunque el mundo cegado nos maldiga; pongamos sal en las corruptas carnes para evitar que la gangrena siga, amputemos el miembro contagioso y salvemos al cuerpo que se vicia.

La noche es tenebrosa. Ni una estrella las cavernas sociales ilumina. ¡Tinieblas en rededor! Vendrá el progreso, surgirá la alborada de luz nítida. Entonces, cantaremos el hosanna, al contemplar el resplandor del

día. ¿Eternal el medio evo? ¿Las tinieblas flotarán sobre el orbe en luenga gira? ¿Redimiráse al fin el pueblo esclavo? ¿Se hundirá en el abismo la jauría? ¿Hasta cuándo la venda del engaño las conciencias y mentes fanatiza? Llegó la hora de rebelde explosión. Despierta ya, despierta, patria mía. Tus máculas expía sobre el ara del trabajo fecundo. Actitud digna.

La hora es de lucha. Ideales humanitarios y de mejoramiento social preocupan a gobernantes y pensadores. El bienestar de los pueblos ha de cimentarse sobre bloques de moral y disciplina. No los corrompamos con un remedo de arte, afeminado, insincero y antiestético. Démosles alimento vigorizante, cuadros de belleza que le sirvan para la conquista de sus derechos, para el afianzamiento de sus virtudes, para el ejemplo fecundo y valiente. Está como narcotizado con literaturas malsanas, ensordecido con ruidos de *jazzband*, intoxicado de frívolos venenos y enervantes sensualismos.

Son los placeres crueles de la época, que ya censuró un gigantesco educador y novelista ruso: León Tolstoy. Se burlaba de lo que generalmente comprenden por arte los que siguen las corrientes de inconsciencia o la crítica interesada de los esclavos de la plebe. Citaba, con profunda ironía, algunas muestras de representaciones de ópera y otros espectáculos que, llamándose artísticos, están muy lejos de la belleza legítima, desafiadora de los siglos.

Hoy se prefiere la revista disparatada y bataclanesca al drama, y el arte mudo a la emoción de la voz humana. Esto no es desconocer las maravillas del cinematógrafo.

El arte sincero y sencillo, comprensible para la multitud, que se derrama como un río cristalino que con sus aguas provoca a todos, pues la claridad de sus linfas se ofrece como refrigerio para la sed espiritual, es el auténtico, que está lleno de hermosura y que ha desechado la espuma de las imágenes caprichosas, la hojarasca que enturbia sus ondas, las piedras que ponen obstáculo a su marcha, pues no otra cosa son las afectaciones, las metáforas hinchadas, los términos duros, la obscuridad de los conceptos alambicados y las palabras ininteligibles.

El arte ha de aspirar a abrirse camino en el corazón del pueblo, ha de llegar a todos los santuarios, por recónditos que sean, a sacudir a las almas. Si el arte es aristocracia por su distinción, ha de procurar entrar en las democracias, no para vulgarizarse, sino con el fin de provocar espontánea admiración, porque está, en medio de lo selecto, al alcance de todas las mentes.

La popularidad es, las más de las veces, injusta y grosera, precisamente a causa de los malos artistas que por contentar a la plebe halagan sus pasiones y la envilecen más, dándola manjares groseros que estragan su criterio. Pero las viandas exquisitas pueden muy bien

gustar a los paladares menos acostumbrados, porque nadie niega la dulzura de la miel, la frescura del agua, la delicia de las frutas.

Los artistas que ofrecen sus composiciones envueltas en el velo del misterio, lo mismo sus cuadros simbólicos que sus frases retorcidas, lo mismo sus figuras borrosas y deformes que sus versos enigmáticos, jamás han de llegar a la entraña del pueblo que, por la tradición, suele perpetuar las más grandes obras.

¿Qué otra cosa han hecho los buenos autores, desde Homero hasta Hugo, que recorrer las leyendas populares y revestirlas con la tela transparente de su genio?

El arte nuevo, que interpreta refinadas sensibilidades, que ahonda el arcano de las cosas, ha de propender a la sencillez, al supremo encanto de la enseñanza tersa, vista hasta por los miopes de espíritu. El mundo requiere ahora bella y fuerte campaña de moralidad, prodigio infatigable de claridad suprema, que sea luz universal.

La misión del autor no es divertir, ha dicho un filósofo de nuestros días.

“El libro, el teatro, el periódico y la revista deben ser cátedra de simientes regeneradoras, sugerentes de virtudes y de bienestar para la gran familia universal. Hoy, más que nunca, la humanidad necesita que guíen el tren desenfrenado de su civilización divergente. Los pueblos se agitan indecisos ante un maremágnum de ideas

y de hechos que es menester encauzar, poniendo cada uno su grano de arena. El escritor digno del aprecio del público tiene que ir alumbrando la vía con locomotora de pensamientos. Ya no se hace "arte por arte".

"Poetas, escritores, artistas, al par que el bisturí sajador, tienen que llevar en su obra la glándula rejuvenecedora del espíritu. El arte ha dejado de ser morfina para uso exclusivo de las neurastenias del genio. Los poetas que se quedan con las ediciones de sus libros son aquéllos que siguen aburriéndonos con los lloriqueos eternos, los diminutivos cursis y las cuestiones individuales que a nadie interesan más que a ellos, porque la misma mujer busca hoy en la poesía una inyección de dinamismo, de sugerencia que le ayude a seguir los caminos que va conquistando con su inteligencia. Hay que despojarse del individualismo ególatra y captar el alma de todo ese público que se quiere conquistar; interpretar sus dolores, no para que sienta el ansia suicida de la renuncia-ción y el pesimismo, sino para que renazca fuerte la lucha por sus derechos, por la conquista de la felicidad. El escritor y el artista han de ser múltiples, penetrar en el alma de su época y en todas las almas. Nada de aristocracias individualistas, en las que ya nadie cree y a nadie conmueven. La fantasía debe ir al lado de la realidad: a cada arpegio de la flauta imaginativa, un rugido de motor que despierte al voluptuoso dormido. Ser un

piruetista de trapecio para arrancar carcajadas al público es muy triste y ridículo para un hombre de talento. Los simios son más hábiles en esos trabajos.

“La popularidad despreciable es la que se gana como simple distraente de los ocios populares.

“El autor que sabe cumplir con su misión, es como un dios a quien se busca en los instantes difíciles del espíritu y cuyos dones no se compran con el oro sino con el recuerdo inmortal del enfermo que ha sido curado milagrosamente”.

La América, en apreciable parte de su juventud, debe curarse de la manía de querer aparecer como original, recurriendo a tonterías que hacen reír. Suele juzgar que la novedad consiste en escribir los nombres propios con minúscula, cosa que ya lo practicaban nuestros abuelos por ignorancia de cánones respetables. Otras niñerías ponen en juego, dándonos pocos renglones en mitad de la página, cual desperdicio de papel y escribiendo, en líneas desiguales como versos, lo que es prosa ruin y desesperante, sin ritmo y sin rima, que son inegables resortes de la música poética; quienes se vuelven payasos.

No pocos jóvenes de la América derrochan sus energías en obrillas de pobre miga, en pasatiempos literarios, en chistes y alusiones burlescas, ante los enormes problemas nacionales, ante la causa de la humanidad. Punibles son la nimiedad literaria, la nadería versificada,

las bromas de almanaque, cuando otras labores urgentes reclaman su talento y su acción.

Hagamos arte para el pueblo, arte valiente, reformador, educativo, como en su época lo hizo Víctor Hugo.

Si faltan fuerzas para subir no trillados escalones, al menos quede la constancia del empeño viril.

Se caracterizó el Genio francés por su noble corazón y por su cautivante ingenuidad.

Corazón e ingenuidad, virtudes de las almas blancas, ¡cuán adorables os mostráis!

El puñado de versos tempraneros, que añoraba el poeta Gutiérrez González cuando dejó de cantar, despiertan en el espíritu el aroma de las candidas ternuras.

Felicidad es sentirse amado en hora temprana; apartarse, desde la época juvenil, de los tortuosos senderos de la falsía, de la simulada quejumbre y del prurito jactancioso, frecuentados por los aventureros del amor y de las letras. La leyenda de la inolvidable bohemia que destaca a los artistas de bellos y delicados sentimientos, no ha de quedar desacreditada por la insinceridad de algunos. Arte puro es caballero de etiqueta que está exigiendo pulcritud, leal sacrificio, sano espiritualismo.

Admiro la inquietud de los corazones apasionados por la hermosura de las cosas. El libre vuelo de la alondra de la ilusión, rica en imágenes, ensancha los horizontes de la poesía.



Pasados ensueño y juventud, el triste mañana amontona cruelmente asuntos graves, profundos problemas nacionales.

La austera lección de los viajes inclina a comprender de otro modo la vida. Vienen las ideas desconfiadas, el padecer intenso, el estudio abstruso, el arrepentimiento tardío.

Mientras esto acontezca, lo mejor es soñar. Si la existencia es tan corta, ¿por qué agonizar anticipadamente? ¿por qué torturarnos, desde la víspera, con las espigas de la realidad desconcertante?

Alejemos los cuadros tétricos y las mentidas lágrimas. Si el amor es frágil, sus dulzuras son inefables, y más cuando ponemos en ellas ingenuidad y corazón.

Juventud, divino tesoro, cantaron los viejos y místicos bardos castellanos, los de las prosas a lo Berceo, que recordó el egregio metapense.

Tiemblo que lleguen los días negros en que uno se vuelve sesudo, como ironizó el gran maestro batallador Montalvo. Los sesudos, en vez de combatir por un ideal, se reconcentran a vacilar y no aventuran un paso si no es bien medido y a plomo; los sesudos no arrostran el que dirán: vejetan cuidándose de todo, porque temen desentonar, cometer locuras. Esos fríos y egoístas calculadores, no son capaces de generosos arranques, de sinceridad comprometedora y de luchas desinteresadas.

Sigan los soñadores entonando su canción ante la alondra encandilada.

¡Nunca muera la memoria de la dilecta musa fugitiva de cabellera de oro, que desde los primeros años inspiró canciones de ingenuidad y nobleza de alma!

Otras virtudes que recordaríamos serían la sencillez y sublimidad en Víctor Hugo.

¿Os habéis detenido alguna vez a discernir la sublimidad que encierran ciertos hechos sencillos; el heroísmo gigante de tantas cosas pequeñas y olvidadas? En medio de encantadora simplicidad, ¡cuánta fuerza anímica que impulsa al corazón a latir con violencia!

Alentadora y cautivante narración ha recogido, en páginas galanas, el fervoroso amigo de los libros, el espiritual rimador José M. Izquierdo, poeta que ha cantado a la *Ciudad de la Gracia*, la ensoñadora Sevilla.

Los que gustan del reflexivo ejercicio mental, destilan lecciones de jugosa perfección humana, aprovechando muchos actos humildes y sin reclamo que nos encumbran sobre tantas miserias pomposas y aristocráticos pecados. Cuando la conciencia adolece de adinamia ¡cómo se conforta con rasgos así, de llano desprendimiento y modesta resolución! Son artejos que en el organismo social pasan quizá inadvertidos; pero que sirven para su sólida consistencia. La fumarada del vicio eclipsa a la luminosa iniciativa. Con todo, hay rayos de luz; lampos

de tal potencia que traspasan las tinieblas. Si un insecto deja la huella de sus palpos contagiosa, viene el terral de las virtudes, sopla, aunque sea débilmente, y aleja la plaga microbiana. No seamos vilordos para el bien. Oid el bello y trascendental rasgo del escritor sevillano Izquierdo y Martínez, que es triunfal himno al vigor de una raza.

[“Bello es tu nombre, Torre de Mar. Bello como tu cielo, como tu mar. Tiene tu nombre aroma de leyenda, sabor del Romancero. Tu nombre es poemático, Torre de Mar. Pero tu alma es más bella todavía. Y más bello aún ese momento, ese símbolo; ese acto en que tu alma se acaba de revelar.”] Has tenido un momento sublime, uno de esos momentos que eternizan a los pueblos. Has realizado un símbolo hermoso; el símbolo de la fe, de la esperanza, del amor—de la fe en el esfuerzo, de la esperanzá en la justicia que preside la vida, del amor a los niños que vienen.—Has cumplido el acto más grandioso de la vida: el sacrificio... el sacrificio del ensueño... Yo te bendigo, Torre del Mar. Y a vosotros, vecinos de Torre del Mar, yo os saludo con toda efusión de mi alma.

“Mis queridos lectores, ¿conocéis el hecho? “Los vecinos de Torre del Mar—provincia de Málaga—acordaron no fumar con objeto de destinar las economías que hicieran con esta privación a la creación de una escuela pú-

blica. En el mes pasado recaudaron noventa pesetas. Han escrito al señor Giner de los Ríos, rogándole que pida al Ministro de Instrucción el nombramiento de maestro para el nuevo centro”.

«¿Y no habéis sentido conmovida, emocionada, enternecida toda vuestra alma, con la ingenua y honda poesía de este hecho tan sencillo y tan sublime? Hace tiempo que no he sentido una alegría tan grande, tan pura, tan desinteresada como ésta. Alegría tan pura, que sólo el dolor puede hacer florecer, como esas sonrisas que se abren e iluminan en un rostro que llora ante el juego inocente del niño. Yo quisiera que todos los que me leen hubiesen gozado en toda su plenitud de esa profunda alegría que en mí ha despertado la lectura de ese telegrama, para no tener que explicar, ni considerar, ni comentar ese hecho tan sencillo y tan sublime, que sólo es digno de un himno de gracias».

¡Bendito libro del que se desprende alguna provechosa enseñanza! ¡Bendito el que ha trazado un capítulo, una hoja, una línea q' nos mejore! Si en la oropeltesca obra hay sólo paja, si todo en ella es brillante marbete, ¿qué adelantaría la humanidad? Poner en ella fulgores de astro, como lo ha hecho, al considerar la épica actitud de Torre de Mar, el patriota Izquierdo, es seguir la imperativa ley de la evolución espiritual. Con cuatro líneas de elocuente sustancia, se aumenta el tesoro de doblas para

España, y al mismo tiempo se hecha al suelo el peñón de la frivolidad, de la infatuación y del afectamiento, incapaces de producir obras de modesta sublimidad y real riqueza para los corazones bien nacidos.

* * *

Víctor Hugo es sonrisa placentera de la gran patria de todos los altivos caracteres que han bregado por las santas rebeldías, que han rompido grilletes y coyundas, que han combatido en favor de la escuela y han denunciado a sus ocultos enemigos, engendros de ignorancia y fanatismo. Su genio cosmopolita es musa que convida al ensueño de hermosura a cuantos abrumara el infortunio; de protesta, a cuantos la esclavitud encarcelara

Víctor Hugo es blasón y emblema de la Francia. Los lauros de sus sienes brillan lozanos, como fulge la deslumbrante poesía; laureles eternos como la libertad, que funde las cadenas del espíritu y da alígero vuelo al pensamiento.

VÍCTOR HUGO Y LOS NIÑOS

Pocos poetas han cantado con más inspiración y ternura a los niños como Víctor Hugo. Repetidas veces comprendió el sublime anciano el arte de ser abuelo. Para él, Jorje de dos años y Juana de diez meses eran sus ángeles tutelares. Tomaba «al uno por guía y al otro por luz».

Víctor Hugo recuerda su infancia, simbólicamente de predestinación guerrera. Sus sueños eran bélicos.

«Sería soldado si no fuera poeta», escribe.

«Siendo niño—narra en una de sus odas—colocaron mi cuna sobre un tambor y en un casco pusieron el agua bendita de mi bautismo; y un soldado, con los pedazos de una bandera rota, formó el lecho del recién nacido».

Armoniosamente estuvo comparando a los pequeños con las aves y las flores. Ha entrado en sus dominios: los jardines. Humanitariamente ha sorprendido los tugurios de los niños pobres; ha acariciado a los que sufren; ha dedicado cálidas frases a las madres, doliéndose de los enfermitos que llevan en sus brazos y convidándolas a llorar profundamente cuando han perdido a sus hijos. Poetiza hasta las moradas más humildes: en donde sonríe la niñez. En "Rayos y Sombras", se complace en ver desde la buharda los juegos de los niños en la plaza, la sana algazara que hacen. En el modesto aposento está la niña inocente y feliz. "A su alrededor, como alrededor de un templo, todo es puro y modesto, todo le da buenos ejemplos. La abeja labra la miel, la flor sonríe mirando al cielo, el campanario da sombra, y ante la ventana todas las noches aparece una resplandeciente estrella".

¡Cuán apaciblemente duermen las tiernas criatu-

ras! «Cuando duermes, niña, sonríes, canta en *La Oración por Todos*. «La alegre bandada de los sueños revolotea en la sombra en que está sumida, se asusta al oírte respirar, se va, pero vuelve otra vez; y abres por fin tus hermosos ojos al mismo tiempo que el alba, que también es un ojo celestial, entreabre al horizonte su pupila de pestañas de oro».

¡Oh, tristeza infinita de los niños que sufren!

¡Cuánto desconsuelo al pensar en que muchos tempranamente conocen la amargura! El cuadro desgarró los corazones. El poeta que nos enseñó a admirar al pilluelo de París y lo personificó en el listo Gravoche, describe a otros niños huérfanos e indigentes. «Su tierna claridad nos rejuvenece; tienen derecho a la felicidad. Si padecen hambre, el paraíso llora, si tienen frío, el cielo tiembla. La miseria de la inocencia es una acusación para el hombre vicioso. El hombre tiene el ángel en su poder, pero muchas veces desprecia sus alas».

Dirigiéndose al hijo de un poeta, le musita, con afectuoso y sentido adiós de proscrito: «Niño: deja que se vayan los poetas, que la poesía se quede a tu lado. Te calienta, te inspira, porque de la poesía tu madre es la sonrisa y tu padre el rey brillante».

El abuelo ha unido las dos edades: infancia y ancianidad, perfeccionando la ciencia afectuosa y docente de ser dos veces padre.

Se vuelve infantil para prorrumpir en hermosas y sencillas imágenes: «Del templo sale el amor y del niño la armonía. El pájaro vuela hasta el infinito y en él se pierde, como el sonido de una lira. Con la cola dice *nequam*, como Juana lo dice sonriéndose». «Los niños, con sus ojos inocentes, miran a lo invisible y piensan, y los sabios siempre procuran complacer a los soñadores».

“El poeta se inclina hacia las temblorosas cunas, las habla, las dice en voz baja cariñosas frases, está enamorado de ellas, y las canciones que las dirige son frescas como las rosas”.

Llega el candor del amable y augusto viejo hasta componer una canción para hacer bailar en corro a los chicuelos, a la sombra de los tamarindos, mientras el poeta peregrino se sienta a descansar al pie de un olmo y “pide un beso por una redondilla”.

CIENCIA Y POESIA

EN EL CENTENARIO DE LA MUERTE DE GOETHE

¡Llor al ínclito sabio y al poeta, preclara muestra de una raza fuerte, que, tremolando antorchas de belleza, fue magno y fue sereno hasta la muerte!

Se me parece la membruda corpulencia de un titán, del Prometeo, que él también buriló, que está proponiéndose, en arranque de audacia, robar una tea divina para animar a los mortales. Sus múltiples trabajos se encaminan a descifrar los grandes enigmas del universo: la mujer, la ciencia, la verdad, el arte, la naturaleza. Como Prometeo, está encadenado, no al Cáucaso, sino con áureos anillos, a las simbólicas rocas de Hartz, o a las leyendas populares y dramáticas de su gran patria. El buitre incesantemente le devora las entrañas: no es el del remordimiento, sino el voraz de la sabiduría amorosa que remuda sin cesar las ilusiones de la vida. Si Prometeo buriló un hombre del limo terrenal, Goethe, por arte de maravillosas alquimias, fabrica con barro telúrico la piedra filosofal que enriquece a las naciones, la poesía transformadora de mares y continentes, el nuevo hombre que se redime por la pasión del fuego, el pensador que aspira a la perennal juventud helénica.

Inagotable la poesía, como los odres mágicos llenos del licor de Gambrinus—en su hermosa balada—que los niños trajeron de la selva. El fiel y prudente Eckart les aconseja guardar silencio para que el prodigio no desaparezca. «Oh, niños, les dice, cuando un padre, un maestro, un anciano os habla sinceramente, obedecedle punto por punto, por mucho que os cueste detener la lengua. Charlar trae perjuicio: callarse es bueno». Sólo ante la indiscreta prosa de la vida se agota el líquido que aplaca todas las sedes, la poesía. Su excelso representante, desde pináculo insuperable, se yergue, enfervorizando al globo. Surge aquel gigante, contemplado con admiración, vigoroso como Prometeo, audaz y revolucionario como él, en medio de su augusta serenidad de semidiós germánico.

Es el alma de Alemania, inmenso teatro en el que ha removido sentimientos, ha provocado hondas e interminables búsquedas, ha emocionado a las multitudes, agitando indelebles tradiciones. Su manantial lírico se vuelve un océano con el oleaje dramático que produjo, con el tumulto del conflicto pasional que despertó en los corazones, perturbación sublime que llega al suicidio con Werther, y a la piedad y a la locura con Margarita.

La poesía de un pueblo está encerrada en su potente cerebro, quizá uno de los más equilibrados de los siglos XVIII y XIX en que actuó. Así lo ha demostrado, al

martirizar en carne viva a los degenerados superiores, el implacable crítico Max Nordau. Este Prometeo germánico—distinción de todo valor auténtico—era ingenuo. Censurándole, muchos le llaman un niño grande. Con razón, decía de los inmortales su amigo íntimo, Schiller: «El verdadero genio es necesariamente ingenuo, de lo contrario, no sería un genio. La ingenuidad constituye su carácter, tanto en el orden intelectual, como en el orden moral». Carlos Sfondrini que ha estudiado la modestia y la ingenuidad de los predilectos, expresa que la simplicidad y la sencillez son sus rasgos propios y que sólo así pueden adivinar los misterios que envuelven las cosas y la vida. “Lo que parecerá más difícil aceptar, añade, es que también los más grandes guerreros y políticos, en el momento que fueron grandes por su genio, han dado muestras de ser ingenuos. Tal como Epaminondas, del que dice Montaigne (Ensayos, Libro II. Cap. 34): “El candor de Epaminondas era una cualidad propia, dominadora, constante, uniforme, e incorruptible”. Algo análogo puede afirmarse de Julio César, Enrique IV de Francia, Gustavo Adolfo de Suecia, del zar Pedro el Grande, del duque de Macbrungh, de Turena, de Vendome, de Napoleón I, etc: Del puro e ingenuo Newton decía el obispo Burnet: “Su alma era la más blanca que había conocido y su pureza de corazón era la de un niño”.

La Fontaine permaneció niño toda la vida. Lo mismo puede afirmarse de Federico Schiller, de Goethe y de Mozart”.

Nada más ingenuo que la poesía propiamente tal, que pone su hechizo en la sincera apreciación de las cosas, mejor dicho de su alma, y en el encanto simplificado con que se transparentan las donosuras y arcanos de nuestro alcázar interior. Por esto, cautiva, en el peregrinar de Goethe por los jardines del amor y de la belleza, su sencillez subyugante, que fue el adorno de la generalidad de sus actos, desde niño, hasta su venerable ancianidad. A pesar de haber morado en uno como Olimpo, no perdió esta prenda, dón del talento. Rodeáronle comodidades desde la cuna y trató especialmente con clase distinguida; pero no abandonó sus puerilidades, hasta cuando engrandecía el ergotismo y no quería comprender el estallido universal y los alcances de la Revolución Francesa. La sencillez del legítimo sabio que siguiera con paciencia la metamorfosis de las plantas, resplandeciendo está en los veinte libros de sus memorios, escritos con llaneza, llenos de episodios ingenuos, saturados de poesía. Sin pretensión alguna, y muy afectuosamente, autoriza a Schiller que corrija con amplitud los numerosos manuscritos para el periódico “Las Horas” que fundara su predilecto colega. Confiesa Goethe que había aprendido de Oeser “que el ideal de la belleza era la sencillez y la

calma". Declara también que le seducían, por su sencillez sublime, las cosas de Shakespeare, que influyeron mucho en su espíritu, que ansiaba imitarlas. He aquí su máxima favorita, recomendadora de la absoluta sencillez: "Afeite de todas clases es a la verdad ajeno, si has de decir algo bueno, no vayas cazando frases". Vale la receta por todo un tratado de preceptiva literaria.

Fluye su personalidad por todas partes; pero él no quiere conocer este mérito. No se mareó por su altísima concepción, tomada del ambiente germánico y perpetuada por su genio: el Fausto, que está encerrando la incandescente y noble aspiración humana de renovarse, de buscar la verdad y de tornar a la eterna juventud. Es muy humano, por otra parte, el egoísmo que encierra. El simbólico libro entra en el terreno de la literatura universal, con el mismo derecho que esas nevadas cumbres que se diferencian por sus típicas escabrosidades, por sus abismos y nieves perpetuas, por su magestad característica, que son contempladas por el absorto viajero de todas las latitudes. Ha servido de faro a cien pueblos europeos que rechazan cualquier remedo de espiritual decrepitud, confiados en el análisis hondo y en su obstinación científica, triunfadora de obstáculos y tempestades.

¡Armonioso consorcio de la ciencia y del arte en la ciclópea cabeza de Goethe! Formidable trabajador, estuvo atisbando la belleza e inquiriendo las reconditeces

del corazón humano, preguntando a la Esfinge, en su patria y fuera de ella, en países consagrados a las memorias inmortales.

Se dijera que los fúlgidos resplandores de su poesía han dejado en segundo plano a sus abundantes obras investigadoras de la naturaleza. No fue singularmente un imaginativo, sino sabio a carta cabal, y este título le encumbra más en el campo experimental y de la evidencia.

¡Qué cúmulo de conocimientos abarcó su mente! Jurisprudencia, biología, psicología, estudios fisonómicos con el raro Lavater, osteología, mineralogía, arquitectura, arqueología, ¡cuánto! ¡cuánto!

Con delectación, se entretuvo en atender el curso de las maravillas que ofrecen las plantas y los arcanos del esqueleto humano. Justicieramente le correspondería el título de positivo descubridor en anatomía y botánica. Al hurguetear las entrañas de la tierra, se empeña en decir la verdad, a fuerza de ensayos geológicos. Mucho le preocupó la física, y fue su concepción favorita la teoría de los colores.

Más que una centuria, va llenando una época con su admirable obra, por haber burilado la forma definitiva de varias leyendas teutónicas y de otros pueblos alemanes. En nada empaña la originalidad de su potencia creadora el que el vienés Weidmann haya contrapuesto al pér-

fido Mefistófeles un genio del bien: Ithuriel. El período fáustico está en todo su esplendor. Inteligencias robustas como Splenger, han fijado modernamente, en sus correrías sociológicas a través de las edades, uno de los puntos de partida para el progreso humano en el ciclo fáustico, después de examinar el apolíneo y el mágico.

En arte, desde los albores de su infancia, le atrajeron la pintura y poesía, familiarizándose con sus principales cultivadores. Círculo selecto de amistades pulía a cada paso su gusto. Aplausos para el genio al conocer sus manuscritos. Klopstock le felicita por su Fausto. Vió y observó inagotablemente, pudiendo comparar y deducir juicios cosmopolitas, refrescando sus estudios de la antigüedad clásica, remontándose a los refulgentes días de Grecia y hasta vistiendo la túnica helénica. Su padre, ilustre abogado, hábil y constantemente guióle en arte, desde los pinitos infantiles, disciplinando el espíritu del hijo, predilecto para su corazón, y acostumbrándole a la fructífera labor. Su cariñosa e inteligente madre, acrecentando la devoción por la belleza, abre de par en par las doradas puertas imaginativas, inclinándole a las creaciones maravillosas que dan alas a la fantasía, y provocando en el niño vuelos por su cuenta, en el afán pedagógico de que supla los epílogos de las fábulas de intento truncadas. Acertaron sus primogenitores a proporcionarle variados y excelentes maestros. En el núcleo de sus a-

migos, figuran nombres principescos, celebridades en las letras, relevantes extranjeros llegados de todas partes, legión de artistas. Su numen excelso transforma en rediviva Atenas su querida Weimar, como fue un museo aladinesco su Italia perennal.

El Prometeo juvenil presagia triunfos personales. A Jacobi que le viera en Francfort parécele como una águila moza que se disponía a desplegar sus alas. «En él todo es fuerza, poderío y grandeza: *Ruit inmensus ore profundo*», añadió deslumbrado.

Opiniones personales, íntimos paliques, sugerencias afectuosas y conversaciones distinguidas valen en la vida como otros tantos libros animados, que se graban en las mentes lozanas con increíbles caracteres y ahorran la lentitud de las lecciones del aula y hasta la fría conferencia. Ayes sapientes y consejeros conspicuos han formado a los grandes hombres, desde un Alejandro el Magno, que tuvo la suerte de contar por maestro a Aristóteles, hasta un Bolívar, y aún más allá, pasando por un Montaigne, el de los fluidos *Ensayos*.

A Goethe, de educación tan esmerada, constantemente le rodeaban gentes ricas en juicios sagaces, aficionadas a la refinada crítica, aristocráticas por su delicadeza. A esto se agrega la influencia indiscutible del perfume femenino que deja en los espíritus la esencia de flores de distinción, exquisita finura y emociones tiernas, como rosas

y claveles que se entabren al beso del afecto.

Inmenso el panorama de su arte. Entiende de todo y proporciona normas. Para los cuadros, no pocas veces da argumentos y acierta en la interpretación de alegorías pictóricas. Se diría que desde la cuna el amable geniecillo de la belleza estuvo susurrando en sus oídos y depositando miel hiblea en sus labios. De la infancia también su afición al teatro. Se le escucha declamar las obras de Racine, recitar trozos de la *Biblia*, decir de coro, con delectación vocacional, los comienzos de la *Eneida*, de las *Metamorfosis* y de otros magistrales legados de la antigüedad. Sin duda fue ese su arsenal de piedras preciosas para sus cuentos brillantes. Entusiasmaba a sus compañeros, repitiéndoles sus sueños de *El nuevo Paraíso*, el del dictamen de la hermosura que ha provocado la eterna discordia. Espontáneamente nótase la influencia del regalo que le hiciera en Navidad su abuelita: un teatro de títeres, animador de diminutas farándulas. «Este espectáculo inesperado, dice en *Memorias de mi vida*, atrajo fuertemente los espíritus infantiles; especialmente la impresión producida en el ánimo del muchacho había de tener eco que se prolongase mucho tiempo».

El aprenizaje de idiomas verificó su amplia cultura, como aproxándole a fuentes soberanas. Le fueron comunes el griego y latín, sin exceptuar el hebreo. Desde niño, escuchó cantos en italiano, aun antes de imaginar-

se sus excursiones por la tierra de los recuerdos clásicos. Estudió las principales literaturas europeas, no sólo en sus buenas traducciones, sino en las lenguas originales.

Inagotable su cerebro, era como fragua de olímpicas producciones y yunque de proyectos formidables. En los deliquios de su infancia, presintió ceñirse la eternal corona de la poesía, aureola luminosa de sus sienes.

La posteridad le ha otorgado el cetro que en sus delirios vislumbra.

No pudo ser indiferente a la música, a la que dedicó algunas horas. Con gracia, ha recordado al entretenido y prístino profesor que con amenidad ponía motes especiales a las teclas del piano y hasta a los dedos, y la simpatía a un muchacho arpista que pretendió transformar en huésped de su casa.

En su vasta correspondencia con sabios de primer orden, mantuvo siempre encendida la llama del saber, la consulta atinada, el anhelo de investigar algo nuevo, la discusión viva.

¿Qué otra personificación más sugestiva del doctor Fausto, que él, atormentado de la inagotable inquietud de descubrir el oro de la verdad, la fuente de los conocimientos, el recóndito tesoro de las cosas? Goethe habría creado el ansiado "homúnculus", en vez de otorgar el descubrimiento a Wágner.

Su espíritu docente se desvivió por enseñar a su

inmenso pueblo germánico y en revivir, con caracteres humanos y poéticos, su drama popular, la leyenda del maravilloso personaje que acaso fue oriundo de Kundingen, en Suabia. ¿Por ventura el autor de Fausto no amalgamó en Euphorión "la belleza griega y la ciencia germánica"? Lecciones sutiles para Alemania encierra su Guillermo Meister, que los críticos tienen como "el cuadro moral más completo de la sociedad de su tiempo". Clamando en el desierto queda Novalis al motejar a esa obra con términos duros que desconciertan, llamando hasta nefasta a tal novela.

Para sustraerse a las agitaciones de la Corte, la multiplicidad de cargos, al diario afanar sobre diversos asuntos que desviaban la llama de su inspiración poética, partióse Goethe a Italia, de modo que su viaje quizá signifique una fuga, como suponía el crítico francés Alejandro Héranger.

Cuanto vio en el país del arte y de los recuerdos, fue regado con el polvo de oro de su fantasía lírica. Su «Viaje a Italia» se aparta de la dura realidad, en el fondo de la que palpitan prosaísmo y miseria, y ensancha la puerta del ensueño. Sintió su ser fuerte sacudida. El arte le poseyó. El amor a la verdad poética le fue levantando hasta la cumbre imaginativa. «La revolución que preveía y que se efectuó en mí—escribía amorosamente desde Venecia—es la de todo artista que, des-

pués de una larga y diligente fidelidad a la naturaleza, siente, ante los restos del genio antiguo, exaltarse su alma, y algo así como una impresión de vida más libre, de más alta existencia, de más ligereza y de más gracia».

Alemania, por los labios de altos jueces, ha proclamado el valor didáctico de tantas obras de Goethe y la profunda filosofía de muchas de sus creaciones, bañadas en las aguas odorantes de su manatial poético, embalsamadas de amor, dulces por su sencillez, dignas, como Lili, de la corona hallada en una ermita perdida en pintoresco valle suizo.

Las mujeres, en teoría interminable, pasaron con sus sonrisas y sus lágrimas, regando flores y a veces unas cuantas espinas, por los caminos de Goethe. No en vano proclamó el *eterno femenino*. Desde los quince años, ya aparece la figura fresca e insinuante de Gretchen que le sorbiera el seso. A nada quería entonces atender. "No tenía más preocupación que Gretchen, dice, ni otra atención que no fuese la de verlo y comprenderlo todo bien para poder repetírselo y expresárselo. Ya a menudo, mientras desfilaba un cortejo, iba describiéndolo a media voz, para asegurarme de todos los detalles y para que mi hermosa me alabase por mi atención y exactitud: el aplauso y alabanza de los demás no los consideraba sino como un auditorio".

Autores prolijos han aludido a las sombras femeni-

nas que se atravesaron por la vida de Goethe, que endulzaron sus días, le llenaron de consejos, prendieron lámparas de ilusión en su juventud, fueron bálsamo en su vejez.

Pablo de Saint--Víctor ha coleccionado las "Mujeres de Goethe", dándonos tentadora, larga y variada lista. Son propias reminiscencias, las más de sus aventuras amorosas: viviendo están en sus obras las imágenes femeninas de acentuadas líneas y dolorosa pasión.

Fueron la mayor parte criaturas de carne y hueso; las demás, entraron en la idealización del poeta; pero a todas supo presentar con maestría inimitable, de modo que se graban en el corazón, cuando se leen las producciones goethianas. Igual acontece con las figuras femeninas evocadas por el gran Shakespeare.

"Entre las grandes aptitudes de su múltiple genio, observa Saint - Víctor con la magia de su estilo, Goethe poseyó en alto grado la de pintor admirable de tipos femeninos. Magia parece en su pluma el dón de esbozar, con ligeros trazos, vivientes e ingenuos, figuras que se imprimen con indeleble marca en la memoria y quedan grabadas "como un sello en el corazón", según la frase del *Cantar de los Cantares*. Margarita, Clara, Carlota, Filina, Mariana, Otilia y tantas otras, fuerzan ser adoradas e inspiran una suerte de amor a sus lectores; hasta en el recuerdo que dejan, se esconde cierta voluptuosidad. No

cabe atribuir semejante hechizo a la perfección ideal. Ciertamente Goethe crea, a voluntad, mujeres de naturaleza sublime. Testigos: Ifigenia, Leonor, Elena, que igualan a los más altos tipos del mundo poético; pero la mayor parte de sus heroínas son simples muchachas de la clase media, de vulgar inteligencia y corazón frágil, que apenas saben sino amar, llorar o sonreirse”.

Añade el crítico que han de sobrevivir, sin embargo, a creaciones de más alto vuelo. Se pregunta el secreto del milagro, y afirma que se basa sobre la sencillez, la naturalidad, el candor que ni por la seducción son empañados. La poesía sublimó esas creaciones literarias, inspiradas en la prosa común; pero engrandecidas con la multicolor paleta del genio. Leídas en privado, gustan a los contertulios. Cuando no eran, por el avance de la idea, del agrado de todos, sufría las ansias de la enmienda.

Nombres de mujeres, eternos como el mundo, se unen al poeta, afirmándole en su trono, nimbándole de gloria, por la simpatía que inspiran. Son el himno pujante, el grito erótico, el madrigal caballeroso, la epístola alada, el beso inefable, el idilio trunco, que no se extinguirán, mientras la espiritualidad de las almas prefiera lecturas de arte encumbrado, narraciones venustas como las de Goethe, que dejan en la mente y en el pecho la dulzura de los ensueños unida a las tentaciones de la realidad, como un hálito de vergeles que satura el ambiente y que

el angustiado peregrino recuerda como una caricia pródiga y deleitable.

No en vano llamó "Poesía y Verdad" las reminiscencias amenas de sus años fecundos, siempre inquietos por el arte y la ciencia, insaciables de amar y de aprender, embriagadores de juventud y de trabajo, de ilusión y de vértigo.

Y hasta cuando la muerte cerró los párpados del tonante Musageta, la suprema petición, la postrera y angustiosa plegaria del sabio que tanto había acopiado y que conocía iba entrando en las supremas sombras, fue implorar repetidamente más caricias solares, como sintetizando, en la hora final, el anhelo de toda su existencia: la luz de la verdad, sol de la ciencia, magnificada por la poesía, aurora de las almas.

Solicitó el moribundo que se abrieran las ventanas, para que la claridad disipara la penumbra que comenzaba a apoderarse de su habitación.

El Genio, enemigo de la obscuridad, llena de luz cuanto le rodea, hasta en el instante misterioso de hundirse en la tiniebla formidable.

FAUSTO Y LESSING

Los genios tienen por patria el mundo, por más que la gloria de las luminosas cunas sea especialmente celebrada por la ciudad natal del feliz hogar que las meciera.

Tal acontece con Goethe, el del inmortal Fausto, y con Lessing, el de «Laocoonte».

El año de 1.929 estuvo intelectualmente prendido, como una antorcha de fulgores inmensos, en Alemania, a honra de tan altos faros.

El Fausto es un símbolo: la eterna aspiración del alma humana, sedienta de juventud y de verdad, que se sociéga un momento en la búsqueda del misterio de las cosas y del perfume de la belleza, que embriaga, pero también reconforta.

En los arcanos de la ciencia, inquiere con desesperación algún maravilloso licor que la remoce, un resorte de oro que descorra el velo de la sombra impenetrable. Ansia de investigación, al mismo tiempo que anhelo de amor infinito, acicate perennal y femenino, tortura a los corazones que no han de reparar ni en medios mefistofélicos, siempre que vislumbre el ramillete de rosas y azucenas de la fresca hermosura encarnada en Margarita.

El afán es inacabable: al final del camino, las tinieblas y el dolor nos circuyen. ¿Para qué los pom-

posos títulos de maestro, doctor, sabio, si, después de todo, la miseria humana sólo saca en limpio su ignorancia supina, que no es siquiera la socrática? Dentro del pecho llevamos la dificultad mayor: la de abrirlo y conocernos a conciencia. ¿Locura empeñarse en averiguar lo que contiene el mundo en sus entrañas?

Con todo, el viaje difícil en pos de la evidencia es nobilísima tarea, por caídas que suframos en la penosa y larga jornada. El espíritu selecto nunca ha de obedecer a la envidiosa voz del descanso. «En el océano de la vida, y en las borrascas de la acción, subo, descendiendo y floto por doquiera, tan pronto en torno de la cuna como del sepulcro, llevando siempre una vida agitada y ardiente en medio de un mar proceloso y sin fin, dice el inquieto espíritu de Fausto. Tal es mi constante trabajo en el telar atronador del tiempo para urdir el animador ropaje de la divinidad».

El tipo de Fausto ha sido raúlal de inspiración en el arte. La música, sobre todo, como hermana de la poesía, se ha alimentado de motivos fáusticos. Radiosos desfilan, embriagadoramente saturados de melodías y raras armonizaciones, Spohr, Gunod, Berlioz, Arrigo Boito y otros divinos cantores.

Refiere la leyenda que el extraño personaje, temperamento aventurero y mistificador, como para preparar el camino a Cagliostro, libertino y enigmático, fue oriun-

do de Kundlingen, en la Suabia. Dejará por donde pase un reguero de sospechas. Le expulsarán de Erfurt, de Wuttemberg, de Ingolstadt, temiendo sus fechorías. Se le mirará de lejos en Bamberg, donde aprovechará en la astrología el vagar de las horas. Los viajes le suministraron la sabiduría de la vida.

Fausto, de asombrosa actividad, se aleja. Mientras tanto, su criado Wágner, cual nuevo Prometeo, saca de la nada un sér maravilloso: crea su Homúnculus.

¡Cuántas veces nuestros ensueños han hecho construcciones parecidas en el mundo de la quimera o en las noches de Walpurgis!

El genio de Goethe, multiforme y glorioso, personifica el inmenso pensamiento alemán. Spengler no en vano habla de una corriente cultural, de un ciclo llamado fáustico. El autor de Fausto encarna una vasta civilización. Poesía, drama, novela, derecho, arte, ciencia en general y especialmente la geología, los estudios fisiognómicos, la anatomía, la osteología, la botánica, todo lo abarcó el equilibrado cerebro, uno de los más portentosos de la humanidad.

Hasta en su radiosa ancianidad, la preocupación de sus últimos días fue la teoría de los colores. La estética, la arqueología, le llevarán a Italia, para señalar su artística entrada en Roma por la Portada del Pópolo. En el campo de la investigación realizó algunos des-

cubrimientos, con su fino espíritu observador que sacaba partido hasta de lo mínimo. Supremo en la universalidad de los conocimientos, tuvo tiempo para las ternuras del corazón, cual si el himno femenino que entonaba no había de extinguirse nunca. Desfilan afectuosas, apasionadas, discretas, distintas en su psicología, las siluetas de Margarita, Carlota, Isabel, su dulce Lili, Cristina, Mariana..... Los analistas han practicado estudios especiales de las mujeres que ocuparon el alcázar interior de Goethe y de las que analiza en sus obras el anatómico de corazones, que desató tempestades, desde la aparición de Wérther.

Notablemente influyeron en su educación sus padres, el jurisconsulto noble y consejero imperial, para inspirarle disciplina, orden, método, aun en sus francachelas con su rumboso amigo e inseparable compañero el Duque de Weimar, Carlos Augusto; su madre, aquella admirable voluntad, distinguida como Catalina Isabel Textor, para despertar su infantil imaginación, fuerza espiritual tan necesaria, haciendo que su atención se entregara a la belleza, a la hipótesis, a la insaciable curiosidad. Volando por los vergeles de la fantasía, quizá desde entonces cruzó por su mente la idea del Fausto, afianzada con las lecturas de Calderón de la Barca.

Los cuentos que le relataba la inmortal educadora que le llevó en su seno, eran acicates para forzarle a

la inventiva, con la sorprendente intuición pedagógica de la que insinúa y sugiere para que el trabajo imaginativo vaya pareciendo simpático.

Más tarde, excelsos varones como Behrisch, preceptor del Conde Lindenau, y el erudito Herder, moldearán aquella alma rica en creaciones, comunicándola naturalidad, fervor, estímulo de perfeccionamiento. El artista Federico Oeser, que lo mismo se hacía aplaudir por sus lienzos como por sus grabados y esculturas, le iniciará en la sencillez helénica, en la serenidad mental, en la olímpica quietud.

El día 19 de Enero de 1.829 se estrenó el Fausto en Bruswich. El resonante centenario marca época en la evolución artística y el pensamiento europeos. Tan profundos y abundantes han sido los comentarios y las exégesis del Fausto, que la obra monumental vive fuertemente ligada al saber humano. Nos ha enseñado a soñar al par que a proceder con madurez. Con razón Mefistófeles aconsejaba así al estudiante: «Aprovechad el tiempo; ¡pasa tan pronto! Pero el método os enseñará a ganarlo. Así, pues, mi buen amigo, ante todo os aconsejo un curso de lógica, que es el que ha de dirigir vuestro espíritu; se os calzarán estrechos borceguíes, para que ande recto y con circunspección por el camino del pensamiento, no se extravíe a diestra y siniestra como un fuego fatuo en el espacio. Luego se os enseñará du-

rante muchos días, que aun para las cosas más fáciles, y que haríais en un abrir y cerrar de ojos, como beber y comer, es absolutamente indispensable obrar con método y por tiempos. Y en efecto, sucede con el pensamiento lo que con un telar, en el que basta un solo impulso para poner en juego millares de hilos, donde la lanzadera corre sin cesar; y al deslizarse, se escurren los hilos invisibles y a la vez se forman mil nudos».

En honor de Goethe se celebró, durante todo 1929, artística e histórica exposición permanente en Brunswick, dedicada a «Fausto en la Escena».

No se puede nombrar a Goethe sin recordar a su amigo Lésing.

Dos grandes facetas presenta la acentuada y áurea medalla del preclaro talento universal Teófilo Efraín Lésing: la de maestro sutil de la estética que despidió lampos educadores en su fecunda crítica y en la fábula, que desde Esopo es deleitable y sabia aleccionadora, y la de ardiente polemista, exégeta implacable, mentalidad rebelde y librepensadora que, por sus valientes ataques, se conquistó muchos enemigos. Espíritu independiente, sin miedo ni contemplaciones, no temió el oleaje de la muchedumbre, y quiso alzarse como una roca solitaria, pulverizando preocupaciones y conveniencias, que son terribles sirtes.

Su altivez indomable, como sucede con los carac-

teres ibsenianos que no se han puesto de rodillas, le lleva a la misantropía. Vio que, conservando su libertad y aislamiento, estaba redimido de intereses creados en sus controversias enérgicas que herían a muchas conciencias. Cultivó, no obstante, selectas amistades, como las de Goethe y Schiller, quienes suprimieron, en más de una tercera parte, la tragedia *Nathán*, que tanta polvareda levantara, de tal modo que su representación fue prohibida en Dresde y Austria.

Fruto de aquella inefable camaradería hubo de ser, sin duda, el intento de escribir un *Fausto*, que dejó trunco. Prueba también que las obras maestras son ubérrimas para los ensayos del genio: tientan a los comentaristas y artistas a no emanciparse del deseo de imitarlas. Homero, Dante, Cervantes van por la vía láctea.

Léssing conoció a fondo las literaturas clásicas, inclusive la española. Le vemos consagrado en cuerpo y alma a traducir *La Vida es Sueño* de Calderón de la Barca, el caballeresco dramaturgo que acentuó la virilidad del Alcalde Crespo.

Además de sus cien aforismos «La Educación del género humano», se valió del apólogo para sus moralejas sugestivas.

Durante su estancia en Breslau, cuando desempeñaba el cargo de secretario del General Tauentzin, preparó su célebre *Laocoonte* y la comedia *Minna de Barnheim*.

La humanidad, sedienta de nuevas formas, aspira a lo raro, con tal de que tenga visos de modernización; pero, de trecho en trecho, cansada de las frágiles novedades y de las filigranas de moda, vuelve a lo antiguo, a las límpidas fuentes, a beber con deleite, comprendiendo que su anhelo de un más allá arbitrario le ha estragado el gusto. Pasmado se queda ante la vieja erudición, ante la pátina auténtica de los cuadros venerables, sonriendo irónicamente de las pobres improvisaciones del día y de la audacia de los que proceden de ligero. Cree que ya nadie volverá a leer a sabios como Benito Arias Montano, comentado hoy por Urbano González, y palpa que revive el lingüista y poeta, porque los que aspiran a poseer la ciencia a fondo saludan a esos héroes de la consagración benedictina y teologal. Esto le aconteció a Lésing, docto a la extensión de la palabra y profundo en ciencias especulativas, especialmente en las que atañen a las religiones. Tornaba a los primitivos manantiales, a refrescarse con esas puras linfas que tantos despreciaron. Así le sucedió al fundar su estética desinteresada y tersa. Cabalmente el año que Lésing bajó a la tumba, publicaba Kant su monumental obra sobre la crítica de la razón pura. La estética del filósofo se ha inspirado en la del autor de «Emilia Galotti», en más de un concepto.

¡Cómo pasan radiosas, en las selectas lecturas de

Léssing, las augustas sombras de sus autores favoritos, como Plauto, Terencio, Teofrasto, discípulo de Aristóteles!

Se diría que, como en el mito de Fausto, nació en el alma de Léssing un lozano Euforión, fruto de la cultura helénica y la ciencia germánica.

Diversos rumbos tomó la numerosa familia de Léssing. Fue el mayor de sus doce hermanos. Le destinaron a seguir la carrera eclesiástica, pues con tal objeto le preparó su padre, al iniciarle desde niño en el estudio.

A los doce años, consiguió una vacante en distinguido colegio de Sajonia, quizá el más acreditado de entonces, el del Príncipe de Meissin. Pero la afición literaria fue más fuerte que toda imposición vocacional. La acentuó por los consejos y estímulos del famoso médico Cristóbal Milius que veía con buenos ojos los esbozos literarios del joven amigo. Debía después colaborar arduamente con él en el campo del periodismo, desde los tiempos del Freigeist. Fundó la revista *Literatubriefe*, en compañía del librero Federico Nicolai y del filósofo Moisés Mendelssohn, en la que aparecieron gran parte de sus ensayos críticos, tan hermosos como intensos.

Del temple de sus doctrinas estéticas se desprende la guerra que hizo a los poetastros. Con ser tan alta la cumbre de Voltaire, hasta con él tuvo querrela. Léssing nació el 22 de enero de 1.729, en Camenz.

Con motivo de su segundo centenario, la ciudad de Wolfenbittel fue puesta el año 1.929 bajo la protección de Lésing, como bajo los auspicios de Goethe está, en el mismo lapso de tiempo, Bruswick.

Se preparó una exposición, que se inaugurara el 22 de enero, con el nombre de "Lessing y su tiempo", en la que los devotos del arte, de las letras y de la historia admiraron los manuscritos, retratos, viejas ediciones, autógrafos y más recuerdos del singular talento, del crítico soberano, del poeta, batallador heroico y pensador insigne, honra, como dijimos al comienso de estas líneas, del mundo, por más que haya tenido como patria la preclara del pueblo alemán.

CENTENARIO DE WASHINGTON

El orbe se inclina reverente, abrumado al peso de la gloria universal de Wáshington, revivida con fulgores deslumbrantes en el segundo centenario de su nacimiento. Se escuchan desde el Capitolio los himnos con que le saludan las naciones de la tierra, estremecidas ante el significado de la conmemoración.

A los encumbrados merecimientos del libertador de un gran pueblo, se une su austera virtud, que dejó como herencia a sus conciudadanos, y que han sabido conservarla religiosamente, como precioso legado que acredita y ennoblece a una raza fuerte, laboriosa y emprendedora, que del trabajo ha hecho su religión.

¡Lauros eternos al fundador de los Estados Unidos !

A ellos se dirigen las miradas de cien pueblos cultos, en la aurora de este día, que irradia con el brillo febeo de las estrellas que constelan el pabellón norteamericano que recuerda los personales blasones de Wáshington.

¡ Loor al invicto prócer, al ciudadano modelo que Montalvo colocó junto al viejo y austero Papirio Cúrsor.

Vive su obra imperecedera, con más elocuencia que los epinicios y las biografías triunfales, en el corazón de los Estados que constituyen su floreciente patria, la progresista Unión Americana. Esa es su epopeya fructífera, no ensombrecida por revueltas intestinas ni golpes dictatoriales y retardatarios.

Nada habla más alto de Wáshington que la eficacia de su empeño emancipador, condensado en la asombrosa pujanza de los Estados Unidos. Esa es su Ilíada, escrita con hechos y cantada por los pueblos vigorosos de la Nación gigante, que tanto nos enseña y en la que tanto hay que aprender al través del continente.

¡Salud a la patria de Wáshington! Nos ponemos de pie para acompañarla, desde las faldas del Pichincha, en el armónico homenaje de las Américas, a su hermana mayor que se viste de gala en el segundo centenario del nacimiento del genio, que fatigó con sus nobles ejemplos y virtudes a la humanidad.

Quizá todavía no sean letra muerta las palabras democracia, justicia, honradez que encarna Wáshington; quizá en la vida republicana de América, tan llena de miserias, no suenen a hueco; quizá invocar a la patria no signifique un arma política esgrimida con fines personales.

El afiliarse a un partido, dentro de los cánones

democráticos, no ha de servir de pretexto para tremolar la bandera de un sectarismo feroz, que, desconociendo méritos, profane el sagrado campo de la justicia.

Nunca ha de ser feliz el Ecuador si en sus ideologías mezcla el odio político que ha pasado por todas las bajezas morales, destrozando a dentelladas personajes y honras; nunca el Ecuador ha de progresar positivamente, si no destierra las pasiones ruines que ciegan a los hombres.

Por disciplina, ya que no por civismo, ha de callar tantas vilezas y desvergüenzas que en el seno nacional se desencadenan, pensando en que afuera se agrandan las cosas y el descrédito concluye por arruinarnos, confirmando aquel refrán que dice que la deshonra sale de casa.

Ya le conviene al Ecuador, como asunto de paz y de civilización, la lucha noble, que, al par que sostiene las libertades políticas, no deja de enmendar comedidamente los yerros, propios y ajenos, sin entregarse al insulto, a la difamación, al grajejo que nada respetan.

No es ir por buen camino hacer burla de todo, cometiendo el sacrilegio de reirse de lo que veneran las democracias y de lo que es digno de consideración en cualquier pueblo culto. Dentro de los bandos políticos, la ausencia de serenidad causa muchos daños. Si se ha de aspirar a la honradez, al imperio de la justicia, a la efi-

ciencia en los actos gubernativos, las maneras decentes dicten normas, en vez de irnos por el atajo de la inquina y de las represalias.

Hemos hecho siempre la más sincera campaña por la armonía nacional, con el humano deseo de que no retrogrademos en la marcha republicana.

El incansable bregar del periodismo es cultural, es educativo, porque orienta a las masas y convierte a la verdad, dicha valientemente en su religión. Sean siempre honrados los debates del pensamiento, y la familia ecuatoriana no encuentre a cada paso hondas desuniones, abismos que se abren a sus pies.

La patria es muy amada, y por su progreso hemos de sacrificar asperezas, que provocan tempestades.

Tortuosa vía la del odio, que conspira contra el espíritu democrático, contra la justicia distributiva, contra la honradez republicana y el tacto administrativo.

Aun los criterios más encontrados han de coincidir siquiera en los buenos términos, para que, de las discusiones razonadas, queden ideas y convencimientos, y nunca resquemores, suspicacias, iras mal reprimidas, motivos de venganza y destrucción.

Al Ecuador le resta mucho que construir, que edificar; que levantar en el plano de las obras auténticas.

A través de la historia, ha demolido muchos proyectos, empresas y pensamientos que habrían empujado a la patria hacia adelante, en vez de hacerla retroceder en ocasiones, en vez de estancar su progreso.

¡Avancemos siempre!

Sirva de ejemplo, para las funciones republicanas, la austera vida de Wáshington, que, a sus virtudes, agregó, la ausencia de ambición que a tantos ha mareado en Europa y América.

HONRADEZ, ACCION, MODESTIA

Trilogía que encumbra, por los escalones del mérito individual, a los hombres que nacieron para grandes fines, honradez, acción, modestia, síntesis de vidas preclaras y sin mácula. Manos puras, voluntad de acero, alma sin soberbia, trinidad de próceres y de santos.

Como claro testimonio de la emprendedora y reposada estirpe inglesa, Wáshington mantuvo encendida siempre la tersa lámpara de sus ideales, que más resplandecían con la probidad escrupulosa, la acometividad sin fatigas y la moderación redimida de pretensiones. Con fiado en sus propias labores, alimentaba la fe en el esfuerzo personal, que se traduce por el más saludable de los optimismos.

Arregló, en jornadas sin deliquios espirituales, los asuntos internos más arduos, sin desconocer los problemas internacionales de su patria, que se conduciría aleccionada por el carácter del coloso moral. Después de tan ardua faena libertadora que absorbió sus energías, inició negociaciones con Inglaterra y España que le atañían de cerca.

Letras de oro son propicias para grabar el fervido elogio que le consagrara Jefferson, asombrado de la honradez, acción y modestia de Washington. En 1.823, hizo constar, acertadamente, que «pocos hombres han existido que tuvieran un juicio más sólido que él».

Lento, pero porfiado en el obrar; reflexivo, pero seguro en sus determinaciones, borró del libro de su íntima conducta la funesta palabra pesimismo, sinónima de impotencia. No entraron en sus convicciones los fantasmas que murmuran al oído de los pusilámines: "imposible, peligroso". En medio de las desgracias, fracasos, privaciones, rivalidades de los suyos, ataques de los contrarios, odios políticos, egoísmos, dolores de sus soldados, no aludió jamás a la desesperanza, ni menos trazó, por su mano, pinceladas sombrías en el tétrico cuadro nacional, que ansiaba volver plácido, feliz y pacífico.

Sabía que era el jefe de un pueblo que anhelaba su mejoramiento, que no sentía minorar sus fuerzas e iniciativas. Nunca se contentó con señalar los desastres,

sin antes llevar a previsión los remedios.

Wáshington personifica la acción. Supo honrarla desde las primaveras juveniles, ensayándose en ser vigoroso, sufrido y observador. Digno ejemplar de las familias fuertes y los pueblos disciplinados, luchó a brazo partido para salir airoso aun en las más tristes situaciones y derrotas. Sereno y resignado, empezó la tarea emancipadora. Obtuvo de su mismo corazón la suficiente eficacia cívica, sin desconfiar de que conduciría a su pueblo, por jornadas de honradez y de moralidad, a la cumbre de la belleza. Ahí está su obra, demasiado excelsa para que el mundo intente desconocerla, porque a la vanguardia del mundo va su República, agitando en alto la antorcha de todas las libertades.

Subyuga en el genio de la colosal patria americana su profunda virtud, presea la más alta para conducir pueblos. Venció las irresistibles tentaciones de la ambición, gustando más de las tranquilas horas del hogar y del cultivo del campo, que de honores y desasociados. Orientábale su clara visión administrativa. De ahí los sorprendentes aciertos. Conocía el temperamento de los hombres. Desde niño había entrado aun en las almas bravías. No le fue difícil encontrar colaboradores que con tesón secundaran sus planes, encaminados a la paz y prosperidad de los ciudadanos. Educado en plantel rural, su verdadera escuela fue la de la vida, desde muchacho.

Diestro jinete, valeroso y sin quejarse sobrellevaba las inclemencias del tiempo y los rigores de las rudas y largas excursiones.

Nacido a orillas del Potomac, recorría las propiedades de sus padres, del antiguo condado de Westmoreland, hoy estado de Virginia, desde sus tiernos años. A los once, le tocaron las tierras de Rappahannock. Un lustro después, se le ve sudoroso y agitado: está errando por intrincados bosques y dilatadas praderas, en estudio de las costumbres de los indios; duerme al raso, preparándose, para su excelsa misión en las fatigas y peligros que dominaba, ya contra los franceses, ya contra tribus bárbaras. Tal su noviciado para abrazar, a los 19 años, la carrera militar. No fue mero relumbrón el puesto de Comandante del distrito, con el título de ayudante general. Para desempeñarlo a conciencia, púsose a entrever la táctica y a inquirir la ciencia de los libros, para robustecer la de su experiencia adquirida tempranamente.

No le cegaron los resplandores y comodidades de su respetable fortuna. En armonía con su situación independiente, quiso otorgarla a su patria, sin aceptar remuneración alguna por los desvelos que la consagraba. Esta actitud eleva a cien codos la nobleza de su pecho.

Rico y sin sujeción a nadie, con todo, no rechazó el juego con la muerte. Gustoso y a satisfacción cumplió las órdenes del Gobierno de Virginia que le comisio-

nara practicar prolijo reconocimiento de las fronteras. Apartando las asechanzas de las tribus salvajes, resistiendo a sus enemigos, burlándose del frío y de la nieve, juzgando de poca monta los obstáculos, todo lo allanaron genio y paciencia.

Cuando heroicamente sucumbe el Coronel Fry en el combate contra los franceses, le sucede dignamente. Con no menos merecimientos se le halla después formando parte del estado mayor del General Braddock, que murió de resultas de las heridas que recibiera en la batalla del 9 de Julio de 1.755, en la que Wáshington desplegó el indomable valor que le caracterizaba, unido a su pasmosa actividad.

Sus jornadas épicas marchan en progresión ascendente. Cuando los notables de Virginia le suplican tome el mando general de las tropas, acepta el encargo, imponiendo condiciones que tienden al mayor éxito, entre las que se anotan las de nombrar libremente a sus oficiales. Tres años conservó el mando, sin envanecerse ni abusar, multiplicándose en sus campañas. No descansó en los 15 años que perteneció a la Cámara de los Burgueses como representante del condado de Frederic, contribuyendo, con sanos consejos y ecuanimidad, al acierto de las deliberaciones.

Cada día su nombre, puro por su recta conducta, y basado en incommovibles fundamentos de mérito, bri-

llaba más, difundiéndose entre las multitudes, acarreándose las simpatías del pueblo y colmándose de prestigio por sus triunfos militares.

En su vida resalta una fecha íntima para su sencillo corazón: el 6 de Enero de 1.759, en que se casó con Marta Dandridge, viuda del Coronel Custis, acentuando sus inclinaciones al sociogo del hogar y a la tenaz labranza de la tierra, pues era labrador «por condición y por inclinación y estaba entregado a los intereses, a los hábitos, a la vida agrícola que constituían la fuerza de la sociedad americana», según observa un inmortal historiador.

Aquí sentarían bien algunas filosóficas consideraciones acerca de la armonía, prosperidad y grandeza de los pueblos que cifran en el cultivo de la tierra su sólido porvenir. Ligados a la madre común, labran su fortuna moral sobre cimientos de la verdadera independencia: la económica, que liberta de caídas y vergüenzas, que es la palanca de las altiveces, cuando el ánimo se ha familiarizado con las sabias lecciones de la naturaleza, ajenas a las intrigas cortesanas y las miserias políticas. El que con esfuerzo siembra, ha de cosechar, con la íntima fruición de que abundancia y riqueza se deben a su férrea voluntad y a sus manos.

Hundida la mirada en los destinos de la democracia norteamericana, decía Jefferson: «Nuestra confianza

no nos puede engañar mientras seamos virtuosos; y lo seremos en tanto que la agricultura forme nuestra principal ocupación».

Wáshington había dado luminoso ejemplo, con el que predicó toda su vida. Sus acciones, examinadas imparcialmente, valen más que los fogosos discursos, las arengas arrebatadoras y la poesía de relumbrón.

Poemas auténticos los suyos, adquiridos en el dominio de la salvaje naturaleza, en la repetición de la aventura desconcertante, en la peligrosa cacería, en los atardeceres en el campo, en las auroras de lejanas comarcas, entre aborígenes temibles. Su espíritu resuelto se embriagaba, en las reconditeces de su alcázar interior, con el hálito de las victorias que no le marearon nunca. Símbolo poético es la admiración del anciano jefe indio que, al repetido disparar de su escopeta adiestrada, no hizo blanco en el cuerpo de Wáshington, invulnerable como el de Aquiles. Consideróle como una divinidad después de la batalla de Monongahella. La leyenda es madre de la poesía. El aborigen heroico la iba hermosamente bordando en la tela del existir de Wáshington, cuando su atrevida excursión por las márgenes del Ohio.

A la poesía musical de las bellas dicciones, prefirió la de las acciones, consumadas por su carácter y por su práctico talento, enbalsamados con el aroma de su alma, de tanta entereza, rectilínea y justa.

La democrata y ciclópea nación de los Estados Unidos de América es digna hija de la libre Inglaterra y de los legítimos merecimientos de su primer presidente. Suelo fecundo en robustos luchadores como Wáshington, Fránklin, Adams, Hamilton, Jefferson, Madison, Jay Henry, Madison, Creen, Knox, Morris, Pinckney, Clinton, Trumbull, Rudledge y tantos ilustres varones, tuvo ardientes defensores en la misma Inglaterra, respetuosa de los derechos individuales y políticos.

No intentó al principio la colonia estadounidense separarse de su madre inglesa, sino, a la sombra de este hogar, vivir en el goce de leyes que consultasen su dignidad de hombres y le dieran garantías para su comercio y bienestar. Odiaba los impuestos injustos. Wáshington decía al Capitán Mackenzie que no se trataba de un pueblo de rebeldes, sino de un pueblo que reclamaba su libertad, sus privilegios y preciosos derechos, esencialmente necesarios «a la felicidad de todo estado libre, y sin los cuales la libertad, la propiedad, la vida están inseguras». Odioso el gravamen de papel sellado a esa porción de América.

La conducta de Jorge III, terco y belicoso, precipitó los acontecimientos, porque era santa la causa de las colonias.

Wáshington, con sublime patriotismo y modestia sin límites, fundó una república modelo. Inmenso es lo

que realizó. Está a la faz de las naciones. Si por los frutos se aprecian los hechos humanos, nadie puede borrar la fulguración del país en el que plantó sus normas el virtuoso genio de Wáshington.

Austeridad, moderación, espíritu práctico, vigor físico, hondo sentido de la vida, perseverancia y probidad animaron a su fundador, que se negó a prolongarse más de los ocho años en el ejercicio del poder, oponiéndose rotundamente a la tercera elección. No fue hombre elocuente que arrebatara con la potencia verbal, sino figura de trabajo, múltiple en el accionar y coronar empresas. A duras penas surcía una frase. Cuando el señor Robinson le elogiara por sus actos en bien del país, no acertó a responderle nada, todo confuso y habiéndose levantado para agradecerle. Viéndole pálido y cada vez más conturbado, el orador de la cámara le dijo amablemente: «Sentaos, Sr. Wáshington; vuestra modestia es igual a vuestro valor, lo cual excede al poder de la palabra que acaso yo posea».

Sus contemporáneos le premiaron con el calificativo de Fabio. Como soldado diligente y reposado a la vez, unía la prudencia con la prestza en el obrar, comprendiendo que la guerra depende muchas veces de la rapidez de las operaciones. Le amaron sus súbditos. Permanecieron por afecto leales a su lado. Sabían que sus promesas se cumplían indefectiblemente. Hombre de ho-

no, no faltó nunca a su palabra. Su religión consistía en verla realizada al pie de la letra. Por esto, inspiraba confianza y cariño a la tropa, que por él sobrellevada las durezas de la campaña y las más torturantes privaciones.

Admirable su genio militar, inmensa su previsión, notable su espíritu humanitario. Por el milagro de su voluntad, firme como una roca, y de su talento organizador, que apreciaba detalles y se adelantaba a los acontecimientos, logró transformar un cuerpo amorfo y sin sombra de subordinación, que careciendo de lo indispensable, casi iba desarmado por remotas aldeas, en colectividad ordenada y respetuosa, convirtiendo a los insurrectos que no entendían de disciplina, en acional ejército, soportador de las vicisitudes. Es preciso, con clara e imparcial mirada retrospectiva, medir las dificultades del terreno, los rigores del clima, las distancias inmensas que separaban a las poblaciones, la carencia de transportes y vitualla, para apreciar la magna empresa del General en Jefe del Ejército continental. ¡Y no sólo eran las insuperables vallas de la naturaleza bravía y los contratiempos ocasionados por las gregarias filas, los removidos por el Libertador norteamericano! Montañas más altas abatió: las de la política contradictoria y de las pasiones de los bandos encontrados, cristalizadas en las dañosas y antojadizas órdenes que cada Asamblea provincial se creía con derecho a impartir, empeorando la causa emancipa-

pora y provocando animosidad. De tan atroz anarquía, tras lento trabajo, su genio arribó, como de tumultuosa mar al puerto seguro, al concierto militar, social y político. De la carencia de todo, pasó a la dotación de lo necesario: víveres y armas, leal a su credo piadoso de aliviar la situación del soldado, al que atendía paternalmente.

Metamorfosis de la anarquía en disciplina armonizadora, es la síntesis sobrehumana de Wáshington. De los fracasos, como de la fatal batalla de Long—Island, sacó mayores bríos, cual si la desgracia le estimulara. Su mente estuvo pensando en rectificaciones y futuros triunfos cuando se retiró a las montañas de Nueva Jersey.

Demócrata de arraigada convicción, prometió ir hasta el aniquilamiento para ahogar la reacción monárquica. No le marearon los reales cantos de la sirena. Rechazó la corona, como un insulto a sus sacrificios de republicano desinteresado y humilde.

¡Catoniana honradez la suya! Hace tánta falta esta virtud entre los que gobiernan pueblos y manejan sus rentas. Con su pulcro ejercicio, sería bella realidad el adelanto de las naciones. Sus obras de progreso, materiales y espirituales, surgen ufanas, en razón directa de la honradez desplegada por gobernantes y funcionarios. Cautiva la honradez como la blancura de las conciencias.

Transparente la prolija contabilidad de Wáshington: cuentas limpias, comprobantes escrupulosos, descar-

gos hasta de lo mínimo, razón del último centavo que su diestra autorizó invertir.

Sobre la cima de ese como Chimborazo de albu-
ra moral, tremolando está el estandarte de la ley supre-
ma: la Constitución, mito y biombo en no pocos pueblos
que reciben sus más tremendos males de la farsa consti-
tucional. El ayudó a formar la Constitución Norteamer-
icana, a la luz de las lecciones de su inteligencia; él to-
mó sobre sus hombros la responsabilidad, ante la histo-
ria, de cooperar a su redacción sincera.

Si las naciones, en su avance de perfeccionamien-
to étnico y cívico, son reflejo de las leyes que las rigen,
dentro de la paz y el trabajo que estimulando está a la
producción de la riqueza, nada más convincente de la fuer-
za legal y poderío de los Estados Unidos que su Consti-
tución que, desde Wáshington a Hoover, pocas veces ha
sido modificada y casi ninguna por golpes de cuartel.

Descartando la terrible guerra separatista, a causa de los
privilegios constitucionales de unos estados sobre otros,
la República ha bogado siempre en mares de bonanza.

Al recinto de las leyes iban oradores de la talla de Da-
niel Webster y Henry Clay, que discutían como leones pun-
tos constitucionales; de la talla de Lincoln y Douglas que
sostenían, como un duelo a muerte, sus convicciones, en
ardientes campañas populares, de carácter electoral, para,
después de la contienda, llegar a ser buenos amigos. La

Constitución, esa Biblia fundamental, ha significado la más palmaria garantía de orden y consolidación de la portentosa República que acentuó sus principales lineamientos éticos merced al ejemplo del honrado Washington, blanco de injurias y calumnias que Mc Master ha coleccionado. «A Lincoln los hados le apartaron de los labios esa hiel emponzoñada», observa el escritor Piñeyro.

Sin el respeto a las leyes, comenzando por los que las dictan, el pueblo jamás afianza su disciplina. Se acostumbra a regalar la gloriola de caudillo al audaz que las burla, premiándole con triunfos baratos, muchas veces, triste es decirlo, al grito irónico de ¡viva la Constitución!, que es entre razas turbulentas el comodín para los trastornos públicos y las tragedias colectivas.

Riguroso fue Washington en el cumplimiento de esa Constitución en la que él mismo intervino. Su biografía luminosa ha formado mártires y santos laicos, como el inmaculado Abraham Lincoln, víctima del libertino histrión Booth. Desde muchacho aprendió el sublime leñador de Kentucky en la «Vida de Washington», que le proporcionara el colono Crawford, a venerar la dignidad humana. Leyó y releyó esas hermosas y edificantes páginas en su cabaña. Cuando importuna gotera humedeció algunas de sus hojas, su delicadeza impulsóle a comprar el estropeado y predilecto libro, pagándole con el sudor de su frente. Tres días estuvo empeñosa-

mente trabajando como peón en las tierras de su vecino, a fin de desquitar el daño y quedarse con la obra de constante ejemplificación para las generaciones.

En Wáshington, que ordenó testamentariamente la libertad de los negros de sus vastas propiedades agrícolas, afianzó Lincoln su antiesclavismo, reforzando con hechos heroicos su dogma de que «si la esclavitud no es una injusticia, nada hay de injusto en el mundo».

Moderno y altruista Presidente centroamericano, el ingeniero Arturo Araujo obsequió a un asilo de tuberculosos magnífico automóvil, avaluado en quince mil dólares. Negóse resueltamente el modesto magistrado a usar el regalo elegante de la casa comercial Issotto Fraschinni.

Hace más de una centuria Wáshington despojábase de su ropa y de sus comodidades en bien de sus camaradas del vivac, ateridos por el hielo, en la tremenda estación invernal de comarcas solitarias, y muertos de hambre, muchos de ellos candidatos para la tisis.

Acostumbró, como jefe y como gobernante, darse cuenta de los menores hechos, volviendo a la postre certeza la incertidumbre, tanto en el campamento como en el capitolio.

Bien harán los compatriotas del gran hogar ecuatoriano, tan combatido por las convulsiones cruentas, hijas de la ambición y de la locura propias de estos dilectos países hispanoamericanos, cuando pasen por Mount

Vernon, de ir a orar, cual ante el ara de la democracia, todos sus rezos de civismo, conmovidos ante las enseñanzas del tranquilo varón que descansa en el solar de sus mayores. Oyendo muy quedo los latidos del emocionado corazón, elevarán los más cálidos himnos a la democracia ante las venerandas reliquias del que tanto la realizó, sin huella de pedantería, ingenua, religiosamente.

Sin perder las esperanzas de que la aurora de la libertad espiritual y económica despunte sobre los pueblos juveniles que ya aprenderán a ser cuerdos y emprendedores, no desconozcamos la meridiana valía de pueblos ciclópeos que tienen como precursores a gigantes de la talla de Wáshington, que es la más nítida y radiosa prosopopeya de la estrellada bandera norteamericana que flamea gloriosa sobre la cumbre del esfuerzo humano, que vuelve realidad hasta los más pasmosos sueños.

CENTENARIOS MODESTOS

Siquiera de tarde en tarde, la humanidad se acuerda de sus humildes benefactores. La conmemoración de famosos centenarios se precipita en alas de Saturno. Pero no todas las remembranzas arrancan las bendiciones de la posteridad, agradecida de los que se sacrificaron por el bien de sus semejantes y pusieron sobre sus cabezas, sin lloriqueo ni aspaviento, el altruísta principio campoamorino de que "purgar la propia falta es noble y bueno; mas purgar culpas de otro es bueno y santo".

Suele la adulación acordarse, de siglo en siglo, de ciertos grandes hombres, para alabarlos sólo como justificación de actos serviles en favor de los vivos. El pretexto de recordación sirve para conseguir canongías y prebendas a costa de los muertos que no se imaginaron serían utilizados desde la tumba como biombos.

Acontece que la manía del aplauso vuelve odiosos a no pocos personajes que se ponen de moda. Disputábase por quemar incienso ante esas efigies, por trazar las biografías, hacer ruido en torno de ellas, no tanto a honra de los que ya no escuchan bajo la huesa, sino en provecho de los que alientan todavía y no pueden encubrir su ambición y quijotería.

Tal vez el espíritu de exhibicionismo impulsa a

remover fechas que se tornan conmemorativas y de las que nada obtuvo la humanidad, sino lágrimas y sufrimientos. La idolatría a tales caudillos, a los asesinos con suerte, a los que pisotearon honor y libertad, a los que convirtieron al pueblo en escabel para auparse, es brote de conveniencia para halagar a los de la época.

No es común el homenaje sincero a los que derraman virtudes y acciones sublimes, a los que aliviaron la triste condición humana, a los sabios y filántropos que elevaron la dignidad del siervo, multiplicaron pan y trabajo, ajenos a las guerras de razas, a las dentelladas fratricidas.

La espada ha empapado la tierra siniestramente en sangre, sembrando desolación y muerte, pobreza y podredumbre social. Abochorna el recuento de sus triunfos. Otros deben surgir, humildes y misericordiosos. Tal el cálido recuerdo del modesto *Ciro Hall Mc Cormick* que remedió no pocos infortunios. ¿Quién fué este desconocido personaje?, se preguntarán muchos. No fulge entre versos de bronce y epinicios, ni la epopeya, ni la lisonja, con almibaradas cláusulas, le han borroneado le-
tanías. Es el inventor—reízo, poetas cortesanos y críticos narcisistas—de la segadora mecánica, admirable recurso para las faenas del agro, que facilitó la recolección, tan lenta y rutinaria antes.

De la hoz tradicional, limitada en el corte, se pa-

só a la guadaña, hasta que el genio de Mc Cormick ideó la segadora mecánica, diligente jornalera de labranza que en breve tiempo, cual en abrazo amoroso y fecundo, va elevando unidos haces y montañas de mieses. «Sus efectos—lo ha observado un técnico economista— produjeron lo que bien puede llamarse una revolución en agricultura, pues ésta cobró nuevos alientos y avanzó con paso firme hacia más amplios horizontes. Inmensas extensiones de tierras fértiles que desde la creación del mundo hasta entonces habían permanecido improductivas, trocáronse de pronto en risueños trigales, y por primera vez en la historia hubo pan abundante y barato. Resuelto el problema fundamental de la alimentación, los hombres se vieron libres de la esclavitud del campo y pudieron así encauzar sus energías por nuevas avenidas. Floreció entonces la inventiva, avanzó la industria a saltos, se desbordó el progreso en todos los sentidos, y comenzó la Edad de la Abundancia.

«Gran parte de los portentosos adelantos que en multitud de órdenes realizó la humanidad durante el pasado siglo, debiéronse, directa o indirectamente, al invento de la segadora mecánica, y es lógico suponer que de no haberse inventado esa máquina o algún aparato equivalente, hubiera tenido que seguir atendida a la escasa porción de alimentos que de día en día pudiese

lograr, expuesta a toda clase de contingencias; los pueblos todos se habrían visto en la necesidad de continuar dedicándose casi exclusivamente a las rudas faenas agrícolas, y la moderna civilización industrial no hubiese pasado de la categoría de los sueños irrealizables».

El abuso del maquinismo está provocando la ruina universal y aumentando el pavoroso ejército de los desocupados, a quienes ha desalojado el aparato preciso y mecánico que economiza brazos y se diría hasta inteligencias, pues la máquina realiza labores mentales, suma, resta, multiplica, divide. El trabajo es hoy patrimonio de los motores sin alma que todo lo monopolizan, causando la desesperación de infinitos hogares.

Pero, máquinas como las de coser que redimió a la reina del hogar, como la segadora mecánica que multiplicó los panes en el milagro de la rapidez, arrancarán el entusiasmo de las generaciones, porque mejoraron la mísera condición humana.

EL HEROE Y EL SABIO

Hay secreta correspondencia entre el sabio y el héroe: El uno, es mártir del estudio, de la observación a la naturaleza, de la experiencia fatigosa; el otro, de la voluntad, de la lucha con su propia alma, del vencimiento abstracto y obstinado contra el medio, el fanatismo y la emboscada.

El sabio—que también es un héroe modesto y callado—persigue con dardos morales a la ignorancia; guerra contra el error; se sacrifica por la verdad; el héroe, ataca a la esclavitud, que es la más triste forma de ignorancia; combate contra las resistencias y los prejuicios seculares que se oponen a la ley evolutiva. Uno y otro, trabajan por la victoria del espíritu y se muestran vigorosos, en el campo de batalla de su conciencia, para que prevalezca el bien colectivo, aun con mengua del personal. El premio del uno es la ley del fuero interno. Ambos asombran; ambos arraigan en la memoria del pueblo; ambos alcanzan—aunque sea en un lejano futuro—aplausos y bendiciones. La historia, al fin y al cabo, se inclina reverente ante estos colosos del heroísmo, de la constancia, de la investigación y de la victoria, por más

que la alada diosa tarde en llegar con el fresco lauro para sus radiosas frentes.

Entiéndanse, sabio y héroe, auténticos, purificados por merecimientos y virtudes; no los que sólo buscan fama, los que mistifican los hechos, los que construyen teorías sobre arena y empeñan batallas con vestiglos, los que se alzan sobre el pedestal de la simulación o sobre montañas de cadáveres, inspirados por ruin codicia, por sed de poderío, por mal disimulada ambición tiránica.

El sabio que investiga hondamente y consagra sus mejores horas al progreso universal; el héroe desinteresado que inmoia los años de su existir, su tranquilidad y su sangre misma por la redención humana, nos están subyugando con el resplandor de los hechos, persistentes, impetuosos, triunfadores.

No confundamos la eclosión heroica, vértigo del momento, arrebató laudable, locura excelsa, con la carrera del héroe habituado a vencerse y a vencer, a dominarse y dominar; con la del sabio, emporio de heroísmos y privaciones. La una es floración aislada, brote brillante, sublime despertar anímico; los actos del héroe son frecuencias desconcertantes, disciplinas férreas del carácter.

Las abnegaciones de los capitanes Antonio Ricaurte y Abdón Calderón y del tambor costarricense Juan Santamaría, por ejemplo, son heroísmos puros, episodios bellos y sorprendentes. Nos conmovemos al recordar que

depositaron, espontánea y pasmosamente, la flor de su juventud en el altar de la patria; pero no personificamos en ellos al héroe, ni menos al sabio, sin que dejen por esto de gozar de justa nombradía y sean acreedores a las bendiciones de los pueblos.

Bolívar es el tipo del héroe, varón completo, visionario deslumbrador, testarudo con la gloria, campeón de inagotables recursos y de indeclinable confianza en sí mismo. Por una noble causa, que fulgurante éxito coronó, pospone fortuna y agota los años más risueños. Muere pobre, abandonado, escarnecido, víctima de consunción física y de imponderables sufrimientos morales. Es el Héroe por antonomasia.

Muchas son las acciones heroicas; pero pocos los héroes en el mundo. Los santos y los sabios han llegado también hasta el martirio en su silencioso heroísmo, dominador de pasiones y de miserias, tolerante, humilde y simplemente seráfico.

La santidad sobrecoge de admiración y pone en práctica a cada momento la teoría del héroe.

Bolívar es un sabio y un héroe amalgamados, en una palabra, un genio. No es un santo, porque a veces perdió la ecuanimidad, soplo virginal de los justos.

El sabio ha perdurado calladamente, cuando su vida, larga y fecunda, no estuvo expuesta a ruidosos peligros ni persecuciones bárbaras; pero no pocas oca-

siones ha tenido que sostener, con fe de heroísmo, la convicción de sus reformas y descubrimientos. El héroe, igualmente, es reformador: sobre sus hombros ha sustentado el peso de sus innovaciones. Ambos son acreedores a la gratitud pública.

Nadie quizá como Juan Montalvo ha sabido cantar, en rauda y rítmica prosa poemal, las repetidas explosiones heroicas de muchos soldados de la independencia, sobre todo los capítulos casi inverosímiles referentes al juvenil Abdón Calderón en el Pichincha y a Ricaurte que aplicó la salvadora mecha al polvorín del fuerte de San Mateo. Cayó destrozado el santo de la patria en la histórica montaña; voló en pedazos el otro santo en unión de sus realistas enemigos y del copioso material de guerra. La victoria, pérdida ya para los americanos, quedó sellada definitivamente por el rasgo sublime de un iluminado. ¿Quién le impulsó? El Héroe. ¿Quién le sugestionó? —El Héroe. ¿Quién expidió aquel mágico mandato sin palabras?—El Héroe.

De la generosa consumación de Ricaurte, deduce Montalvo, con sutil psicología, este profundo comentario:

«A una acción romana, dice, debió Bolívar su salvación en San Mateo; pero es asimismo cierto que a la constancia de Bolívar debió Ricaurte su sacrificio. ¡Cuántas arremetidas resistió, y cuantos asaltos rechazó, y cuántas esperanzas burló primero que el nuevo Cocles salvase a la patria!»



Acontecimientos heroicos, que la poesía vuelve legendarios, no aprovechan tanto a la posteridad—con todo de ser narrados con riqueza de fechas y lucidas galas imaginativas—si no se deduce algo de ellos, algún corolario ejemplificador. Más enseña una página de Taine, que los ditirambos de historiadores que al referir epopeyas americanas, se diría que parecen poetas, como el gran Larrazábal, como el ilustre Zorrilla de San Martín, que están deificando a sus protagonistas.

El comentario filosófico es la lección de la historia; la honda deducción biológica es la moraleja para el futuro, que traza el sendero que recorrerá la sociología. Incitar a la meditación en las acciones de los escasos y legítimos héroes—sabios, santos y redentores—edifica a los mortales; entrar en la patología de los hechos es proporcionar escuelas saludables.

Pensemos a menudo en que sabios y héroes amaron ardientemente el ideal y fueron, por vía crucis repetidos, en busca del perfeccionamiento humano. Unidos y otros son poderosas fuerzas sociales. Muchas veces sabiduría y heroísmo se encarnan en un solo hombre, cuando pertenece a la estirpe de Bolívar, San Martín, Franklin, Lincoln, Martí, talentos múltiples y héroes sin ejemplo que pocas ocasiones desbarraron (1)

(1) *De Martí la poetisa Bernal, en notables confe-*

Los héroes propiamente tales han sido sabios. César, Jenofonte, Napoleón forman colosal pirámide científica.

Otros son conquistadores afortunados, no héroes. Al benemérito Wáshington, varón de tantas virtudes y fundador de una gran República, le llama «capitán de industrias» Eugenio E. Prussing, ponderando su gran sentido práctico, su prolijidad en las cuentas bancarias, su claridad en la administración de herencias y su temperamento tranquilo.

Según algunos críticos, Artigas no obstante sus cuadros épicos y la exaltación férvidamente trazada por el ilustre uruguayo cantor de la «Epopéya», no es héroe en la América, por más que se extienda el nombre de ese «enorme silencio» hasta el lirismo pindárico. (2)

Nunca profanemos el luminoso y complejo concepto de héroe para bautizar con este título supremo a mil valientes; pero no de más que valientes con suerte. . . .

rencias dictadas en Quito, dijo que era el franciscano de la revolución, el santo de la libertad.

(2) *Zorrilla de San Martín, el bardo nacional en el Uruguay, y el orador insigne, ha formado «La Epopeya de Artigas», en un libro de admirables y elocuentes lecciones.*

EL ESFUERZO PROPIO

I B S E N

Ibsen ha sustentado el principio de que el hombre solo es el único libre. Partidario del aislamiento, de la soledad y del silencio, veía en las relaciones sociales otras tantas cadenas que nos esclavizan. Únicamente el que es solo, goza de perfecta libertad. Su ancianidad radiosa meditaba en el gran naufragio humano, buscando la manera personal de ahogarse.

Su profunda individualidad, que proclamó siempre, podría servir de símbolo: el triunfo de una raza vigorosa acostumbrada al *ayúdate*, basado en el esfuerzo propio.

Deberse a uno mismo, vencer en medio de la hostilidad ambiente, no apoyarse en asociaciones, círculos y compadres, es dar muestras de la posesión de un espíritu altamente luchador. A veces, en sociedades estrechas, el secreto del éxito resonante está en los demás, que empujan a la mediocridad, por el arte mágico de los intereses creados. Ibsen en su bello drama «Juan Gabriel Borkman», acentúa sus doctrinas individualistas, ajenas a las debilidades del amor.

La concepción ibseniana del individuo no es, a nuestro entender, ha dicho Salvador Albert, ni la de

Nietzsche, ni la de Stirner. El individuo de Ibsen no es el «super-hombre», sino el «simple» humano; no es el «Único», sino el «Todo» del todo. No sabríamos decirlo con mayor exactitud. El individualismo de Ibsen ¿es egoísmo, altruísmo o indiferencia? Cada uno lo entiende «como quiere». Sólo los que son capaces de elevar su pensamiento por encima de las palabras, comprenden el alto sentido del individualismo».

Enemigo de la idea de hacerse solidario, supo mantener a flote y airoosamente su personalidad. El sentido de las responsabilidades sociales debe ser éste: que cada cual cargue con lo que es suyo. Es inmoral que las colectividades tengan que disimular culpas ajenas y pagar sus consecuencias. Verdad es que el miedo de quedarse solas contrista y mata a muchas personas. Se sienten cobardes al verse aisladas.

¡Ojalá comprendiesen las agrupaciones humanas la admirable fortaleza del hombre solo, independiente, redimido de trincas!. Stockman se levanta feliz, respirando a pulmón lleno, sin que le intoxique ningún cenáculo explotador, que desfigura a la justicia.

“Las mayorías nunca tienen razón, porque se nutren de verdades desustanciadas”, proclamó valerosamente Ibsen. . . . ¿Cuál fue su escenario desde chicuelo?

Pequeñita ciudad frente al océano desolado.

Las sombras de los árboles entumecidos, casi polares, de

sus callejas no recuerdan, ni remotamente, la vegetación de países tropicales y de ensueño.

En las onduladas siluetas de las dunas, cubiertas de fría nieve, desaparece la visión esmeraldina. El alma se despierta movida por las hondas meditaciones que sugiere esa muerta naturaleza escandinava.

En Skien, la aldea remota y diminuta, en la costa sur de Noruega, nació, el 29 de marzo de 1.828, Enrique Juan Ibsen. Sus ojos contemplaron, desde niño, los nieves e inclementes parajes invernales y la soledad impresionante del congelado mar, en el que los *icebergs*, o montañas flotantes de hielo, se pierden en el horizonte.

Hijo de modesto comerciante que vino a menos en sus negocios, aprendió muy pronto a luchar por la vida, hasta vencer. En el rincón de una farmacia de Grimstad, abría los libros, en los momentos que sus ocupaciones lo permitían. Pocas veces salía al porche en busca de una limosna de sol.

Veintidós años contaba cuando se trasladó por la primera vez a Cristianía, en donde pudo conocer a célebres escritores como el dramaturgo Bjorson.

En Dinamarca y Alemania aprendió el arte escénico. Fue director del Teatro Bergen y del Norske, en Cristianía.

Su vocación literaria, despunta con algunos poemas cortos y con los sonetos en que cantó al rey Oscar

Sus primeros versos eran acerca de la guerra del Schlessvig. En su vasta e intensa labor dramática hay tres ciclos, por decirlo así: el histórico, el social y el filosófico, en medio de la representación de pasiones que tienen mucho de frialdad y de cálculo, del pavor atávico y de la fatalidad histórica.

Data de 1849 su drama en verso «Catilina». De dos interesantes partes consta su “Emperador y Galileo”, a saber: “La apoteosis de César” y “El Emperador Juliano”. “La tumba del guerrero” fue reconstruída por su autor después de mucho tiempo. Suelen aplaudirse “La señora Inger en Ostrot”, “La fiesta de Solhaug”, “Olaf Liliekrans”, etc. Con “Los pretendientes de la corona” cierra el ciclo histórico.

Ibsen saboreó las más torturantes nostalgias, ausente de su patria 27 años, tiempo que pasó en su mayor parte en Italia y Alemania. Pronto se vió colmado de honores. Su fama fue creciendo. Asistió a la inauguración del canal de Suez, gigantesca obra del genial Lesseps, elmismo ingeniero audaz que empezó el de Panamá, sin análoga fortuna.

Las doctrinas que sustentó en sus creaciones escénicas pronto volaron, por más que se las quiso ligar, en alas del escándalo. En su país prohibióse discutir acerca del caso de Nora presentado en “Casa de Muñeca”. No

se consintió en Inglaterra, desde 1.891, la representación de "Los Espectros".

Palpitando está su ideología filosófica en "El Pato salvaje". La psicología que trata de destacar al individuo, comunicándole los contornos de su genuina personalidad, es digna de estudio en "La dama del mar" y "Hedda Gabler. Algunos críticos han considerado como la más original de sus creaciones la intitulada "Solness el Constructor", tan comentada como "Peer Gynt".

Ibsen murió en Mayo de 1.906, casi octogenario.

En su juventud ilustró el seudónimo de Brynjelf Bjarme.

En el campo del periodismo, es digno de consignarse el nombre de su semanario "Andrimer", dedicado a las letras.

Fuertes lecciones de su teatro, la punzante ironía, la acerada sátira social.

Entre los dramaturgos modernos, algunos críticos le han puesto a la altura de Shakespeare, para ponderar el dominio que alcanzó en las tablas.

Delató repugnantes camándulas sociales y debilidades de gurruminos. Fue su tendencia educar la voluntad, aislando al hombre para que, en la lucha acerba, se destaque solo, en medio de los embates, como una roca del océano.

Más de un cuarto de siglo ya que por la primera

vez sonó su nombre en un teatro de Quito. La celebrada compañía española "Muñoz" dió a conocer "Los Espectros", que otras empresas han interpretado con la designación de "Los aparecidos".

El teatro de Ibsen es fuerte: se le ha llamado de ideas.

En Alemania levantó polvareda, entre las damas berlinenses, la representación de «La Casa de Muñecas». Hubo que rogar a su autor que cambiase la escena final.

UN ARTISTA MUY HUMANO

Críticos excelsos, como Taine y Guyau, han tremolado en alto la bandera del arte, considerándolo como un jirón de la existencia. De su realidad, han deducido el espíritu de un pueblo y la regla estética de precisión relativa a que se interprete el medio ambiente si se anhela perdurar.

El arte, bello y eternal, será siempre profundamente humano, digan lo que quiera los oscuros filósofos de pega que al simple dolor de cabeza llaman cefalalgia. Claridad ha de ser condición del ente racional que huye de las nebulosas, lo mismo al exteriorizar la hermosura

que al investigar la ciencia. Cuanto más se acerque a la realidad y penetre en los misterios del corazón, más adoradores tendrá el arte, comprensivos, diáfanos, sinceros, como quería Horacio. Si el arte llega así al sentimiento del pueblo, se perpetúa en el espacio y el tiempo, ahorrando a los intérpretes el fatigoso comento del acertijo.

Claridades tomadas del albor nacional, de lo que constituye su tradición e historia, volverán más luminosas las obras de arte que tiendan a conservarse lozanas, porque fijan las peculiaridades de una raza, lo genuinamente vernáculo.

¿Qué monstruosidad metafísica se quiere expresar al referirse el crítico enigmático, en són de fatua originalidad, a la «deshumanización» del arte? La palabreja atosiga, porque es rebuscada y tiende a desvirtuar la esencia de la estética. Afectación de los que conciben tal descastamiento: olvidan una ley biológica condensada en el *homo sum*.

¿Dejará la belleza de ser comprendida por los mortales? ¿Sólo se ha de poner, por muy fantástica y pavorosa, al alcance de los impalpables genios y ángeles de la mitología que con el prodigio cinematográfico ya no asustan a los niños? Los amaneramientos, las fiebres desesperantes de novedad que fatigan al entendimiento, las torceduras de la frase, los delirios del pincel, ¿han de reemplazar a lo sencillo y humano?. Absurdo fuera concebir

que el arte deje de interpretar el fondo de la vida, para viajar únicamente por los países de la fábula. Si el sueño es dulce y reparador, el despertar es también delicioso. Mayor es el tiempo que dedicamos a la conciencia que ya no está adormilada.

El hombre y sus pasiones, más o menos ennoblecidas, constituyen los asuntos literarios de hermosas producciones, de búsquedas prolijas; y así continuará siendo si la historia no ha de desmentir su filosofía, sus hechos y legados seculares.

Dos artistas griegos, Parrasio y Zeuxis, según cuenta la leyenda, trataron de engañarse mutuamente. El decorador del palacio de Arquelao recurrió a la naturaleza, maestra de perfecciones: a un racimo de uvas, que reprodujo tan a lo vivo, que engañó a las aves del cielo que venían a picotear el cuadro clásico. El otro, el pintor del combate de Lapitas y Centauros, acogió un tema de más humana ingenuidad, propio para despistar al ojo experto: el velo que simulaba encubrir un retrato. En lo alto, había una indicación que insinuaba descender la cortina. La pintura era tan exacta, que el desafiante trató de obedecer el mandato, para admirar la figura que no existía. Este viejo episodio helénico es el símbolo eterno de la humanización del arte, por más que los descasados lo quieran desconocer, deformando la visión terrena.

Artista eminentemente nacional y humano es Don Francisco de Goya y Lucientes, que hizo más por España y por el pueblo genuinamente hispano, que las falsías diplomáticas, los tratados de civismo y democracia, las convicciones mercantiles y los discursos patrioteros con que se halagaba a los de abajo. Para ponderar su españolismo, le ha llamado sublime baturro el crítico Osorio.

De la muchedumbre auténtica se elevó a las regias moradas, a esbozar retratos de distinción y celebridad, entre los que se contaban los de la familia de Carlos IV. Recorrió, como el Tenorio, todas las escalas sociales; duquezas trapeadas de majas, fusilamientos terroríficos, peleles, miseria, muerte, escenas de la guerra. Fatigó la pintura de varias escuelas; luchó con las sombras, abusó del rojo; borroneó cartones raros y tenebrosos, frescos de evocación religiosa; pero también telas palpitantes de realismo. Su larga vida, casi de nonogenario, fué antitético estudio de lo plebeyo y aristocrático.

Sus encendidos colores fueron a avivar la entraña de la multitud hispana. Reprodujo su alma, con el íntimo sentido que para Terencio jamás fue ajeno, porque se consideraba muy humano e incapaz, por tanto, de sorprenderse de nada.

Estimula en la vida de Goya su energía nacionalista que le sacó victorioso. Hasta en la agonía quiso pintar motivos de su patria.

El célebre artista padeció, casi desde niño, la misma dolencia acústica que ensombreciera los días del divino Beethoven; afección que a las veces agriaba su carácter, hasta, en alguna circunstancia, rayar en insoportable por sus contradicciones y rarezas. Desde los trece años, notó que ensordecía. Para mayor infortunio del genio, a los cincuenta no oía nada.

Oriundo de olvidada aldehuela aragonesa que ilustró su talento, fue hijo de honrados labradores que, desde el primer momento, no alcanzaron a conocer la pictórica vocación del pobre muchacho que borroneaba figurillas en las paredes y dibujaba cosas infantiles, chocantes en el estrecho criterio de sus mayores. El chico, según ellos, estaba perdiendo el tiempo, como ha acontecido a numerosos artistas violentados en sus aficiones. En Zaragoza, se dedicó a la técnica de los matices que Céspedes poetizara en memorable obra didascálica. Luzán le inició en lo que debía ser más tarde el vehículo de su triunfal carrera.

Apreciamos en Goya, bravo y tenaz temperamento dispuesto a luchar sin miedo por la vida, apoyado en el aforismo arcaico de que el hombre de talento lo lleva todo consigo.

Nada le arredraba. A Madrid llegó pobre, como Espronceda a Lisboa sin una peseta, pues, soberbio el poeta, tiró al río la única que le quedaba.

A Roma va sin blanca el pintor admirable. Tiene que ingresar en una cuadrilla de toreros para poder hacer frente a sus necesidades. Verlo entrar en la Ciudad Eterna con un zurrón al hombro, es acto ejemplarizador para los que se amilanan en la diaria lid, porque no hallan todo a pedir de boca y se derrotan al menor fracaso. El esfuerzo propio está muriendo en las voluntades enfermizas que no se toman la molestia de combatir heroicamente y de perseverar.

Esfuerzo propio y trabajo concluyen por vencer, cuando hay firme carácter para echar un puntapié a la abulia. Verdad es que ayudaron a Goya sus compatriotas Ribera y González Vázquez; pero no es menos cierto que su férrea voluntad puso mucho de su parte.

Su andar aventurero, en familiar comunión con la miseria, le sirvió mucho para conocer las costumbres del pueblo. Dió realce a los cuadros nacionales típicos, inconfundibles, profundamente observados, auténticamente humanos.

Naturalidad y animación discurriendo están en sus gloriosas telas, que hablan de asuntos legítimamente nacionales, desde la reproducción del "Lazarillo de Tormes" que palpita en la inmortal novela picaresca que se atribuyera a Hurtado de Mendoza, hasta los famosos tapices del Escorial y sus abundantes caprichos.

Siempre adicto al género popular, cuyo espíritu in-

terpretó desde niño, ha dejado a España la valiosa herencia de sus manolas, majas, toreros y labriegos, de sus costumbres que robustecen los alientos de la patria, como el «entierro de la sardina»; de todo lo que constituye el alma hispana, que vive en la historia y en el arte.

Cervantes supo estudiar en las multitudes de las ventas, mesones y caminos la perennial poesía de su patria. Goya, hasta en sus motivos decorativos y láminas litográficas, no pudo prescindir de las características corridas de novillos y de las armoniosas escenas del pueblo español.

Humanidad y nacionalismo, he aquí, entrelazados como rosas de amor, en la floral corona, lozana y luciente, de Goya Lucientes.

EPINICIO DE JUAN SANTAMARIA

La historia consagra, con la muerte, óleo de inmortalidad, a sus protegidos.

La historia besó la frente de un juvenil paladín, anónimo humus popular, como una flor bella y silvestre que, sin saberse de dónde vino, es el mejor adorno en el ara de la patria.

¿Quién fué Juan Santamaría? Un pobre muchacho de Alajuela, perdido en la pintoresca y fecunda Costa

Rica, tierra espiritual de maestros y de estetas. Ni siquiera el desmirriado niño tuvo nombre legítimo. Ya le denominaban Santamaría, ya Carvajal, ya Gallegos. No conoció a su padre. Su infeliz madre—gloriosa en su ancianidad— lavandera y tortillera, no sabía leer ni escribir, y la vida le era dura. Hijo auténtico del pueblo, surgido de obscura cabaña de “adobes y horcones mal enjalbegados”, desarrolló travieso, inquieto, acostumbrado a correrías campestres. Para el hogar traía hacecillos de leña. Educado en escuela rural, apenas puede nutrirse intelectualmente. A los diez años, se le ve de aprendiz de tambor en un cuartel. Morenucho, delgado, feo, de mirada de fuego y gran corazón. Por su cabellera en-sortijada y áspera le llamaban “el erizo”.

En su pecho maduraban los sentimientos generosos. Ingenuo y sincero, sólo había alcanzado a comprender el tesoro que significa practicar el bien.

¿Cuál su primer hazaña? Enlazar a un temible fugitivo criminal y llevarlo personalmente a la cárcel.

Su patria se alistaba para rechazar al enemigo invasor. El impulso bélico maduraba. Acudían a las filas, resueltos y entusiastas, los que clamaban, como único y honroso remedio, la guerra, para salvar a la América Central. Marchaban los soldodos con un significativo penacho; “un ramo de uruca y flores en el sombrero”.

Así ataviado iba el “Erizo” redoblando su tam-

bor, a combatir contra los filibusteros. Se alzaba en Nicaragua la siniestra de Guillermo Wálker. Costa Rica medía el peligro y retesaba el brazo con intrepidez.

Aquí pasa por la mente la evocación a Ricaurte en San Mateo, en el himno montalvino, y la narración del admirable episodio de Abdón Calderón en el Pichincha.

Pero ahora los laureles son para Costa Rica.

Las huestes que han jurado la ruina de esa República avanzan difundiendo espanto y muerte. Los minutos son de inminente riesgo en la recia refriega.

El General José María Cañas, en medio del fuego generalizado, apostrofa a las filas con patético ardor.

“Muchachos. ¿no habrá entre tantos valientes alguno que quiera arriesgar la vida incendiando el Mesón para salvar a sus compatriotas?”, pregunta. “¡Minuto en qué resolvieron los destinos de la patria, fue aquél!, exclama en su bello y esquiliano “Epinicio” el clásico escritor Carlos Jinesta, que en tantos libros educadores ha dado lecciones cívicas saludables y fortificantes. ¿Qué implicaba para la libertad de Costa Rica, para la prosperidad de Centro América, una unánime negativa a la interrogación de Cañas? En aquellos instantes gestaba un acto de hermosura para el porvenir de estos pueblos. Reinó el silencio. El silencio es fuerza. Fuerza que a veces, para honor de la Vida, recoge y acumula sensaciones que perpetúan majestades de razón y de jus-

ticia. El mozo Santamaría, un titan anónimo la vispera, puso su caja en el suelo, y con rudo acento, avanzando un paso, con noble continente, pronunció este monosílabo: ¡Yo! Pasaron soplos épicos, en torno Juan sonreía. Las almas, en guirnaldas, besaron el bronce de su frente. Y a media voz: «Iré; pero les encargo que no se olviden de mi madre».

¡Qué de cantos homéricos se realizan en un monosílabo, en una afirmación, cuando el sentimiento inspira a la voluntad!

Juan, con el material inflamable en la mano, se desliza sin vacilar a la realización de la sublime empresa. Le falla el combustible: los trapos no se encienden. Regresa a su cuartel a reforzar la tea vengadora. Llega entre cortinas de fuego, desafiando a cada momento la muerte, hasta la base del Mesón.

Las balas le buscan por todas partes. Cae a sus pies la antorcha encendida; porque un proyectil inutiliza la diestra del soldado espartano. Tómala con la izquierda, y el incendio no tarda en producirse. Presencia su obra titánica breves minutos, porque rueda entre los escombros, acribillado de balazos su noble pecho. Allí está tendido, casi oculto entre tizones, el héroe, proclamando al universo, después de esta nueva jornada maratónica, la victoria de su patria contra el filibusterismo bárbaro. La hoguera, su Ilíada en acción, crece y el ba-

fuerte enemigo queda en cenizas, entre el pánico de los fieros walkeristas.

El radioso Juan Santamaría estaba en la flor de la juventud: tenía veinticinco años. Largas horas duró la acción de las llamas destructoras. El truífno coronó la frente de los patriotas costarricenses. La epopeya aconteció el 11 de abril de 1853, en una calle trágica de Rivas de Nicaragua.

Justo es que la lira de resonancias épicas le cante, que la bronceína voz esparza por los ámbitos la fama del héroe, del "verdadero héroe de la raza", en frase de José Vasconcelos. "El epinicio" de Carlos Jinesta es uno de los admirables hosannas en merecido loor del mártir juvenil. «En la pobreza de Juan, agrega con elocuente acento, se cristalizaron voces anhelantes de un pretérito que no rozaba el medio siglo. La hazaña de Santamaría encarnó voluntad y dignidad en su generación, y éstas obedecieron al sueño de sus antepasados. Ellos nos dajaron energía bastante para consumir, en hora oportuna, realidades que son normas o signos de progreso, programas de vida. Los muertos inspiran con su ejemplo; con el legado de sus virtudes; con sus lecciones de autonomía. Los muertos están de pie y no necesitan del llamado del teniente Pericard, para comparecer. Hay en las tumbas, a pesar de su silencio y de su aparente inmovilidad, una agitación de pequeñas au-

roras, que anuncian el porvenir, que señalan nuevos orientes, que alumbran, hacia el infinito, amorosos ideales e ideales amorosos»

En su procera tierra vernácula, la ciudad de Alajuela, el mármol y el bronce han levantado ofrenda de agradecimiento a Juan Santamaría, que desde la tumba está hablando a las modernas generaciones de América.

EL SABIO NATURALISTA D A R W I N

Ningún sabio del siglo décimo nono resultó tan incomprendido y calumniado como el gran naturalista Carlos Roberto Darwin. Su doctrina, que la intransigencia no se tomó la molestia de analizar, ha sido objeto de serios combates, hasta por aquéllos que nunca tuvieron en sus manos un libro del ilustre inglés, menos se detuvieron a leerle con ánimo sereno. Repiten, por boca de ganso, el concepto que se le atribuye de que "el hombre descende del mono".

No fue el primero en concebir que las especies, contra lo que el vulgo había creído a pie juntillas, no e-

ran producciones inmutables, creadas independientemente las unas de las otras.

Ya Lamarck se había adelantado a columbrar la derivación de otras especies, en gradual cambio. Geofroy Saint-Hilaire tuvo la firme convicción «de que las mismas formas no se han perpetuado desde el origen de todas las cosas».

Vemos al doctor Wells aplicar el capricho de la selección natural únicamente a las razas humanas y a determinados caracteres. Según Herbert, “los experimentos de la horticultura han establecido, de una manera irrefutable, que las especies botánicas son solamente una clase más elevada y más permanente de variedades”.

Larga sería la cita, para demostrar que antes de Darwin numerosos sabios entraron en el complejo mundo del origen de las especies y de la selección natural. El mismo, con sobra de buena fe, planteó las objeciones y dificultades que contra su teoría aducían, sin consultar la gravedad de algunas, como la de Willam Thopson que manifestó la insuficiencia del tiempo transcurrido “desde que se consolidó nuestro planeta para la supuesta cantidad de cambios orgánicos”.

Proclama el mismo Darwin que no era lo suficientemente conocida la constitución del universo ni del interior de nuestro globo y que profesábamos enorme ignorancia acerca de innumerables cuestiones. «No conoce-

mos, decía, todas las gradaciones de transición posibles entre los órganos más sencillos y los más perfectos: no puede pretenderse que sepamos todos los variados medios de distribución durante el largo transcurso de los años, ni cuán imperfecto es el registro geológico». Su invitación a inquirir la verdad fue siempre formal. Convidaba a seguir metódicamente el curso de las especies en las distintas zonas terráneas. «Es una regla muy general, exponía, que los habitantes de cada área están relacionados con los del origen más próximo, de donde pueden haber procedido los emigrantes. Vemos esto en la sorprendente relación de casi todas las plantas y animales del archipiélago de los Galápagos, de Juan Fernández y de otras islas americanas, con las plantas y animales de la vecina tierra firme de América, y de la isla del archipiélago de Cabo Verde y de otras africanas con los del continente africano».

Empero, el modesto investigador inglés, que confesaba la imperfección de su obra y reconocía la ayuda que los naturalistas le prestaron, entre ellos tan eficazmente el Dr. Hooker, no se propuso otra cosa que acercarse a la verdad.

En su libro sobre «El Origen de las Especies», en sus búsquedas de la génesis del hombre, en la pruebas de las variaciones debidas a la domesticidad, en sus teorías sobre la selección natural y la sexual, en su tratado

referente a la expresión de las emociones en el hombre y en los animales, no fue su ánimo herir ningún sentimiento religioso.

Sugiere hipótesis e ideas, a fin de que la legión de científicos, que, en el laboratorio y en el campo experimental, se consagran a palpar y rever los enormes problemas de la humanidad, estudiaran serenamente lo que merece la pena de ser aclarado, no con espíritu sectario, sino de prolija observación, sacudida de prejuicios.

La sencillez de sus costumbres, no permitió ninguna arrogancia en su vida de cenobita de la experimentación. Después de sus viajes por las costas de la América del Sur y por varias islas del Pacífico, retiróse humildemente a su casita de Down, vecina de Bromley, a reunir sus recuerdos y apuntaciones, fruto de su larga circumnavegación, y continuar sus estudios trascendentales, al amor de sus libros y de sus colecciones.

Desde adolescente, inclinado a abismarse en los prodigios de la naturaleza, mostró afición de coleccionista, como lo comprueba la variedad de coleópteros que alcanzó a reunir pacientemente.

Hijo de un distinguido médico, su padre quiso que abrazara igual carrera y le envió a la universidad de Edimburgo, pero el joven Carlos Roberto Darwin, se entregó más bien a la zoología y geología, asistiendo a las para él seducteras lecciones de Jamerson, como más tar-

ce, en la universidad de Cambrigde, a la de Henslow, to mando parte en sus excursiones.

En 1.831, se hizo a la vela, a bordo del bergantín "Beagle", buque de la marina inglesa. Un lustro duró su peregrinación, que le abrió los horizontes del transformismo. Volvió a su patria rico en observaciones del mundo animal, mineral y vegetal. La que ha sido denominada luminosa memoria científica del Nuevo Mundo fue traducido al castellano, para el servicio de Chile, por el Sr. Alfredo Escuti Orrego. En ella, se sigue los fenómenos del solevantamiento de las costas orientales y occidentales de la América del Sur, la acción de los temblores con respecto a los cambios de nivel y al examen de cómo el agua destruye los vestigios de seres orgánicos o conchas. Entra a considerar la formación de los depósitos salinos en Chile, haciendo hincapié en "la ausencia casi completa de conchas marinas en las capas de estos depósitos"; investiga los restos de mamíferos extinguidos en las pampas de la Argentina, describiendo al pleistoceno, mastodonte, texodon, etc. hasta dar con una especie de equus que ha confirmado el hecho "de que el caballo, a la llegada de los españoles, era ya una especie extinguida".

Darwin puso su planta en el Archipiélago de Galápagos. En carta a su prédilecto amigo Haeckel, le decía, en 1864: "Tres clases de fenómenos me causaron una

profunda impresión en la América del Sur: la manera cómo ciertas especies, muy afines, se sucedían y se reemplazaban unas a otras, a medida que iba de Norte a Sur el inmediato parentesco de las especies que habitan las islas del litoral de la América del Sur con las que son peculiares a este continente, lo cual nos sorprendió por demás, así como la variedad de las especies que habitan el Archipiélago de los Galápagos, inmediato a tierra firme; y, finalmente, la íntima conexión que existe entre los mamíferos desdentados y los roedores de la época actual, las especies extinguidas de las mismas familias. No olvidaré jamás la sorpresa que sentí al desenterrar una reliquia de un animal gigantesco análoga a la de un animal viviente”.

Una sociedad científica organizada en California se propuso seguir las huellas de Darwin en Galápagos y levantarle, en la isla San Cristóbal, un monumento conmemorativo. La excursión que con este objeto saliera de los Estados Unidos contaba con poderosos elementos, muy útiles para los naturalistas. Su magno interés se ha cristalizado en el enriquecimiento de los museos californianos con los tesoros que han transportado principalmente de Galápagos.

El Ecuador aprovechó de tan grata oportunidad y se asoció, no solamente al homenaje que ha de tributarse al ilustre hijo de Sgrewsbury, donde nació en 12 de fe-

brero de 1809, sino al estudio de nuestras maravillosas islas, que los espíritus soñadores han forjado leyendas adámicas y tragedias amorosas en el primer tercio del siglo vigésimo. Con tal objeto, nombró una comisión de hombres de ciencia.

La sabiduría y la virtud se alzan en las soledades del océano, lejos de las pasiones humanas, en un significativo recuerdo de muy pocos mortales admirado: la estatua del naturalista, que la ciencia irá a saludar reverente, cada vez que organice sus excursiones al Archipiélago Ecuatoriano que hoy, en el centenario de haberlo sacado a luz no materialmente sino para privilegio de los naturalistas que analizan los tesoros del mundo animal, vegetal y mineral, se pone, una vez más, no únicamente bajo la advocación del ilustre Almirante genovés descubridor de una tierra virginal que pareciera de leyenda, sino también del preclaro sabio inglés Carlos Roberto Darwin.

NOTA:— El Archipiélago de Galápagos fue descubierto por Tomás de Berlanga, dominicano de Soria que vino a la conquista y que subió a la dignidad de obispo de Panamá. Aconteció el hallazgo en setiembre de 1.535. Encontrando en sus playas multitud de tortugas de concha dura, de la clase de los galá-

pagos, anfibios de carne comestible, denominó así a estas islas.

Olvidadas permanecieron por mucho tiempo y completamente deshabitadas, hasta que, gracias al General José Villamil, hombre de tantas virtudes cívicas y prócer de la independencia de Guayaquil, el Gobierno del Ecuador tomó oficialmente posesión de Galápagos, el 12 de febrero de 1.832. El patriota citado fue el primero en colonizar la isla San Carlos, que denominó Floreana, en homenaje el primer presidente de la República, General Juan José Flores.

El Congreso de 1.892, por medio de un decreto, las designó con el nombre de Archipiélago de Colón, como uno de los números del programa de celebración del cuarto centenario del descubrimiento de América.

«Las islas aludidas — escribe en “La Estrella de Panamá” el periodista que sintetiza la historia del solitario paraje oceánico, señor Ismael Ortega B. — aquéllas que Darwin, puede decirse, introdujo en el mundo científico, de las cuales las principales son «Pinta, Marchena, Tower, San Salvador, Fernandina, Rábida, Santa Cruz, San Carlos, San Cristóbal, Isabela, Santa Fe, Santa María, Española, Pinzón y Santiago», todas de uno o más conos centrales desde los cuales va el terreno en suave pendiente hasta el mar, son “los

puntos más altos de una elevación submarina, de forma aproximadamente circular, que surge muy poco a poco desde una profundidad de mil fathoms, elevación que, a su vez, es la cúspide de una enorme meseta sumergida, que se extiende hacia el norte desde pasada las islas de Cocos hasta casi el Istmo de Panamá”, tal como resulta de notable trabajo de topografía oceánica llevado a cabo, entre la América Central y ese Archipiélago, hace ya varios años.

En esas “Islas Encantadas”, como las llamaron por mucho tiempo los piratas y bucaneros a quienes servían de punto de cita para merodear por estos litorales — las mismas que Abraham Ortelius, afamado geógrafo flamenco, consignó en el primer atlas conocido de que fue autor— se llevó a cabo, en 1.793, por Alonso de la Torre, quien levantó un mapa de ellas, la primera expedición oficial, continuando dichas islas deshabitadas, y visitadas únicamente por los filibusteros”.

EL SOLDADO EPICO

LA ARAUCANA

El año trágico de 1.933, que tantos centenarios excelsos ha visto pasar en la cabalgata de los siglos, conmemoró, junto con el cuarto del suplicio del gran inca y shyrí quiteño Atahualpa, que enardece la protesta en los labios, también el cuarto del nacimiento de un insigne soldado, modelo de gentileza y bravura, diplomático y hombre de pro que, siendo oriundo de Bermeo, le cupo en suerte ver la luz primera en Madrid. Este inmortal personaje, simpático para el continente colombino, que se cedeaba con radiosas cumbres de las letras españolas en su florido tiempo, dejó, tanto las sedas cortesananas apocadoras del carácter, como el almibarado ceremonial junto al rey Felipe II, para venir a tierras exóticas, ignaras y agueridas, a padecer mil vicisitudes y jugarse la vida.

Con la sangre de sus venas, la fortaleza de su brazo y la magnanimidad de su pecho de enamorado y marino, vinculó fuertemente su nombre a la prístina historia de América—en la aborígen epopeya emancipa-

dora—al servirse del verso para perpetuar las proezas de Arauco, que se diría trasplante de un rincón espartano, describiendo un ciclo de civilización, pleno de interés y originalidad, que aunque primitivo, no parecía tan salvaje como se imaginaban tantos férreos conquistadores de aplastante bota y espada, cuyo anhelo fanático era destruir las razas indígenas y despojarlas de sus áureas riquezas, como pusieron en práctica con el magno Emperador Atahualpa, al que ni su orientalesco rescate sirvió para salvarle del afrentoso martirio. Se ha estudiado el incontenible torrente de oro que de Chile salió, para derramarse en España, en los siglos de la conquista y coloniaje.

Don Alonso de Ercilla y Zúñiga, se propuso trazar, en medio del estrépito belicoso, la epopeya de la indomable raza araucana, que causa asombro a través de la gesta hispánica, por su pujanza soberbia y las cualidades anímicas que la adornaban. Varón de insaciable espíritu de aventura, que recorriera sin fatiga dilatadas zonas del Viejo y Nuevo Mundo, fue fijando, en la fragua de sus estrofas, fogosas como su temperamento, curiosos detalles de ese impertérrito jirón americano, para que “tanto valor no se perdiese ni el tiempo injustamente lo consuma”.

Desfilan por sus bronceas octavas reales las titánicas figuras de Caupolicán, Colocolo y otros vígoros indios

de alma helénica, que Samuel Lillo ensalzara con resonante lira; campeones que se creyera fuesen como precursores de típica y bárbara caballería andante.

En medio del tumulto de sus pasiones, asistió a Ercilla, además de su justiciero razonar, fruto del estudio del corazón humano, equitativo dón no muy generalizado, y menos en épocas belicosas, cuando triunfos y enérgicas campañas ciegan a los mortales, la subyugadora ecuanimidad que reconoce méritos en el implacable enemigo. No apocó a sus membrudos contendores. Al contrario, estuvo ponderando su valor, convencido de que es más honroso para el vencedor proclamar las excelencias del vencido, antes que apocarse cual pigmeo, fiel a la noble idea de "que no es el vencedor más estimado de aquello de que el vencido es reputado".

Célebre fabulista español, don Cayetano Fernández, que se entretuvo en deducir moralejas del más puro ascetismo, de los relatos que su imaginación rimaba, expuso que el enano arrimado al coloso destaca la grandeza de éste, por el contraste. ¿Cuánto más si junto a un gigante se coloca otro de parecida talla?

En frase gráfica, el ágil cronista Pedro de Répide, que recuenta la bravura madrileña en los fastos de la historia, llamó a la Araucana poema trazado con la moharra. Al elogiar al hidalgo cantor, agrega que "lo que da más valor a su arte y le otorga la primicia entre los

épicos hispanos, es haber escrito un poema con calor de humanidad, puesto que él lo había vivido, y nada impone a la obra de arte tan singular valor como la "emoción de lo que es afán, sufrimiento, pasión del artista que la concibe y expresa". Y concluye: "Poema de una vida escrito a punta de lanza. Pero tan generoso que parecía llevar como bandera el corazón".

El Cónsul de Chile Víctor Domingo Silva denominó a la Araucana "la canción de cuna de la nacionalidad chilena que no se avergüenza de su mestizaje", al señalar los actos de su patria dedicados a honrar al héroe, para demostrar al mundo que no ha sido ingrata. Desde una ciudad en el seno de la Araucanía, hasta una magnífica estatua en Santiago, proclaman los homenajes al bardo y al paladín.

Para don Agustín Edwards, eminente publicista, *Ercilla* es el primer historiador de Chile. "Si la poesía es la suprema expresión de la emoción humana en lenguaje rítmico y armonioso, no puede concebirse que *Ercilla* hubiese llegado a componer un poema épico, si el heroísmo de conquistadores y conquistados no hubiese encendido en su alma una emoción suprema que hizo brotar a raudales el ritmo y la armonía en sus estrofas", dice en bella período, agregando que, más orador que poeta, sus narraciones contienen prolija crónica rimada "de un período de conquista que se habría perdido para la memo-

ria humana sin su feliz venida a Chile en aquellos tiempos azarosos”.

Figuras gigantescas de la literatura española del siglo de oro —Cervantes, el pontífice, y Lope de Vega, el monstruo de fecundidad— alabaron la Araucana. Los lunares que severos preceptistas han hallado en la técnica de esta epopeya, no imaginativa sino real, son méritos para los americanos. Es admirable que el argumento no se personifique ni materialice, como ha anotado eruditamente don Luis Galdames. “No hay un sólo héroe, sino muchos héroes, agrega. La acción es colectiva más que individual. El motivo es una idea, un anhelo, un ansia incontenible: es la resistencia contra la dominación española, sostenida por una agrupación de bárbaros que defienden su libertad y su suelo, que quieren seguir siendo dueños y señores de sí mismos y de la naturaleza que los sustenta. Por ello combaten hasta el sacrificio; y aunque infructuosamente, hacen pasar al vencedor las arremetidas de su denuedo y de sus armas. En suma, el tema es la lucha por la libertad”.

La Araucana es la piedra angular del monumento que América erigirá a la rebeldía; es la precursora de la epopeya que falta al Nuevo Mundo, que homéricamente combatió por su independencia. En maravilloso poema de rauda prosa, Montalvo abrió el derrotero para el canto que a sus libertadores espera consagrar América.

TRISTEZAS DE LA CELEBRIDAD

María Sklodowska murió 1934. Era la ilustre polaca la mujer más sabia del mundo. "La señora Curie obtuvo del exicloruro el polonio por precipitación fraccionada del nitrato básico mediante agua, por precipitación fraccionada de soluciones fuertemente aciduladas con ácido clorhídrico y por sublimación en el vacío", dicen los textos.

Abnegada y genial colaboradora de su esposo, el gran físico francés Pedro Curie, dedicábase con él a interminables trabajos de laboratorio. Curie, que había inventado y perfeccionado varios aparatos científicos y descubierto la dilatación eléctrica de los cristales y sus propiedades mecánicas y geométricas, comprendió, desde el primer momento, el talento de la ejemplar estudiante polaca y la hizo su compañera. Juntos analizaron la radioactividad de los cuerpos y juntos obtuvieron honores universales. Modestos y sencillos ambos, rivalizaban por tan auténticas virtudes. Cuando se trató de condecorarle con la medalla de la Legión de Honor, que orgullosa

y agradecida su patria quería poner en el pecho del sabio Curie, contestó que su esposa María Sklodowska merecía esa distinción porque su concurso fue inmenso.

Viene al caso un episodio que se refiere a la excelsa mujer y que pone de resalto la miseria de las cosas terrenas que no entran en el corazón de los merecimientos.

¡Cómo fluiría, de tener fuerzas para ello, el viejo y saludable capítulo filosófico que nos invitara a meditar en las míseras glorias mundanales, al recordar constantemente lo que ha acontecido a muchos grandes personajes que pasaron poco menos que inadvertidos por el vulgo! El noble pintor italiano Boldini, murió de hambre: mendigaba en las calles de París. Nadie le tendió la mano.

Castelar ha contado, en íntimo desborde de elocuencia, que no siempre fueron comprendidos sus discursos cuando hablaba en las Cortes.

Con gracia ha referido el punzante crítico Bonafoux lo que le sucedió a la llegada a popular ciudad europea. Encuentra a muchísima gente que cree que le estaba esperando como en apoteosis, porque al descender del tren escucha repetidos gritos de «¡Viva Bonafoux!», entre agitaciones de pañuelos y sombreros. Caramba como me conocen, iba a exclamar para su capote, lleno de orgullo, cuando le explicaron que se trataba de un famo-

so caballo de carrera que llevaba la misma denominación que el ilustre portorriqueño.

No todos saben quien es madama María Curie. Su valía científica se ve realizada más por su entereza moral. Cuando en los Estados Unidos se le regaló, por suscripción popular femenina, un gramo de radio que tanto necesitaba para sus experimentos de laboratorio, notó que un hospital de su patria tenía más urgente necesidad de ese tesoro. No vaciló en obsequiar a Polonia el radio que las damas le ofrecieran en los Estados Unidos. Sabedores los yanquis de esta acción heroica, solícitos compraron para ella otro gramo de radio.

Ahora bien, cuando la primera vez se dirigía al Nuevo Mundo a recibir la valiosa ofrenda, pasó en el puerto de el Havre casi inadvertida. El público allí congregado aclamaba, no a la mujer llena de sabiduría, sino a un boxeador. Los vítores eran para Carpentier. Sólo una representante del diario "Excelsior" salió a recibirla, ha contado la cronista Viera.

El caso dicen que se repitió en su segundo viaje a la América del Norte, a agradecer personalmente la dádiva del radio. En la misma hora del alba, se partía una estrella del cinematógrafo en unión de Duglas Fairbanks. Madame Curie, arrinconada por allí, pudo comprobar que nadie le despedía ni le aclamaba. En cambio, qué bullicio, qué ruidosas manifestaciones a los ar-

tistas del escenario antes mudo. Estas anécdotas ponen de relieve que la celebridad es superficial: repetidas veces sólo adula al éxito momentáneo, a la impresión fugitiva y no a los modestos y duraderos triunfos, alcanzados después de muchos sacrificios.

Mas, pasadala ola frívola, quedan, lozanos y perennales, los beneficios prestados a la humanidad, la valía positiva de las obras, la victoria perdurable, alcanzados por la sabiduría y la perseverancia.

Puede la fatuidad aclamar ocasionalmente a sus favoritos, quemar incienso que pronto se desvanece a sus ídolos, desdeñando los legítimos valores..... Pero la justicia, al fin, impera, recobrando su solio, para,serena, efectuar desde allí la distribución de méritos y reconocimientos.

La inmortalidad ha abierto sus puertas de bronce para el paso triunfal de la mujer augusta: Madame Curie, sublime conquistadora del radio.

ESPRONCEDA

¡Poeta! Fuego había en su alma, fuego que abrasaba todo. Luz vívida iluminaba su inteligencia luz derivadora de las tinieblas de la ignorancia. Fuente de belleza, en cuyo fondo se contempla límpido cielo, de ho-

rizones despejados, era su imaginación. Fragua de apasionadas imágenes, en la que se forjan ideas atrevidas, concepciones elevadas, símiles amorosos, su robusto cerebro, que agotó en los placeres fáciles su juvenil riqueza, tan fáciles que dieron al traste con su vida.

Mina de tiernos y dulces sentimientos encerraba su afectuoso corazón.

Como ave gigante, cerníase la musa del poeta por las más altas regiones del pensamiento y su vuelo atrevido iba de un punto a otro del espacio, batiendo, en suave cadencia, sus alas poderosas. Su cántico no se extingue a pesar de las nuevas corrientes literarias, del sepultamiento del romanticismo y del cultivo de vigorosos poemas impregnados de positivismo en esta edad moderna. Le ha zaherido la crítica que gusta de desacreditar lo pasado. Así también don Gaspar Núñez de Arce motejó de «suspirillos germánicos» las sugestivas rimas de Bécquer.

Mas acaso ningún colegial de alma generosa dejará de leer afiebradamente las buriladas y cálidas estrofas de Espronceda. Si el ave trina en el ramaje florecido, la juventud le escucha; si se entra por el bosque y va a modular sus canciones bajo corpulento roble, venerable por los años, la virilidad le oye; si se posa en el arbusto y lanza quejas dolientes viendo vacío el dilecto nido de su compañera, el amante llora con él y le acompaña en su quebranto; si lamenta la decadencia de su patria, "cuyo imperio

se extendía del ocaso al oriente", España se conmueve ante la voz elegíaca.

Bardo resuelto, modela sus candentes versos y los arroja al mundo, para que participe del calor que le consume.

Un día Espronceda entra sin dinero en populosa ciudad lusitana ¿Sin dinero?, digo mal: lleva dos pesetas, único capital que le queda al pisar las calles de Lisboa. Pero, es militar acostumbrado a la pelea; no gusta de treguas estériles. Vale más arrostrar los peligros que abrigar ilusiones que han de evaporarse al punto. ¿Qué hacía el genio con tan insignificante residuo metálico? Nada. Tiró las dos pesetas al Tajo, «por no entrar en tan gran capital con tan poco dinero», según él mismo lo dijo. He aquí, en este al parecer diminuto rasgo, pintado al poeta-

Lo que efectuó al desembarcar en Lisboa, hizo también al cruzar su tumultuosa juventud: la tiró al río de los placeres y padecimientos. La corriente del vicio, en vertiginosa marcha, llevóle al océano de la tumba.

¡Oh, cuánto más hubiera descollado esta figura colosal derribada tan pronto!

Espronceda nació a orillas del poético Guadiana, en donde templó su lira la eminente Carolina Coronado y en cuyas riberas correteó el distinguido orador Donoso Cortés. Como flor predilecta, brotó en medio de dos

plantas valiosas y aromáticas, para marchitarse luego, cuando, con más lozanía y madurez, pudo ser firme gala del jardín hispano.

Con razón justiciero y enternecido exclama uno de sus admiradores: "Fecunda y malograda juventud, que nunca llorará bastante la posteridad! Desgraciado poeta y hombre más desgraciado todavía! Al nacer en otro tiempo, quizás no hubiera habido pedestal para tu gloria".

En Espronceda se observan puntos de contacto con el ardiente y desesperado Byron. Mártir de amor, va, de ensueño en ensueño, en pos de una pasión desbordante. Parte a Inglaterra, y, a su llegada, se reúne con Teresa, la inspiración de sus cantos fogosos y sus estrofas sentimentales; pero la encuentra casada ya, más "no perdida para él, ni para la desventura de ambos".

En medio de sus peregrinaciones y tristezas, tenía toques de hilaridad y agudas contestaciones.

Fue despedido de la Guardia de Corps por una sátira contra el ministro Cea Bermúdez. Otra ocasión, cercano ya a la muerte, repuso rápidamente a un íntimo amigo suyo que se atrevió a reírse del segundo verso de su hermoso Himno al Sol, que dice:

«Extático ante tí me atrevo a hablarte»

Con mucha gracia, el cariñoso crítico le puso el reparo en esta forma: «Querido Pepe, son muchas sinale-

fas y muchas «tes» para un verso” El poeta enfermo, al instante, le replicó desde su cama:

—¿Te atreves tú a tirarme tales tiros?»

La crítica del “Semanario Pintoresco” recibía su merecido en la misma moneda.

Olvidada en gran parte la bella labor de Espronceda, como ha acontecido con su “Sancho Saldeña”, ¿se añora tal vez algún poema en boca de los colegas que todavía tararean la “Canción del Pirata” y algunas estrofas del “Estudiante de Salamanca”?

Y por sobre todo, vivirá, la domeñadora juventud del poeta, libre y generosa, sin adulos almibarados, vejeces prematuras ni egoísmos irritantes; juventud amplia que, por lo mismo que la despreció como un millonario filántropo, supo ser magnánima y decente; juventud que abundó en rebeldías, sin aferrarse a los círculos mezquinos que tapián al mérito, como aislándole en reductos de cal y canto: juventud rebosante de frescos anhelos de renovación, sin envidias ni exclusivismos.

Alma sin dobleces la suya, no sonreía a unos en público, para morderlos después a los mismos en la intimidad del cenáculo o grupito, pensando ruinmente que le hacían sombra.

Fue todo corazón; por esto, se prodigó sin cálculos ni estrecheces.

EL AISLAMIENTO DEL GENIO

(En el primer centenario del nacimiento
de don Juan Montalvo. 13 de Abril de 1932)

Las altas montañas del Ecuador seducen por la majestad de sus cumbres andinas, albas y solitarias, en las que no es posible poner la planta humana. Se las contempla, con ánimo absorto y mudo, porque sus cimas son sagradas. Bolívar subió un escalón del Chimborazo, a delirar desde relativa altura. Hazañas, de este género no se repiten con frecuencia. Los más audaces exploradores no se ven asistidos por el orgullo de haber culminado sus ascensiones al Cotopaxi, Tungurahua, Altar, Iliniza y otras nevadas eminencias, desafiadoras de la tempestad, y en cuyos picachos ni las águilas aventuran el vuelo.

Esta febril ansia de auparse a las nubes para admirar desde la soledad inmensa a los colosos de la naturaleza, parece símbolo del aislamiento supremo del genio, que, en la sublimidad del silencioso escenario, se yergue sin testigos, alto e inaccesible. Solo descuello, sin sustentáculos, guardacuerpos ni séquito, confiado en el poderío de sus fuerzas, ajeno al miedo y a las consecue-

cias de la tormenta, que ataca de ridículo temblor a quienes en los demás confían.

Así el impertérrito Montalvo. Acertó a distinguirse en la majestad de su aislamiento, solo, sin sostenes, mirando, desde su señorío olímpico, muy pequeños los grupitos, los cenáculos y la compañía de las turbas, que, en medio de su intensa democracia, no quiso frecuentar, porque ciertas nivelaciones le resultaban deprimentes a su categoría. Fundan en naciones chicas—tentados por fama de campanario— sociedades que cumplen la consigna de endiosar a sus componentes, en concatenación ridícula, condecorando hasta a los porteros y repartidores de correspondencia. Montalvo sintió bascas ante tanta estrechez.

Por esto, no fue su labor preferida escribir para las multitudes ni manosear un lenguaje llano de prédica popular. Destina su dicción sabrosa a selectos paladares. Aun usando la vulgar forma distributiva del periodismo y del folleto, se mantuvo solo y distinguido, rechazando la colaboración que acostumbra el cooperativismo de la prensa. Le releemos sólo a él en esos opúsculos por entregas que suelen amenizarse con artículos de ajena cosecha. Ni "El Cosmopolita", que repartía por series, ni "El Regenerador" singularizado con números, ni "El Espectador", que dividiera en tomitos de bolsillo, intercala nada que no sea de él, de su exclusiva inspiración. De igual

modo, aislado y soberbio. con el sentimiento de su exclusiva responsabilidad, fulminó en sus doce "Catilnarias".

Su temperamento convivió con la soledad, encontrando en ella inagotable fuente de poesía, numen para sus imágenes y pensamientos. Rara vez se halla en su vida el caso de frivolidades sociales que le hubieran congregado junto a muchas personas. Rechazó hasta el entrevistarse con rebaños congresiles. No intentó pintarlo huraño, antisociable ni extraño a la galantería. Hombre de mundo y viajero observador, el madrigal brotaba de sus labios ante la beldad femenina. Su aislamiento era genial, sin que por esto dejase de obsequiar flores a las damas, haciendo alarde, como en su "Geometría Moral", de ser cortejador y enamorado a lo don Juan de Flor, que va pisando los talones al Tenorio. Encantábase en convencerse de que sus negros ojos electrizaran a las mujeres y de que la prestancia de su erguido talante hería corazones de Eva.

También era su aislamiento brote espontáneo de la elevación de su alma, que no se veía satisfecha con cualquier comitiva. En corto número y excelente calidad, seleccionando está amigos. Aborrece pertenecer a estrechas asociaciones, en las que lo mediocre se refugia junto a muy pocos talentos. Fue como roble majestuoso sin lianas trepadoras.

En frase maravillosa nos ha hablado de la poesía

de la soledad. En Europa, sus andanzas por las ruinas venerables de la Ciudad Eterna son sin acompañamiento. A veces, únicamente el cicerone le precede silencioso. No fue hombre de tumultos callejeros ni tribuno popular, porque no poseyó el dón de la oratoria. Todo lo contrario, era de pocas palabras, callado, reflexivo. Crece su dificultad al producirse oralmente en público. Su arma, no la frase lanzada al viento en musical explosión, sino consignada a pulso, cual con su sangre, en el papel.

Incomunicado con la vulgaridad, su arte, patrimonio de exquisitos y pocos iniciados, lo que hoy se dice de la élite. Se verá como emblema de su vida la descripción que hace de la misteriosa gruta, apartada del bullicio, a donde va un viejo venerable, Numa, a consultar graves problemas con la ninfa Egeria. "Nuestro siglo es incrédulo, dice: burlas para él lo extraordinario, empero el amor de la naturaleza expresada en el agua corriente, la mullida grama, la flor voluptuosa, el silencio amigo, es Genio en el cual nunca dejaremos de creer los que tenemos en el alma un grano de poesía, y gustamos de leer en esos libros sibilinos que están abiertos de noche en la bóveda celeste, y de día, en las soledades donde no hablan sino el viento sobre el árbol, el insecto debajo de la hierba, y por ventura un pajarito que vuela por encima, echando gritos lamentables".

Polemista apercebido de los dardos de la sangrienta

ta burla preconizada en el insulto, temible boxeador de la diatriba, capaz de pulverizar con el epíteto a su contrincante, abundó en enemigos. Por lo mismo, salta la lógica de su aislamiento. No iba a andarse sonriendo con los adversarios que topaba a cada paso. Al contrario, no le abandonaba el dejo de reconcentrada amargura a que se refiere García Ramón, quien agregó que su cabeza se doblaba sobre el pecho en actitud de escuchar, caída "al peso de hondas desdichas y altas ideas". Don Roberto Andrade, que le conoció, pudo anotar sagazmente que "no miraba a nadie en la calle, y caminaba con paso regio, claudicando levemente a causa de una enfermedad de la pierna, que en su juventud le tuvo en cama siete meses, época de la cual se sirvió para admirar con su instrucción; caminaba despacio con gravedad, como quien está seguro de vencer en caso de alguna embestida repentina".

Quien a nadie mira en la calle, prueba que con nadie quiere enrolarse ni llamar la atención para el saludo de convencional cortesía.

Así también le ha descrito, con pluma de fuego, Vargas Vila: "Solo, pobre, triste, pero soberbio siempre, como un águila viuda, se refugió en su aislamiento, plegó las alas de su espíritu y su cabeza poderosa se dobló". En otro pasaje del mismo escritor colombiano que tanto le admirará, hace hincapié "en su supremo ais-

lamiento y en la olímpica serenidad de su grandeza”.

Insinué que no se interpretara su aislamiento a desprecio social: moríase por adorar a las mujeres y respetar a los ancianos. Aconsejaba que se tratase con blandura a la primera, hasta cuando alguna vez derramaba lágrimas de soberbia, expresando que aun la paloma también se enfurece en ocasiones y da picotazos a la mano que se le acerca. Sugería a los ancianos que fuesen dioses en la tierra por el ejemplo del bien y la práctica de las virtudes, «y no pasaremos por vuestro lado sin descubrirnos, como ante la sabiduría encarnada en cuerpo venerable».

Aislamiento el suyo, como el de los cometas “que salen de lo infinito”. “Los cometas son salvajes, enemigos de toda compañía, agregaba, que gustan de errar por los espacios sin rumbo, en melancólica vagancia”.

Pero su manera de errar fue fecunda: concibió, en la frecuencia de la reflexión que no pide testigos, océanos de belleza, ideas que pasman, comparaciones apoyadas en deleitable ilustración histórica, enseñanzas morales, altas normas siempre. Su memoria iba reconstruyendo, porque nadie lo estorbaba, los episodios de su existir cosmopolita y refrescando magistrales lecturas, pues no logró, repetidas veces, tener a la mano la confrontación auténtica, que únicamente confiaba a la fidelidad de sus

recuerdos que no fallaban, cual impresos en acerada lámina.

Se dirigía a la juventud, a los militares, a los ciudadanos desde elevada tribuna, sin permitir que la circunden los mediocres y empalagosos. Profanación inaudita si entraban en el santuario. Les arrojaría a zurriagazos, cual otro airado Jesús a los mercaderes que deshonraron el templo. La rectitud de su carácter fue ajena a las mentiras convencionales de nuestra civilización, que diría Max Nordau. No comulgó con los pícaros ni menos se entretuvo en buscarles atenuaciones. Fuerte la sanción, venía envuelta en los anatemas flamígeros de su verba esculpida en bronce. Sin el castigo infernal de su pluma, no habrían pasado a la posteridad tantas figuras minúsculas de las que nadie se acordaría en la historia política ecuatoriana, voluble y olvidadiza de suyo. Están viviendo en las páginas montalvínas, como en los cantos de Dante Alighieri, los condenados que grabó el terceto indeleble. Así se escorzan los cuerpos retorcidos en el Juicio Final de Miguel Angel.

Blanco-Fombona le singulariza como desafiador del peligro, aislado en su adolescencia en un gran peñón de mitad del caudaloso río Ambato. Su corolario es que «el placer de la soledad bien podía comprarse al precio de un susto».

Robustecía su tendencia a aislarse porque la in-

comprensión del medio ambiente le era hostil. Escasa minoría formaban sus partidarios en aquella época de opresión espiritual. No es de admirar el fenómeno, no obstante su prédica estupenda y formidable batallar, cuando en nuestros días, después de media centuria de la propaganda de su doctrina, todavía quedan quienes la combaten y la denigran. Las muchedumbres ni siquiera tienen clara noción de la obra de Montalvo.

En pueblos chicos, el genio de verdad tiende a aislarse, a fin de que las máculas del reducido redil no le emporquen. El férreo carácter no contemporiza con las trincas. Como les habla categóricamente, le hacen el vacío. No aspira el genio a que le entiendan, a pesar de que se expresa con transparente y sincera claridad. Dice en buen castellano la verdad desnuda, y esto le basta.

Cuando la generalidad es débil, viene a ser negativa la virtud de la firme voluntad. No cuentan para nada con ella, porque saben que no les dará en la yema del gusto. ¿Qué hace entonces el varón austero e inflexible en su conducta? Aislarse. Ataques e injusticias forman en el alma una barrera impenetrable: no se atreven a pasar los falsos y pequeños, que palidecen de envidia y agonizan de cobardía. ¡Pero qué auténtico valor surgir entre el humo del combate y la resistencia de las gentes! Esfuerzo de cíclope el de quien por incomunicada y resbalosa cucaña trepa, confiado en sus propias energías,

en sus sólidos brazos, sin rogar que le aupen, sin pedir que le sostengan, sin mendigar que le pongan puntales, sin buscar el arrimo del grupito para no desplomarse ruidosamente por la pendiente resbaladiza.

“Montalvo amó la soledad desde su adolescencia, como estímulo para la reflexión”, dice el ilustre escritor cubano doctor Juan J. Remos en su fervorosa conferencia sustentada en la Habana. Confirmando sus palabras, anota que solía visitar el pintoresco y escondido pueblo de Baños. “Este ambiente de apartamiento asiduo y de belleza constante formó, añade, el carácter del pensador macizo y del escritor ático. En ningún caso como en el de Montalvo podría justificarse mejor el aserto veraz de Benedetto Croce: “el hombre ante la belleza natural es el mítico Narciso ante la fuente”. Montalvo en sus hondas abstracciones concibió una psicología humana superior, como la han imaginado todos los grandes iniciados de la verdad teodésica, y a esa imagen vivió abrazado, durante su vida ejemplar, enamorado de ella, de la cual fueron reflejos sus actos; como prendado quedó de su propia figura el afamado hijo de Cefiso frente a las transparentes aguas de la elocuente fontana”.

Rodó, el artista de la palabra que tallándola como en diamante, consagra a Montalvo admirable estudio que es cual un canto épico a su memoria, se refiere varias veces al retiro del Cosmopolita, rememorando el destie-

ro aldeano de siete años en Ipiales, en el que sufrió la tortura espiritual de no poseer libros, suplicio de aislamiento que no puede compararse con ningún otro. "Hay algo de representativo, dice, del destino entero en Montalvo, hay como una imagen abultada de la total desventura de su vida, en esto de la producción de lo mejor y más altamente literario de su obra, en la soledad de un villorrio. Entendedle bien; no en la soledad del desierto, que es alta y soberana emancipación, amor con la libre inmensidad, por donde vagan los divinos alientos que pueblan la naturaleza de sátiros y ninfas; sino en la soledad del villorrio, ruin y menguada, donde no tienen su habitación ni el caballero ni el bárbaro, sino el palurdo; donde los gallos cantan para que amanezca la murmuración, y el sol se pone para que ella atisbe más a cubierto; en la soledad del villorrio, sin trato de semejantes y sin libros".

Y en otro pasaje elocuente, la pluma de oro del maestro uruguayo pinta con aflictivos colores la mortal soledad del genio que, aun rodeado de compañía, se siente moralmente aislado, porque es otra su comunión anímica, distinto de los demás su grado cultural, muy diferente de las turbas la comprensión de las cosas, distante del bullicio la serena majestad de la mente refrescada por ideas que muy pocos aceptan o entienden.

"Pero, aun en la ciudad o cerca de ella, y con la

compañía de sus libros, grandes hubieron de ser los obstáculos que puso en él la precaria armazón de cultura de su pueblo. El nos refiere el heroísmo que era necesario desplegar para valerse de la imprenta: sólo a dura costa, y con ayuda de amigos, pudo dar a luz las entregas de "El Cosmopolita". Y todo esto es, en su pasión, la parte menor y más liviana, porque queda el aislamiento y abandono espiritual, que es lo verdaderamente doloroso; queda el calvario de la incomprensión común: desde la que se eriza con las púas de la inquina a la superioridad, pasión de democracias chicas, hasta la que se encoge de hombros con un zafio menosprecio de toda labor desinteresada de estilo y de investigación, y la que dentro mismo de estas actividades, ensordece a lo nuevo y personal o afecta comprender y no comprende....; quedan, en fin, aquellos resabios de la aldea, por los cuales, por las altas cosas del espíritu, toda esta América Española, ha sido, en escala mayor, *soledad de villorrio*, como la del rincón aquel donde Montalvo compuso la más difícil de sus obras, *sin trato con semejantes y sin libros*".

¿Cómo entender ajusticiamiento tan cruel como el de la inadaptación? Por más que el genio queme en la hoguera del amor propio todas las impurezas de la vida; por más que haga abstracción de su personalidad; por más que llegue muchas veces hasta el deshacimiento y la muerte por servir a sus semejantes, callada, hu-

mildemente, le duele que sus compatriotas, no sólo le insulten, que eso sería lo de menos, sino que desconozcan siquiera una milésima parte de su labor.

El sacrificio por la patria, por la humanidad, por la familia, este sublime altruísmo regenera al mundo. El que abate a los que no son de acerado temple como Montalvo, es el sacrificio de la intencional soledad. Sublime anonadamiento en pro de los demás, donde egoísmo es difundida escuela filosófica. La tierra se ve cundida de cardos, pencas y ortigas. Muy pocos se inclinan a recogerlos, sembrando en su lugar violetas y azucenas. Los lazos de la familia se relajan por carencia de espíritu de sacrificio. Van escaseando las personas abnegadas, los pelícanos que alimentan a los suyos con el propio corazón.

Continúa el psicólogo Rodó: «Bien se siente, añade, el resuello de esta herida cruel en la admirable introducción a los "Capítulos que se le olvidaron a Cervantes". Y apenas hay alto ingenio americano que no haya expresado alguna vez parecido sentimiento, o no le deje percibir en una callada vibración de sus escritos. El fundamento real de estos agravios de los superiores es de extensión universal y humana; radica en el primitivo barro de Adán; pero ellos recrudescen en las sociedades de América por lo mal asentado y desigual de su civilización, donde, mientras las excepciones personales en ingenio y saber, con las necesidades y los apetitos que

uno y otro determinan, pueden subir tan alto como en los grandes centros de cultura, las condiciones de atención y correspondencia sociales quedan muy inferiores, centuplicándose así la desproporción entre el elegido y el vulgo. De aquí el desasociado de la inadaptación, y cierto impulso de nostalgia. muy común en los hispanoamericanos de vocación literaria y artística, por aquella patria de nuestro abuelo y nuestro espíritu que la civilización europea extiende del otro lado del mar. Expatriarse, como siempre lo anheló Montalvo, suele ser entonces justa y fatal gravitación; pero expatriarse como él, con el pensamiento y la memoria dando cara a la tierra. más dulce cuanto más lejana, y con el sueño de la vuelta, presidiendo a los anhelos de asimilación y de cultura que algún día traerán cómo pagar a la patria natural el precio de la ausencia''.

Honda ternura de Montalvo por la patria, que llenó de indignación su pecho contra los descastados o los que la deshonraban. Regó sus bilis en defensa de la madre, combatiendo a los hijos desamorados. Fue su íntima patria el Ecuador; pero dirigió su mirada a la América, considerándola como su patria grande y rompiendo lanzas por ella en el menor de los ataques a su hegemonía o componiendo vibrantes elegías cuando era víctima de dolores o desastres colectivos. El sentía hondamente: pero no fue nunca partidario de que los pueblos llorasen.

sino de que, viriles y resueltos, supieran triunfar de infortunios y tragedias.

Filosófico aislamiento el suyo, que no le impidió acercarse a los supremos dolores del pueblo, insinuar remedios para sus llagas, empeñarse en la reforma de sus costumbres, combatir la opresión de alma y cuerpo en que vivía, compadecerse inmensamente del indio, atacar la más feroz de las tiranías: la de las conciencias, el amordazamiento a la idea.

Lanzó crepitantes sonidos de tragedia para describir las catástrofes que ha causado a la patria americana, a este nuevo mundo, dilatado y hermoso, el encumbriamiento sombrío de su magestad, la incompetencia.

Platón soñaba con la república utópica de los apóstoles y selectos; pero nunca llegó a figurarse que habría una parodia de ella, en la que privaría la ineptitud con diploma, con patente para todo.

No son heraldos pesimistas los que proclaman el triunfo de Su Magestad la Incompetencia, en muchas esferas administrativas, en las que no se consultaron méritos y virtudes, sino parentescos y otros ligámenes que atarían a esa deidad ciega que se llama la fortuna.

Claro que no me refiero—ya que justicia me anima— a los talentos y capacidades que honran cualquier puesto que ocupan. La valía, por su peso intrínseco, resiste todas las arremetidas y no se viene al suelo.

Hablo del séquito de lo inconsciente, de lo fútil, de lo de relumbrón y precario que suele rodear a su Magestad la Incompetencia.

Los que entienden mal la democracia creen que es ciegamente niveladora, de tal manera que iguala a los malos con los buenos, a los ineptos con los inteligentes. ¡Sería monstruoso aquello!

La selección es principio racional y justiciero. Sólo ella ha destronado, en los países disciplinados y serios, a Su Magestad la Incompetencia.

¡Cuánto progresarían las naciones si se buscaran especialistas para cada caso, lo mismo en las esferas administrativas que en los campos de la actividad humana!

La América requiere el gobierno de los mejores. Continente joven, de él se esperan milagros de fecundidad y de progreso, cuando el carácter, la honradez, la ciencia, la libertad formen el consejo, sean la corte de Su Magestad el Mérito.

Cuando hasta en sus últimos reductos se ataque al analfabetismo, de modo que la única legión sagrada sea la de los maestros; cuando éstos comprendan, sin excepción alguna, que su deber supremo es desarrollar en los niños el espíritu de observación y el esfuerzo individual; cuando los ciudadanos piensen que a seres ajenos no se deben encomendar las valiosas conquistas, sino a los propios brazos, al tesón personal, entonces la era de felicidad

se dibujará como una aurora luminosa. Enseñar a la juventud a orientarse, a educar su voluntad en el legítimo ascenso a la cumbre, es echar a tierra el sitial de corcho de la nulidad.

Verdad es que hoy la América cuenta con más elementos; crecen, por lo mismo, las responsabilidades. Va muriendo en los jóvenes el acicate de la lucha generosa; todo lo encuentran hecho, todo les parece fácil. De aquí las improvisaciones, de aquí el coronamiento de la ignorancia audaz. El empeño fuerte y porfiado está agonizando, porque la falta de preparación le asesina.

En el objetivo de la observación paciente, nadie quiere detenerse. Por esto, los Aristóteles, los Laplaces, los Newtons, los Vincis, los Goethes son cada día más raros; y en América no se levantan a menudo faros refulgentes como Ameghino, Caldas, Espejo, Maldonado.

Sólo la superficialidad, que ríe el gracejo a carcajadas; sólo el chispazo, la viveza de conejo quieren levantar su trono.

Derribe la América a esa momia fatídica, a la Incompetencia, y asegurará años de paz y abundancia; un reinado consciente y republicano.

Que la sabiduría en el Continente sea, como dijo el poeta, sin sombras, a manera del cocuyo que modestamente «ostenta su fanal».

Que su esfuerzo múltiple y hercúleo talle monta-

ñas, como el escultor genial Gutzon Borglum el monte Stone, que taladró para reproducir la figura del General Lee.

Llegado a este punto, veo confirmado el aislamiento del genio por una grande autoridad. Dice al altísimo poeta Goethe, encumbrado como Dante: "Muy joven aún, había tenido que experimentar repetidamente que en los momentos en que más necesitamos auxilio se nos dice: «¡Médico!, cúrate a tí mismo», y a menudo había tenido que ver, suspirando, que yo sólo tenía que pisar mi propia uva. Buscando, pues, apoyo para mi independencia, hallé que su más segura base estaba en mi talento productivo. Desde hacia algunos años no me abandonaba ni un momento; a menudo, me ocurría que lo elaborado en el día, durante la vigilia, seguía conformándose a la noche en sueños regulares, y al abrir los ojos me encontraba, por modo maravilloso, o con algo ya completo, o con parte de lo ya hecho. Ordinariamente lo escribía todo a la más temprana luz del día; pero también a la tarde, y aun entrada la noche, cuando el vino y la alegría exaltaban los ánimos, podía pedírseme lo que se quisiera: bastaba cualquier ocasión que tuviera algún carácter para encontrarme pronto y dispuesto. Cuando meditaba sobre este dón natural y encontraba que era de mi exclusiva pertenencia y que nada extraño podía ni favorecerlo ni impedirlo, me complacía en fundar

en él, en pensamiento, toda mi existencia. Esta representación trocábase en una imagen y evocaba la figura mitológica de Prometeo que, apartado de los dioses, poblaba desde su taller un mundo. Me daba cuenta de que sólo aislándose quede producirse algo importante. Las cosas mías que habían logrado tanto aplauso eran hijas de la soledad, y desde que estaba tan relacionado con el mundo, no me faltaban el plan ni la fuerza de la invención; pero tropezaba al llegar a la ejecución, porque propiamente no tenía estilo ni en prosa ni en verso, y a cada nuevo trabajo necesitaba proceder por intentos y tanteos, según la naturaleza del asunto. Y habiendo de rechazar en esta empresa la ayuda de los hombres, me aparté también, como Prometeo, de los dioses, con tanto mayor motivo cuanto que, por manera de pensar y ser, cada una de mis ideas expulsaba y se tragaba a las otras".

Singularísimo el estilo de Montalvo, burilado en la soledad. Ciertamente es que bebió en las límpidas fuentes de los escritores castellanos del siglo de oro; pero el corte de su frase, el gusto por lo arcaico, el admirable empleo de los gerundios son muy de Montalvo. Hasta cuando trató de seguir de cerca al autor del Quijote, compenetrándose con el héroe en los "Capítulos que se le olvidaron a Cervantes", resalta la personalidad del estilista Montalvo. Los que le han leído con devoción, cono-

cen a leguas su estilo, así lo encuentren en fragmentos sin su firma, tan inconfundible es la señorial manera de trabajar sus oraciones. Sus obras son un monumento de granito levantado a la lengua española, sin haber pertenecido a cenáculos monopolizadores. Madurado su estilo en el retiro augusto, es fruto de tan sereno aislamiento. Solo en su mesa de trabajo, solo en sus paseos, solo en sus destierros, solo iba estudiando, aquí y allá, en el gran libro de la meditación. Ambato recuerda los parajes por donde pasaba sin compañía; lo recuerda el pintoresco pueblo de Baños, lo recuerda Ficoa.

Al volver los ojos al pasado, al revisar la montaña de periódicos del orbe, amarillentos ya, que con prolijo criterio archivaba, al releer los recortes que con lápiz rojo señalaba, sentía honda pena, al notar que aquello que le interesó otro tiempo ya no le importaba un bledo. En la soledad, comprobaba que aquella cita subrayada era ya fofa, aquella anotación entonces curiosa, le estaba hoy pareciendo fría. Su archivo, inagotable y fresco, era su memoria. Meditando y recordando, la vida tomaba nueva faz en su mente. Lo más desconsolador para él, ver los insultos que le dirigieron y que tanto apasionaron un día, trocados en letra muerta. Sonríe con lástima, quizá con un poco de cariño para aquellos enemigos que le proporcionaron una emoción y que ya habían muerto en su alma, agitada por nuevos impulsos libérrimos.

El vibrante escritor venezolano Rufino Blanco—Fombona, que valientemente acostumbra cantar las del barquero hasta al lucero del alba, publicó en Madrid un libro, “Motivos y letras de España”, en el que sienta verdades que tiembla el misterio. No se anda corto en lo de ponderar la estrechez de criterio y el egoísmo feroz de no pocas academias y cenáculos literarios que forman sus anillos de hierro para encomiar a los suyos, impidiendo, por lo común, la entrada de los que legítimamente merecen, de los auténticos valores.

Después de que es pasto de gusanos el que les hacía sombra, proclaman los pomposos acuerdos de condonación y hasta le calumnian diciendo que perteneció a tal academia o círculo, siquiera a título honorario. Recuerda Blanco - Fombona el irritante caso de Montalvo. A la letra añade esto: “¿No negó la Academia Española - por impío - a Juan Montalvo, presentado por Castelar, Campoamor, Núñez de Arce y creo que Valera, el modesto honor de correspondiente extranjero? ¿Y qué crítico español habló de Montalvo en vida de este maestro de la lengua española? Valera habló de Montalvo ya podrido en la sepultura. Antes, no”.

Son muy rebeladoras esas líneas, escritas con evidencia y desenfado. Así también sufrió Rodó en su patria el despiadado egoísmo de algunas capillitas literarias y academias. Pero él se reía de estos minúsculos



hombres, porque era conocido, sin necesidad de agremiaciones, en el mundo de habla castellana, por más que no perteneciera a determinados grupos absorbentes.

Así son siempre los honores en los pueblos chicos, y así la conspiración del silencio y el ridículo exclusivismo. Después, la apoteosis póstuma Sólo giran las trincas que estrechan sus filas para buscar acomodo en el grupo, porque solos y aislados de nada son capaces. "La compañía es la ley de los débiles", dijo un joven de talento al filosofar acerca de la vida.

Alejado de la patria ha vivido Blanco - Fombona, denunciando las infamias de la tiranía. Tal han permanecido otros genios. El venezolano comenta, con la nerviosidad que suele poner en todo, la colocación de la mármorea lápida en la casa donde murió el gran Montalvo, en París, cuyo número y calle consignó amorosamente el doctor Yerovi.

El autor de aquella tremenda catilinaria que se llama "La Máscara Heroica", es ferviente admirador de Montalvo, según se ve en su hermoso prólogo de la nueva edición francesa de los "Siete Tratados".

Blanco - Fombona, sorprendido de la marcha de los tiempos, que hace justicia a los hombres y cambia el criterio de las colectividades y de los individuos, interroga: «¿Habría creído la Municipalidad parisiense, antes de la guerra, que un escritor "exótico", un escritor del Ecu-

dor—hombre que no fue diputado, ni ministro, ni general, nada, sino un simple ecuatoriano que escribía—pudiera merecer perenne recordatorio en mármol en una calle de París? La guerra ha humanizado, ha acercado a los pueblos. Los más soberbios gigantes empiezan a darse cuenta de los pigmeos. Los pigmeos, pueden estorbar el paso. En suma: existen.

“Mal metro para medir a los hombres la medida de su propio país. No se cree que pueblo pequeño pueda producir grande hombre. Tampoco se cree que un gran pueblo produzca pobres diablos. ¿Ese Guillermo II es alemán? ¡Qué coloso! ¿Ese Baldwin es inglés? ¡Qué ministrazo! En cambio, Aristóteles pasa por griego aun que no naciera en Grecia, y Napoleón por francés aun que no tuviera nada de Francia. Eran hijos de ciudades o pueblos pequeños “exóticos”.

“Con la poderosa sugestión de su pluma, Montalvo ha obrado milagros, alcanzando la conversión de algunos de sus encarnizados enemigos y envidiosos: los ha vuelto fanáticos adoradores del Cosmopolita, les ha enrolado en sus filas, ha conseguido que obras que se preparaban contra él se transformasen en libros de resonante elogio y en acciones imperecederas. El orgullo se ha inclinado, vencido ante la conciencia del escritor ambateño. La historia no registra póstumas victorias así: la confesión de la derrota de quienes, fatuos y olímpicos, se

preparaban a zaherir al zambo, al cholo, al moreno Montalvo, que no tuvo más aristocracia que la del talento, el carácter y la virtud. ¿Para qué más gloriosos pergaminos? Esa trilogía vale más que la sangre azul de los que intentaban empañar la nitidez del monarca de las letras. De rodillas están ahora ante el coloso, confesando su impotencia y disimulando su despecho. ¿Qué hicieron las amenazas del panfleto candente y de la crítica por largos años preparada'?

Con el insigne Blanco - Fombona, infatigable luchador por la libertad de su patria, muchos escritores hispanoamericanos estudian, cada día con más afán, la vida de Montalvo y releen sus luminosas páginas.

Escarnecido, postergado pasó en su patria. No gozó de los honores de pertenecer a sociedades literarias y a círculos del aplauso mutuo, a las trincas de la inteligencia que reparten méritos sólo entre los suyos, entre la estrecha familia. Montalvo fue soberbio; vivió aislado, no pretendió la fama de las agrupaciones ni de las academias; no contó con palancas que le alzaran, con grupitos de recíproco almíbar. Fue el sublime solitario, el asombroso misántropo que repartió las amargas verdades, la hiel del indignado y justo reproche, en vez de las deditas de miel que contentan a todos.

En su tiempo, le insultaron a porfía. Como una sombra, se deslizó incomprendido, menospreciado por los

centros literarios y las academias. Honra más, a veces, no pertenecer a cofradías que se vuelven vulgares, a donde acuden los chicos del adulo, los fáciles arribistas; el montón anónimo que sale de la oscuridad por la "camaradería" y gracias a que escobilla a los amigos..... sin herirles en su vanidad nunca. . . .

"Pobre y solemne Montalvo, añade Blanco - Fombona, tan pomposo en su estilo y tan sencillo en su trato, tan clásico en cuanto escritor y tan de su tiempo en cuanto hombre! ¡Pobre Montalvo, que siempre luchó por la libertad y la justicia, y no conoció en su patria sino la tiranía y la calumnia; que amó tanto la belleza y el lujo y vivió entre los horrores de la pobreza, de la soledad y del destierro!

"Nadie en América amó más a España. Fue en el siglo XIX el último grande escritor español del siglo XVII. Y España lo desconoció, y llegado el caso lo negó. Es verdad que sólo se trataba de la España académica, es decir, de la España oficial, lo menos generosa y brillante que hubo siempre en la múltiple España.

"Cuando Castelar, Valera, Campoamor y Núñez de Arce — es decir, lo que iba a sobrevivir intelectualmente en aquella decadencia — quisieron que la Academia de la Lengua abriera sus puertas al escritor vivo que más honraba al idioma castellano en el Nuevo Mundo, la Academia se negó por boca y voto de los Guerra y

Orbe, y de otros letrados que hoy gozan la presencia de Dios y el olvido de los hombres, recalca en otro pasaje!

“¿Qué decían? ¿Decían que don Juan Montalvo era un botafuego, un rebelde, un revolucionario, un libre-pensador. Admiraban al escritor — argumentaban—, no al pensador ni al político. Tenían razón. Mal pudieran saborear aquella carne de toro, macerada en las más ricas esencias del idioma, pero que jamás fue lavada en agua bendita.

“Mal pudieron aceptar los curvilíneos un espinazo tan recto. Pasaban al escritor arcaico, no al ballestero moderno.

“Yo existo fuera de la Academia”, respondió al desdén académico don Juan Montalvo; pero no se contentó con su frase. Hombre de garra y de venganza, la embestida contra don Aureliano Fernández Guerra y Orbe fue tan cumplida, que don Aureliano tendrá tiempo en la eternidad de exponer a los ojos de la Suprema Justicia el zarpazo que le dejara cojitranco, impedido.

“Y como se placía en letras antoñonas, podrá exclamar el vejestorio maltrecho como la «mancebiella» de Borceo, en el milagro de San Millán:

Señor (diso) é padre, que siedades encerrrado,
salva esta mezquina, este cuerpo lazdrado,
cuerpo que de sos pies es desapoderado.

“¡Bravo y sincero Montalvo!

“Nadie antes ni después de aquel desaire inmerecido dijo tanto ni tan bien las cosas españolas. ¿En dónde? En el ensayo sobre «El Genio» de los «Siete Tratados»; en el «Buscapié»; en su obra póstuma: «Capítulos que se le olvidaron a Cervantes?».

“No faltó, por fortuna, la voz de la España más nuestra en el homenaje que ahora rinde o permite rendir a Montalvo el Ayuntamiento de París; Unamuno le llamó loco como Jesús, loco como Don Quijote: “cristiano qui-jotesco, pobre, solo, proscrito; inmortal en nuestra lengua”.

Daría para radiosa enseñanza comentar la augusta soledad del genio, el desdén por el bullicio fatuo de tantas colectividades, el puntapié de su dignidad a las solicitudes de admisión al rebaño de los necios.

Llegó Montalvo a grado tal de perfección moral que pudo vivir ajeno a las vanidades fugitivas y la efímera alabanza de los intereses creados. Soñó con gobernantes modelos para su patria— el Ecuador. Llamándo se semibárbaro, quería el cúmulo de civilización para su querida tierra. Sus ideales superiores de conducta irreprochable se habían inspirado en Marco Aurelio y los Antoninos, en las virtudes cívicas de los ciudadanos romanos, en Wáshington, Fránklin, Bolívar, Sucre. De llegar a nuestros días, habría escrito un poema acerca de Wilson, Poincaré y Lenín. Montalvo fue arquetipo de carác-

ter y de austeridad ética. Gustaba de los que se retiraban pobres y limpios del poder, como de la presidencia lo hizo Poincaré por no sacrificar a Francia.

¡Qué lecciones para los políticos propagó Montalvo! Y no sólo en la arrebatadora elocuencia de sus bellos libros, sino en las firmes acciones de su ejemplar vida, plagada de resistencias.

Su hermoso aislamiento, cual el de la cumbre rodeada de nubes y desafiadora del rayo, es norma para la juventud, formada en la escuela del honor y de la modestia, que no gusta de ruidos profanos y dulces palabritas de las corporaciones acaparadoras de todo, hasta del pensamiento.

Vivió en la estrecha comunión espiritual de los reformadores: Morazán, Barrios, Jerez, Juárez, Martí, Sarmiento, Mitre, Bilbao, Alfaro, entraron en su corazón de santo cívico, fustigador de los malvados e hipócritas.

Quizá por eso huyó de muchas gentes, con el anatema en los labios, con el látigo en la diestra. Comprendió que la prensa era elevada tribuna: a ella subió, lo mismo en Quito, que en Panamá y en París.

Caballero de la Triste Figura, levantó el estandarte del ideal, sin importarle que se riesen de él los tontos, acusándole de que no era un Adonis y tenía la cabellera ensortijada, en explosión de anillos de azabache, como

se pintó él mismo, a la manera del Manco de Lepanto, el señor de su devoción.

¡La aislada montaña está ahora rodeada de peregrinos!

¿Para qué sirve la gloria de las asociaciones egoístas? Meditad en que Montalvo no fue académico. Pasteur tampoco fue médico. Alfaro no sabía de oratoria ni perteneció a ninguna corporación de letras. Juan León Mera no estuvo en ningún colegio ni aspiró a galardones y medallas en estos planteles.

A los cien años de tu nacimiento, ¡oh, Montalvo!, ¿eres en tu propia patria leído por todos con íntima convicción? Conozco individuos con título universitario que no han hojeado ni por curiosidad los Siete Tratados. En el espacio de un siglo, ¿ha difundido el Ecuador tu obra en ediciones populares y baratas, impresas con amor dentro del país y al económico alcance de los pobres?

Páginas montalvinas son texto de lectura en el extranjero, por ejemplo en algunas Repúblicas de la América Central. ¿Acontece lo mismo en tu patria? Cien años han transcurrido y tu doctrina no ha triunfado en la extensión del frente de batalla ideológico.

A un siglo de distancia de tu nacimiento, ya es hora de que se modifique el carácter nacional. En torno de la glorificación de tu nombre ¡oh, coloso! muchas veces no ha habido toda la sinceridad ansiada. Ha simulado,

en no pocas, plataforma político personal. El pueblo no te conoce todavía a conciencia.

Estamos acostumbrados a endiosar a los que ya no proyectan la estela de su personalidad, martirizándolos mientras vivieron, si no con el puñal de la calumnia, con el martirio auténtico cuyo trágico desenlace es la huesa. Por algo expresó amargamente el doctor Carlos R Tobar, al referirse al drama de Sucre en Berruecos, que si hubiera nacido en Europa habría sido rey, pero como vino al mundo en América... le asesinaron. Allí está García Moreno, el más honrado de los gobernantes ecuatorianos, víctima del machete asesino; allí está Montalvo, el más ilustre de los escritores, mordido por la calumnia, desterrado, perseguido, tratado de bruto y bestia despreciable; allí Martínez Mera, destituido injustamente por el crimen de ser liberal y no haber sentado en la mesa del presupuesto nacional a tanto ambicioso... ¿Por ventura no fue pasto de la deshonra vil el preclaro Rocafuerte?

Tristezas de la fama que se acuerda de coronarles de espinas cuando siente su aliento, para glorificarlos cuando son un puñado de polvo.

Aislamiento, postergación, injusticia saborean, sin hallar voces de estímulo ni manos amigas que se disputen por prodigarles ayuda y aplauso.

El artista y sabio Leonardo de Vinci de tan in-

fatigable curiosidad científica, que se adelantó a su época y estuvo columbrando hasta la navegación aérea, solía aislarse, sintiendo que ardía en su alma la llama de la investigación y del amor a la naturaleza. A solas en su habitación, a nadie daba entrada, dedicado a sus colecciones zoológicas. Largas horas permanecía en el encierro. Otras veces iba, sin compañía alguna, a esconderse en las grutas o se internaba en la espesura de los bosques.

“Libertad ha sido el grito de todos los espíritus selectos de todos los tiempos, observa Aurelio Boza Masdival. Leonardo quiere resistir a todas las imposiciones, mantener el señorío equilibrado y puro de su intelecto. Por eso se aísla, vive cada vez más encerrado dentro de sí mismo. El se conformaba con ser el último “cuatrocentista”. Los diversos períodos de su vida concluyen siempre dolorosamente”.

El poeta Leopardi, tan castigado por el dolor, pasa sus mejores días aislado en Recanati, que denomina sepulcro de los vivos. Su alma se tortura en el ambiente provinciano, sin entrenamientos, sin alegría, dedicado al estudio, confinado en la biblioteca paternal. La pobreza es su musa. Su triste juventud no conoce sino hondos sufrimientos. Por esto, su poesía es quejumbrosa, añora amores e ilusiones.

Sarcasmo repugnante que Montalvo no haya sido

ni académico. Quizá su mayor gloria, el orgulloso aislamiento, la magestuosa soledad, como la de los volcanes americanos.

Todos los grandes atormentados por la locura del ideal, los genios, los artistas, los sabios y, de preferencia, los conductores de multitudes y políticos, suelen tener un ruidoso Domingo de Ramos. Entran triunfantes a la Jerusalén ingrata, conducidos por las muchedumbres que les proclaman. Vibran para ellos numerosas palmas y resuenan, como una caricia para sus oídos, los cálidos hosannas.

Enorme la apoteosis popular, desconcertante por el delirio que han puesto en aclamar al ungido. El dios éxito sonríe, antes de que dibuje su característica mueca la carcajada de la burla. Simpatía, talento, virtudes salen a relucir. El paso por entre las turbas es glorioso. Simula ser perdurable y sincero. Desplegados están los estandartes del entusiasmo, tendidas las alfombras de la adulación, arrastradas se ven las grímpolas del fanatismo, para que las pisoteen los mimados del momento, los que son bendecidos por el populacho, encumbrados por las gentes, calentadas al sol de las conveniencias.

El redentor nacional se alza; se encumbra el apóstol de la belleza, el representante de la sabiduría, el dueño de la fuerza y domeñador del heroísmo, el legislador, tribuna y guía de su país.

Pero como la humanidad es veleidosa, acalla de pronto los himnos que entonó. Muere en sus labios la alabanza, los vítores se extinguen, las palmas han desaparecido, como si el ciclón de las pasiones las hubiera arrasado. Más tarde se transformarán en corona de espinas. Si el que paseó ufano, endiosado por las multitudes, ha prodigado bienes y ha abierto su corazón bondadoso a todos, no tardarán en poner en juego contra él la envidia, las rivalidades, el ruido blasfemo de crucificarle, el silencio criminal que no se atreve a gritar que es injusta la condena. Lloverán calumnias más atroces que las plagas de Egipto: el héroe, el genio, el santo que gozando estuvieron, en mágico día, del espectáculo deslumbrador del Domingo de Ramos, empiezan a pensar en los sufrimientos que les esperan, en el Calvario que seguirá a la hora de glorificación callejera. Tormento de cruz les aguarda, que tal es el pago mísero en el valle de quebranto.

Por algo, clásico poeta advirtió a los ciegos que la tierra no era el centro de las almas. Ni el mérito es reconocido por los que no gustan de la luz de la justicia. Después de que el genio es polvo vil, entonces destellan para él, ¡tardía reparación!, los resplandores del Tabor.

Mientras tanto, el fugaz Domingo de Ramos es el principio de un inacabable martirio para el justo.

Si en el mundo no abundasen los históricos casos de comprobación, bastaría citar en América el suplicio moral de Bolívar que tuvo su Domingo de Ramos internacional, el cobarde asesinato de Sucre en Berruecos, después de sus Domingos de Ramos en Ayacucho y en Pichincha; el martirio de Eloy Alfaro en las calles de Quito, por las que entrara triunfalmente en otro tiempo.

El destacado escritor argentino José Bianco, que ha ahondado la crisis y los asuntos económicos de su fecunda tierra y ha conquistado triunfos en la tribuna, al estudiar la vida de las instituciones políticas y preocuparse de otros problemas de su patria, deja constancia de la impresión de sus lecturas selectas, y dice del perseguido Montalvo lo siguiente: "El temperamento moral de los hombres superiores, se exhibe, en los países sudamericanos, por su actuación en las luchas políticas y civiles. El ambiente motiva esta actitud. De ahí la pasión que se consagra con el sacrificio. Someterse o sublevarse, son los extremos en que oscilan todos los esfuerzos para conquistar el gobierno de los pueblos y la dirección de los negocios públicos. Don Juan Montalvo no podía eludir esa ley que preside la evolución social. Paladín del derecho, apasionado por la justicia, fue, por encima de todas las calificaciones, hombre político por excelencia. Tal vez en un medio tranquilo, sistemáticamente coordinado, habría plasmado sus energías en el ar-

te. Su mentalidad conquista sin violencia las alturas. La nobleza de su alma se advierte cuando en las breves horas del descanso, libre el espíritu de preocupaciones angustiosas, trasvasa su propia esencia en el ánfora inmortal de la belleza. La lucha política fue la pasión de su vida. Es el profeta de la justicia, soberbio en su humildad y humilde en su soberbia. La protesta airada no ha tenido, en su tiempo y en su país, acento más varonil al fustigar la dictadura y la prepotencia que esclavizan la patria. Como todos los grandes de la tierra que aman la libertad, comió el pan amargo del destierro, para mantener inalterable el significado que graba la conciencia en la sucesión del tiempo. Don Juan Montalvo vencedor, tal vez habría deslustrado su memoria con los errores inevitables que provoca el trasplante en las luchas por las libertades públicas. Don Juan Montalvo vencido, alcanza las magníficas proyecciones que evoca la leyenda, al encadenar al titán que alumbra el mundo con los resplandores de la idea”.

Surja su doctrina inmaculada, como la confesión de fe que resucite a los pueblos americanos, cada vez que la tiranía les adormezca; como un grito de guerra que anuncie la hegemonía nacional; como el somatén de las conciencias.

Y álcese, radiosa siempre, su figura de solitario sobre el pináculo de la meseta andina, para ser contempla-

do por las generaciones, en el excelso aislamiento que le hizo grande y que le hizo libre, porque, como enseñó el gran Ibsen, únicamente el hombre solo es el hombre libre, y, por tanto, el más fuerte, según proclamó Stockmann. (*)

(*) *Publicado en la revista «América» y reproducido en folleto. Sale ahora, con algunos aumentos, en este libro conmemorativo de los Genios, en sus centenarios.*

EL GENIO DE POLONIA

BARDOS EPICOS

Polonia ha sido y es tierra de patriotas. Han manifestado su intenso amor a la patria los intelectuales, los artistas, los gobernantes, los militares, el pueblo, todos

Patriota de subidos quilates la relevante figura del Mariscal José Pilsudski, que tanto trabajó por consolidar la hegemonía de su nación; patriota el notable químico y artista Ignacio Moscicki que ha dirigido los destinos de su país; patriota el pianista incomparable I. J.

Paderewski, autor de tantas danzas polacas, fantasías y la ópera *Manru*; patriota el trágico Esteban Jaracz; patriotas los actores Estanislao Wyspianski, Królikowski, Zólkowski, Elena Modrezjewska; patriota el profesor Juan Kasprowicz, que tantos encierros y persecuciones sufrió, que tantos himnos hondamente sentidos compuso; patriota el fecundo José Ignacio Kraszewski, uno como Lope de Vega polaco; patriota la falange de la "Joven Polonia" ¡cuántos!; ¡cuántos!

Aseguran que Kraszewski es autor de cosa de seis cientos volúmenes de variada literatura. Espigó en todos los campos intelectuales, inclusive la novela, el verso y el periodismo. Es como un narrador oficial, por las novelas históricas, al estilo de los Episodios Nacionales de Benito Pérez Galdós, que legó a su patria. Desde la época más antigua de Polonia traza el gradual desenvolvimiento. Su plan constaba de 78 tomos. Patriotas el temperamento epigramático de Alejandro Fredro de enorme vis cómica; el romántico Adam Asnyk que alboreó la realidad; el positivista Alejandro Swietochowski, la poeta popular María Konopnicka y tantos valores intelectuales.

Esta República heroica, nidada de patriotas que combatieron por su independencia a brazo partido, grabando en el pecho de sus bravos hijos el amor a la autonomía que predicara el épico Tadeo Kosciuszko, ha si-

do favorecida por genios universales en las letras y las artes, como el divino poeta musical Federico Chopín, que naciera cerca de Varsovia, en Zelazowa. Sus creaciones preludiando van por el mundo el nombre de su patria, vinculado a las obras de honda ternura que produjo. No se apagan las melodías de Estanislao Moniuszko, de Ubiel, profesor de armonía y propaganista de mazurkas, polonesas y sobre todo de óperas popularmente conocidas, como "Halka", "Verbum Nobile" y el "Palacio de los Duendes". Por allá destellan los hermanos Katski, junto a otros artistas y críticos musicales.

Ha conquistado lauro eternal en poesía Adam Mickiewicz, que, como encendida rosa, brotó de la secreta y patriótica asociación de los "Filómatas". Arrebataron a la juventud sus baladas y romanzas. Vagaba en sus sentidos versos la musa germana de Schiller. Llega el amor a torturar el alma, sin la esperanza de una mirada tierna o sutil correspondencia en "Los Antepasados".

Reviviendo está viejas escenas polacas y guerras tartáricas el poeta Antonio Malczewski. Deja en los jardines de la belleza la flor de "María" y se hunde muy joven en la tumba.

Nada inspira más que el sufrimiento. En la opresión, el estro se vigoriza y protesta, prorrumpe en geniales producciones y clamores que conquistan las simpatías de la humanidad. Los tormentos de la patria van a reso-

nar en las lirás heroicas, que, no sólo se contentan con gemir, sino que levantan la ola de indignación contra sus verdugos. La nostalgia es musa fecunda. Lejos del suelo natal, los cantos son elegías que punzan el corazón y gritos de somatén que despiertan a los espíritus. Los poetas emigrados han refrescado las entonaciones sublimes y los arranques adoloridos de los bardos hebreos.

Despunta la grandeza de Julio Slowacki, cuyos restos fueron conducidos, con inmensa pompa funeral, desde París a Cracovia en 1926, entre los clamores cívicos de la multitud. Duermen definitivamente el sueño sin interrupciones en tierra propia, en el "Wawel" junto a las reliquias de Mickiewick.

Tempranamente arrebatado del orbe, se le considera en las letras polonesas como el genial poeta romántico de la pasada centuria y metafísicamente se le llama "el rey del verbo brillante".

Slowacki viajó mucho. Fue en busca de impresiones artísticas a viejos centros europeos, emporio de estética y evocación histórica.

Como legítima epopeya moderna se considera, en los fastos críticos, su poema «Anelli», en el que, con vivos colores, palpitan los sentimientos de su pueblo estrangulado internacionalmente, su martirio por recobrar la independencia. Con justicia estremeciése Polonia ante el arribo de los venerandos despojos de Slowacki, no sólo

uno de los más ilustres representantes de las torturas morales de su nación, sino de Polonia que está encarnada en su obra simbólica "Rey Espíritu".

Perennales los triunfos de la belleza cuando rinden los pueblos la consagración de amor a sus paladines y guardan con veneración sus cenizas, demostración de gratitud que es más perdurable que el bronce de los majestuosos monumentos, porque permanece latente y burlada en las almas.

En medio de la corriente positivista del siglo que se empeña en atrofiar los sentimientos altruistas y los ensueños desinteresados, la poesía, inspiradora del mundo, recibe aún supremos homenajes, preferentemente si es intérprete del genio nacional, fiel trasunto de sus dolores y aspiraciones.

Los bardos cívicos han sido conductores de multitudes. La chispa eléctrica de sus versos ha prendido en el patriotismo de las masas que han ido a los campos de batalla a morir por el suelo sagrado que custodian.

Tal en lo antiguo Tirteo. Entusiasmaba a los griegos en defensa de su patria.

Los pueblos se han servido de los mimados de la poesía para afianzar sus conquistas de libertad y robustecer sus ideales. La poesía ha vigorizado las ideas de independencia, encumbrando hasta lo sublime los sacrificios por la patria. La leyenda popular ha regado con agua

de inmortalidad las flores poéticas.

Polonia, nación épica que tanto combatió por su emancipación, tiene poetas insignes, reflejo de los titánicos esfuerzos de su suelo heroico. Los célebres cantores, mezcla de guerreros y de homéricos rapsodas, han vuelto viril el espíritu del pueblo, reviviendo las proesas de Tadeo Kosciusko, adalid de América, y aprestándole para las luchas por su autonomía.

GRANDES NOVELISTAS

Tal vez la novela no esté en crisis como algunos críticos aseguran. Lo que más bien acontece es que las inquietudes de la hora le están dando otras modalidades, otros rumbos. Hasta se va descartando lo novelesco y la congruencia de la trama en algunos libros imaginativos modernos. Impera el análisis psicológico, a la manera freudiana, llenando de alarma a los espíritus.

Marcelo Proust abrió la marcha, con tanta prolijidad, que Andrés Maurois dijo de él que observaba a los personajes con la atención que un naturalista a los insectos.

Poder asombroso de comprensión introspectiva en el laureado novelista, tan magistral en la presentación de retratos y protagonistas, que gran parte de su vida no salió de su habitación, en la que su enfermedad le retenía.

A raíz de la guerra europea surgieron narraciones

basadas en la terrible historia, recuerdos tremendos de las matanzas, de las escenas de horror y fuego que, por contraste, impulsaban a trabajar por la paz del mundo, afirmándonos en el humanitario anhelo de que las guerras desaparezcan, para que surja la concordia universal, mantenida a costa de toda clase de sacrificios. De las prolongaciones de la guerra, de su crisis, ha hablado el novelista alemán Hermann Broch.

Este género de relatos bélicos brotan en Alemania, Francia y España principalmente. Remarque, el suizo Luis Dumur, nacido cerca de Ginebra y estudiante de la Soborna, y Blasco Ibáñez, para no citar otros como el gran desaparecido Barbusse, impresionaron con las desventuras en los frentes de combate, los dramas en los aires y las profundidades de los mares. Aventuras de espías aumentaron el pavor. También el diabólico Rasputín dió tema para algunas novelas sobre fondo de realidad.

La mundial desorientación no perdonó a la novela. Hoy es social, revolucionaria y delatora de muchas miserias. Tomás Mann "ha enrarecido el aire". Andrés Gide trata de asustarnos. La crudeza en el lenguaje sale del fondo del pueblo a revelar sufrimientos y torturas de las clases trabajadoras. El arte ha fugado de algunos libros, para ser sustituido por el cuento nervioso, plástico, martirizante; por el diálogo descarnado y breve, por la rápida brochada del medio ambiente, tosca, sin atenua-

ción de lacerias y luchas tenebrosas con la miseria y el hambre, como aquella del noruego Canuto Hamsun, aprendiz de zapatero y siete oficios. Quizá intentó su autobiografía. Más desgraciado fue, según afirman, el novelista D. H. Lawrence, que vivió en la miseria y murió de hambre.

Sobre estos argumentos de pesadilla, sin quitarles los méritos peculiares que muchos encierran, cónsonos con el período transitorio que agobia al orbe, se colocan otros de interés más universal, como las novelas de Sienkiewicz y Reymont.

Uno de los libros del primero tuvo la suerte de ser traducido a más de treinta idiomas, lo que acredita su trascendencia, que le imprimiera sello cosmopolita.

Quo Vadis? pertenece a todos los tiempos "Los campesinos" son como el himno heroico del cultivo infatigable de la tierra que a veces, como adusta madrastra, se rebela contra esfuerzos y cariños.

Numerosas las versiones de *Quo Vadis?* al castellano. Las ha habido hasta en la América, como la de Eduardo Poirier. Han aparecido expurgadas de la orgía romana, mutilación extremista. Atrae por sus cuadros de profunda emoción, ya rasgos de nobleza y fidelidad, ya crueldades y perfidias, ya la visión inolvidable de Ligia y del apasionado Vinicio, ya la mole de Ursus. Los típicos personajes se graban en la memoria, al evo-

car un mundo muerto que parece de leyenda. Va el lector por los meandros oscuros de las catacumbas, por los jardines cesáreos iluminados con teas humanas, por las calles de la Ciudad Eterna, por las gradas del circo, a contemplar, con el alma desgarrada, siniestros espectáculos. Emerge la virtud, salvándose de los antros del vicio. A la opulencia tentadora, se opone la pobreza sublime. El sentimiento fraterno, la ternura, el amor puro triunfan de la dureza, lascivia y barbarie.

En mi primera juventud, me fue propicia la lectura de muchos libros de Sienkiewicz. Desde entonces simpatice con el fecundo novelista, y nació en mi espíritu el interés por Polonia.

Con cálida, con grata emoción añoro aquellas obras. Todas me gustaron en la diversidad de argumentos. Mi alma se abría al amor: encontré ternura en esas páginas. Mi alma vibraba por el sentimiento cívico: hallé patriotismo inmenso en los relatos. Mi alma se apasionaba por la libertad: viví horas de libres enseñanzas, de las que surgía la emancipación de la conciencia. Mi alma gustaba de la belleza: me sumergí, como en terso lago, en la hermosura sienkiewiczana. Me inquietaron sus producciones.

Recuerdo que una de sus novelas leí cuando me hallaba en cama — enfermo por la fatiga de la oficina hacendaria en que fui Jefe de la Sección General — y

significó para mí suave remanso espiritual y calmante de los padecimientos físicos. Era «La familia Polanieckick»

¿He de confesar que algunas húmedas hojas de *Quo Vadis?* me arrancaron lágrimas? No me ruborizo al consignarlo, en esta hora del mundo en que el endurecimiento parece reinar como un frío consejero del mercado material que todo lo quiere positivamente y que echa a mala parte los nobles frutos del sentimentalismo.

Pero el novelista polaco, no solamente describió con matices de un Miguel Angel las costumbres de la vieja Roma: puso también de relieve la epopeya polonesa, en la admirable trilogía de legendarias luchas contra cosacos, suecos y turcos, en que se destaca Pan Miguel Wilodyjowski. “A sangre y fuego” y “El Diluvio” completan la grandiosa creación. Narra más contiendas en «Los Cruzados». Retrata, con dulzura cautivante, la tranquilidad del hogar, los encantos de la familia, el amor suave que destaca a los connotados. Torturas íntimas, desesperación de la hermosura perdida en «Hania». Profundidad psicológica en «Sin Dogma». Sus cuentos son de dos clases: humorísticos los unos, de reminiscencia clásicas los otros. Merecidamente le fue discernido el premio Nobel de Literatura.

También lo obtuvo otro gran novelista: Ladislao Reymont, oriundo de la aldea de Kobilec.

Formó la epopeya del campo, desplegando sus fae-

nas típicas en las cuatro estaciones, recomendándonos caracteres de insuperable fidelidad, retratando, se diría fotográficamente, costumbres campesinas, cosechas, incendio de poblados, riñas sórdidas, tentaciones pasionales, emboscadas, escenas de hambre y de mendicidad, de *áurea mediócritas* y de ahorro. El contraste es maravilloso: junto a la placidez y la alegría, la agitación dura y el dolor. Brota el amor a la tierra, el arraigo del sirvo de la gleba, el heroico afán de cultivo, propio de la guardosa hormiga.

De reproducir descripciones, llenaríanse páginas por centenares, sin acertar a distinguir cuáles son las más bellas, en la armonía y diversidad de las etapas del año. No pocos de sus personajes emergen como tallados en bronce o mármol por buril de algún artista del Renacimiento, tan inconfundibles y perdurables se destacan, con sus líneas que ponderan la habilidad del esteta y del psicólogo.

Trazó la apología de la vida campestre el novelista Canuto Hamsun que ya recordé. Compartió el premio Nobel de literatura con el poeta suizo Spitteler.

Enemigo de las comparaciones, lo que con entusiasmo me place anotar es el enorme espíritu de observación del novelista polaco que en sus aventuras corre parejas con el de Gudbranstad, porque ambos sufrieron penalidades, conocieron la miseria, tuvieron muchos oficios y empleos, viajaron sin descanso

De las numerosas obras de Reymont, como cuentos y novelas, sólo he leído «Los Campesinos» y el «Vampiro».

Después de saborear la primera, no me entusiasma la segunda. Las demás, citadas en su vasta bibliografía, no he tenido la suerte de conocer.

Pero me bastan «Los Campesinos» para admirar y aplaudir con fervor la estética del novelista que, con fondo de tanta realidad, ha levantado hasta la cima un monumento de arte. ¡Qué cuadros tan bellos, cada uno en su marco, los de las estaciones anuales! Hasta en las digresiones diminutas pone la brochada de interés y muy humana, lo mismo al tratarse de los chicuelos, hijos de los labriegos, que de los animalitos domésticos. Aldeas, cabañas, tabernas desfilan ante el ojo avizor del novelista. Se escuchan los cantos del villorrio, entre ellos la "canción del lúpulo" o chmiel. Bodas, riñas, amoríos, celos, toda la comedia humana brota de la tierra.

Conmovidos, pero no fatigados, con la intensa lectura de "Los Campesinos", quedamos bajo la abrumadora impresión de una obra maestra, propia del genio, que nos sobrecoge y desorienta por su magnitud.

CANCION MUY POPULAR EN QUITO

Está de moda acordare de algunos varones que honraron a la humanidad. ¿En qué forma lo hace para tributarles su admiración? Cada cincuenta o cien años. Quincuagenarios o centenarios son los caballos de batalla de la fama, lo que prueba cuán efímera es la gloria. ¿Habrá en esto también un secreto golpe de la suerte? ¿Menospreció la gloria a quien al pie de su retrató puso esta sentencia: *Laudes et injuria vulgi in promiscuo habenda sunt?*

No todos son recordados en el largo espacio del siglo o medio siglo. Algunos genios, sin merecerlo, duermen el sueño eterno, sin que la evocación centenaria derrame su lluvia de refrescamiento.

Tranquilos en sus tumbas, en vano esperan la trompeta que les llame a juicio.

Ha despuntado el alba del tercer centenario de la muerte de un español extraordinario que ha dado motivo para que la existencia se acorte estudiándolo, tan complejo es y tan innumerables partos dio al mundo.

Lope Félix de Vega Carpio y Fernández, madrile-

ño genuino, del corazón de la ciudad, nada menos que de la calle Mayor, nació en la casa situada frente a la que fue hogar por mucho tiempo de Calderón de la Barca. Es el tipo del aventurero español. Desde muchacho, ya se lo encuentra prófugo del hogar paterno y mezclado en ligera peripecia carcelaria.

No una sola vez soldado, hombre de escenas amorosas desde la muy juvenil con Dorotea, por dos ocasiones sujeto al vínculo matrimonial, secretario de grandes señores, hombre de andanzas, desterrado, mezclado en pependencias, clérigo, protonotario, familiar de la Inquisición, surtidor del teatro, ¿qué no fué este pasmo de fecundidad?

Espanta la cantidad de sus libros, correspondientes a todos los géneros literarios: poesía lírica variada, dramática, bucólica, didáctica, numerosas epístolas, no menos abundantes cartas, novelas, poemas épicos, serios y burlescos, ¿qué no escribió este pasmo de la naturaleza, familiarizado con las musas desde sus tiernos años, que sin esfuerzo alguno, a veces burla burlando, alzaba la com puerta de su inspiración y el torrente de bordones se desbordaba?

El notable crítico alemán Adolfo Federico, Conde de Schak, que con tanta devoción ha estudiado el arte dramático español, tiene a Lope de Vega como a dominador y creador del teatro durante media centuria.

gencias que pocos mortales alcanzan.

«De lo que nadie puede dudar, dice Luis Bermúdez de Castro, es de que Cervantes fue el hombre de su siglo: el renacentista español, el arquitecto y escultor del idioma castellano, el tronco robustísimo de donde brotarían ramas tan frondosas como Lope de Vega, Quevedo y Góngora, Cervantes fue el fundador de la literatura; Lope remozó la savia con la tendencia popular, Góngora introdujo la erudición y culteranismo: y Quevedo unió lo erudito y lo popular».

Si la tradición no exagera, Lope de Vega componía versos desde muy niño, desde antes de saber leer ni escribir, ya que a los cinco años los dictaba a sus hermanos mayores. Esta vocación para las letras le permitió trazar millones de versos y mil ochocientas comedias sin contar, agregan, no pocos autos y otras escritas en colaboración con algunos ingenios. José María Salaverría anota: «Se habla de dos mil piezas escénicas y todavía queda corto el cómputo» Usó los seudónimos de Gabriel Padacopeo, en los *Soliloquios*, y de Tomé de Burguillos en sus poesías burlescas.

Viejo ya, dedicó su comedia "El verdadero Amante" a su hijo Lope Félix, según lo ha recordado Diego San José. Allí le decía, entre otras franquezas: 'Yo he escrito novecientas comedias, doce libros de diversos sujetos, prosa y verso, y tantos papeles sueltos de varios

sujetos, que no llegará jamás lo impreso a lo que está por imprimir, y he adquirido enemigos, censores, asechanzas, envidias, notas, reprensiones y cuidados; perdido el tiempo preciosísimo y llegado a la "non intellecta senectus", que dijo Anonio, sin dejarnos más que estos inútiles consejos"

Anciano murió el dramaturgo. Se apagó su genio el 27 de agosto de 1625. Fue afortunado hasta en sus funerales grandiosos. Dejó familia y amigos que le recordasen. ¡Cuán distinto el sino de Cervantes!

A los trescientos años de su desaparición ¿qué se puede expresar de nuevo en su elogio? Necesitaríase dedicar una vida con este objeto, pero los tiempos no permiten esta clase de búsquedas y abrumadores homenajes.

Una cosa me llama la atención: que altos críticos de ayer y de hoy le denominen únicamente ingenio. "Hoy como ayer, aquel gran ingenio es vértice de los entusiasmos, porque su poesía es, a la vez, para pocos y para muchos", expresa Américo Castro. Ni un momento le bautiza como a genio el crítico Enrique Díez—Canedo en el retablo de la vida de Lope. En cambio, otros le colman de epítetos insuperables.

Pasarán los siglos, pero quedará en pie el monumento de sus obras, porque tuvieron por base el amor, lo que es muy humano y duradero.

No falta quienes se hayan escandalizados de sus a-

moríos. A sus debilidades de sacerdote enamorado, todavía hay censores que las denominen iniquidades, inspirados por la meticulosidad de las conciencias timoratas que rayan en hipócritas. Si deslices se registran, pálidos quedan ante su caridad inagotable.

El Conde de Schak afirma que los versos brotados del natural numen del madrileño incomparable, confirmador de la doctrina estética de la "difícil facilidad", patrimonio de los genios, eran leídos con deleite en Italia, Francia, y América.

Sin duda por esta circunstancia, llegaron, a lo que hoy es la República del Ecuador, en viejas centurias. Lo cierto es que en el solar ecuatoriano, y preferentemente en Quito—cuna de populares artistas musicales—se ha difundido tanto «La Barquilla» de Lope de Vega, que su enternecedor aire melodioso es conocido por la mayoría.

¿Quién no la oyó cantar desde niño en muchos hogares al són de la guitarra? He vuelto a escucharla más tarde con acompañamiento de piano. Enternecen sus notas, que parecen melancólica quejumbre. Sus ingenuos y fluídos versos consueñan con el sentimentalismo de los acordes. Son ayes arrancados de lo íntimo del corazón por autor desconocido.

Alegóricamente, la letra exterioriza la enseñanza del dolor de la vida, llena de peripecias, efímera e in-

cierta como la del frágil barquichuelo que sin rumbo se engolfa, hasta que va, perdido su gobierno, a despedazarse entre las rocas y escollos de la costa. Se refiere a la suerte varia, acariciada por la esperanza loca. Encierra suave simbolismo filosófico.

El ansia de imitación, la secreta envidia, el afán de *no ser menos*, el antojo de la dicha ajena, en una palabra, pierde a las naves que se aventuran por la misma ruta. Si unas—a merced de los caprichosos vientos de la fortuna— saliendo desgraciadas volvieron venturosas; a las demás, les perjudicó la felicidad de las otras.

“Dirás que muchas barcas, con el favor en popa, saliendo desgraciadas volvieron venturosas”, concede el poeta, para advertir enseguida: “No mires los ejemplos de las que van y tornan, que a muchas ha perdido la dicha de las otras”.

Sigue la filosofía en aumento cuando habla de que en el mísero mundo muchas cosas nos hacen falta cuando todavía alienta la llamita de la salud, y cuando, perdida del todo ésta, caemos en el sepulcro, todo sobra.

Y en medio de tan hondas y sentidas lecciones, la tristeza del estribillo que compadece a la “pobre barquilla mía”, desgarrar los pechos como con el garfio del pesar. El argumento musical es tan fácil, que se graba, sin esfuerzo alguno, en la memoria desde la primera vez que se lo escucha.

El pueblo, que todavía halla recóndito consuelo cantándola, seguramente no sabe quién fue el autor de canción tan espontánea. Para convencerme, he preguntado en muchos hogares quiteños y nunca me dijeron el nombre del vate que la compuso.

Sin embargo, en alas de la fama y de la sencillez artística, ha ido de boca en boca, tarareada, hasta por los aficionados, en las gradaciones de la escala social, interpretada con riqueza de requiebros, adornos de yaraví y otras añadiduras musicales.

Se ha conservado en la memoria por tradición, pasando de padres a hijos, desde lo más antiguo. A gente muy anciana he oído contar que la tonada "Pobre barquilla mía" no era desconocida por sus longevos abuelos.

¿En qué época vino al Ecuador y qué pormenores la rodearon? ¿Quién adaptó la clásica y española letra del siglo décimo séptimo a la doliente música, difundiéndola por el hogar nacional? Sea de ello lo que fuere, lo cierto es que una canción de Lope de Vega todavía se mantiene en el folklore del pueblo quiteño.

Solamente los eruditos, que saludaron quizá en el colegio algún texto de "Retórica y Poética", no han de ignorar que suelen los preceptistas literarios ponerla como ejemplo, al tratar de ciertas figuras de pensamiento, y poseen noticias de su autor, por más que no hayan leído

ninguna otra obra del prodigioso talento, familiar desde el citado aspecto lírico, en tierra ecuatoriana.

Le mereció recomendable atención, como lo prueba el haberse acordado en su "Laurel de Apolo" de nuestra compatriota, la memorable intelectual doña Jerónima de Velasco.

Afirman que "La Barquilla" fue escrita en Cádiz a fines de 1588, cuando el genial poeta regresaba derrotado a las costas gaditanas a recibir el amable hospedaje del célebre médico y astrólogo su amigo Diego Arias (Piscator). La ciudad ha perpetuado tan aplaudida composición al donominar "Barquillas de Lope" al Viejo Campo de Huelón. De Cádiz partiose Lope de Vega a Toledo.

¿No será la «Barquilla» significativo emblema del poderío del arte popular y fecundo, por todos comprendido y para todos emocionante y simpático?

Ha enclon de adorable fluidez, como casi todas las creaciones de Lope de Vega. Innumerables las que exhalan, además, el perfume de la inspiración y la belleza. No sería tan aplaudida y sorprendente su fecundidad, si no dardera frutos de valía. Poder de improvisación y brillo imaginativo las realzan.

"Nuestra admiración no nace— observa el Conde de Meluk— de la multitud de sus producciones, sino de las excelencias y perfecciones que las distinguen, de la fuerza creadora poética, que se descubre en ellas, de la



inagotable riqueza de su inventiva y de su exuberante imaginación. Muy al contrario: de fundar nuestro exclusivo aprecio en la cantidad de las obras de Lope, confesaremos espontáneamente que hubiera sido más grande concentrando también más sus facultades. Pero si todo lo suyo no es de igual valor, si la rapidez con que escribía ha perjudicado a la plena perfección de algunas de sus composiciones, recordamos de nuevo el número prodigioso de ellas, y consideramos que ha escrito más dramas buenos que otro cualquier poeta dramático del mundo conocido y que, por consiguiente, merece que se extienda el manto del olvido sobre los defectos de todos los demás”

Confirma tan autorizada opinión el crítico moderno José María Salavarría, que dice: «Pero la facilidad sola no significaría mucho, si además de ella no le hubiera otorgado el destino el dón del buen gusto y el talento de acertar siempre, hasta en los casos peores en que la extremada precipitación de una comedia escrita “en horas veinticuatro” hacía temer un resultado infeliz. Si necesitáramos fijar el tipo representativo y genial del escritor de raza, escogeríamos a Lope de Vega, sin temor a separarnos demasiado de lo realmente justo”.

Sin ánimo de contradecirle en este último punto, y sólo como afectuoso impulso individual, muy arraigado desde la infancia, nos atreveríamos muy humildemente

nosotros a decidirnos por el divino Cervantes, como escritor racial y genio de la lengua castellana, que ocupa el merecido trono entre los genios del universo.

Quito, a 27 de Agosto de 1.935, tricentésimo aniversario de la muerte del «monstruo».

FILOSOFIA DE LAS ESTATUAS

Lecciones para la posteridad — El futuro del Arte - Botellas Poéticas — La honradez pública — Empleados humildes — Columnas a los héroes ignotos — El heroísmo colectivo — La base de una biografía — Estatua a una mujer ilustre cubana: —precedió a esta demostración el Libro.

Estatuas, ¡cuántas faltan! ¡cuántas sobran! La humanidad repara sus olvidos erigiendo un busto al postergado, cuando él se pudre o ya tornó a la nada. Pasan siglos... y entonces la injusticia al fin tardíamente es remediada.

Se reflexiona, se estudia y, a la postre, se ha caído en la cuenta de que esa cumbre mereció una estatua. Otras veces, pasiones, fanatismos, ansias de endiosamiento imponen una estatua. ¡Oh, que fuera de corcho como el protegido! y no de granito para quien no merece. Por

adulo, la fiebre de un partido encarna en bronce al que mal o bien representó una idea o salió triunfante en alguna empresa. Otras exageraciones e intolerancias se oponen a que la apoteosis se corone, tratándose de varones que tuvieron resistencias y dejaron a muchos sin amparar y se resintieron por ello los no favorecidos.

Hasta en vida se han dado casos de servil rendimiento a los tiranos. Los sabios, sí, los artistas, los pensadores, merecerían estatuas antes que se hundan en la fosa.

¿Adular a los muertos? Dinastías, familias numerosas, prosélitos y compadres han quedado. Por ellos se levanta el monumento.

También, mísera vanidad, a la sombra de una estatua viven seres insignificantes, mendigando la participación de una gloria que no tienen.

Si muchos que se yerguen en el pináculo de sus respectivos monumentos resucitaran, morirían de nuevo, por repugnancia, por enojo, al ver que fueron explotados por los vivos, so pretexto de estatuas y homenajes.

Errores en política y errores en el arte, corrientes del momento, modas, entusiasmos, endiosan al pigmeo. Después se levanta, como sombra acusadora, como imagen pétrea, la descarnada realidad, que pone en evidencia la falta de probidad, el criterio parcial.

¿Discrimen en el arte? "Lo que hace que sea tan

difícil establecer reglas fijas en la crítica del arte, dice Guyau, es que el objeto supremo del arte no es fijo: la vida social está en constante evolución no sabemos jamás seguramente lo que será mañana la humanidad”.

No desconocemos las nuevas necesidades, las flamantes aspiraciones, las ansias modernas, el anhelo de originalidad, los desconocidos rumbos de la belleza, los caminos de la sensibilidad, la manera actual de comprender las cosas, sus puntos de vista distintos a los anteriores, el ansia de impresionar y salir de las trilladas sendas; pero de esto, que es muy humano y explicable, al disparate, a la tontería, a la simulación de hermosura, al capricho vanidoso hay un abismo.

Un gran crítico cubano, en carta dirigida a don Celio Varona, se muestra impotente para comprender ciertos versos modernísimos, como si dijéramos de vanguardia, en los que no encuentra la armonía del ritmo, ni el conocimiento de la técnica ni nada.

Con mucha gracia llamó «botellas poéticas» a esos renglones cortos, de distintas y arbitrarias dimensiones, que por su fondo y por su forma, antes que versos melódicos, material de la poesía, parecen «tomaduras de pelo».

Quedamos fríos, indiferentes, ante tanto prosaísmo que se nos da hoy día en forma de verso. Se emplean las voces más vulgares que, leídas de corrido, hacen la impresión de las más inarmónicas frases cortadas o de las

más vacías y sordas cláusulas.

Olvidan los innovadores que el verso es música; al ritmo interior que va a golpear a las almas se une el ritmo exterior que alhaga a los oídos.

Así lo entendieron los más grandes poetas que limaron sus obras.

Ocioso habría sido, de no apreciarse así al verso, el ímprobo trabajo, la esmerada labor de toda una vida del gran Heredia que buriló esos poemas de oro, esas filigranas maravillosas, los «Trofeos». No ha dejado al mundo otro libro; pero aquellos sonetos son inmortales.

¿Para qué entonces el anhelo de otro gran esteta de sacrificar un mundo para pulir un verso?

La honradez y el buen gusto, el alto sentimiento de la belleza, han de combatir la difusión de esas «botellas poéticas».

«Por lo menos han suprimido las ideas que puede comprender el lector y ponen las que tal vez pueden comprender ellos mismos, si acaso. Y los hay que ni ellos mismos se comprenden. ¡Rarezas del genio!

“Sin embargo, a estos genios vienen luego otros genios parecidos y los ponen, por confraternidad o por aquello del «traje invisible», en antologías de uso particular. ¡Idiotas, como si se pudiera engañar a la posteridad!

“¿Ya ve Ud., Sr. Varona, lo que son «botellas poéticas»?

“Han suprimido todo esfuerzo para escribir versos y ser poetas gloriosos.

“Esto me hace recordar a una cocinera muy mala y muy haragana que había en mi casa cuando yo era muchacho. La enseñaron a hacer croquetas: carne, jamón, huevo cocido, especias, etc. Después de envuelto todo eso, se amarraba todo con una hebra de hilo y se ponía a freír.

“La cocinera de mi casa suprimió poco a poco el jamón, el huevo cocido, las especias, etc. y acabó por amarrarle hilo a la carne solamente, ¡Botella culinaria!

“Así es cómo están haciendo los poetas ultramodernos sus admirables versos: de pura botella!

“Del mismo modo que los políticos inventaron la «botella» burocrática para cobrar sueldo sin realizar trabajo, los «aedas» inventaron la «botella poética» para ganar renombre y gloria con el menor gasto de ideas y el menor trabajo posible.

“Han suprimido la métrica, que era una de las mayores dificultades para los principiantes en el arte difícil de hacer versos. Medir los versos equitativamente, sin dejarlos cojos, era requisito indispensable para ser poeta, regular poeta siquiera. Los «poetas» modernos y geniales que todo lo confían a su genio, no andan creyendo en medidas y cada vez que escriben una de sus maravillosas composiciones, o descomposiciones, fundan un hos-

pital de cojos.

“Han suprimido los consonantes, lo cual era también un estorbo y una dificultad para llegar a ser poeta, regular o bueno. Tontos de Campoamor y Zorrilla, de Heine y de Bécquer, de Heredia y de Darío, el tiempo inútil que gastaron y el esfuerzo que realizaron en busca de escogidos, apropiados y sonoros consonantes, cuando sin trabajo ninguno podían haberse colocado por debajo de la cerca de la gloria y penetrar en la Inmortalidad, pura botella!

“Los «aedas» han suprimido, además, lo que tiene de musical y armónica la poesía. ¿Y si no es poesía? Es prosa recortada, en pedacitos cortos que el «genial» autor colocó a su antojo y capricho para hacer creer que escribe en verso y que es poeta. Si estos señores reniegan tanto de la verdadera poesía, ¿por qué quieren ser verdaderos poetas? Inventen otro nombre que les venga mejor. Poetaviques, por ejemplo. ¡O «aedas», vaya! ¡Quédense con el nombre de «aedas», que después de todo significa bien lo que ellos son, porque no significa nada. (Aé, aé aéééé la poesía!)

“Por último, los «aedas» han suprimido de los versos las ideas, lo cual era también una dificultad.

“—¿Y en el medio?

“—En el medio, éste es el cuento, ¡hay que poner talento...”.

* * *

Tan rara va pareciendo la honradez pública, que ya reclaman para ella honores y recompensas. Pasaron modestamente por la vida, cumpliendo con sus deberes, los funcionarios sencillos y ejemplares, sin soñar en póstumas excelencias, ni pedestales suntuosos.

Cuando cayó en la tumba el gran francés Emilio Loubet, que no sólo figuró como jefe del consejo de ministros y secretario de Estado en la cartera de lo interior, sino que fue en 1889 elegido Presidente de la República, en época de históricas agitaciones, la crónica recordó que personaje de tanta valía no había desconocido nunca su viejo cargo de alcalde de la humilde aldea de Montelinar, en 1870.

El Ecuador se honró también con un enorme artista, escritor y verdadero ministro de instrucción pública, don Luis Martínez, que se acordaba con orgullo de que fue teniente político de pueblo. Y no es caso aislado: otros tenientes políticos de aldea llegaron a integrar los gabinetes administrativos de Alfaro y Plaza.

Estimula que, gracias a sus merecimientos y honradez acrisolada, hayan ascendido desde los más bajos peldaños de la burocracia, como Loubet, ardiente partidario de la revisión del célebre proceso Dreyfus, que había condenado a un inocente. El verbo acusador de Zo-

la resonó entonces y fue a repercutir con simpatía hasta en las soledades de la Isla del Diablo.

Nada es más ejemplarizador que el firme avance de un hombre público en el camino del perfeccionamiento; pero nada también conspira tanto contra el civismo como el audaz arribo de quienes sin aptitudes y méritos se aupan a los más altos destinos. Lógico es progresar después de provechoso noviciado que atesora conocimientos y experiencia.

Las improvisaciones pierden a muchas figuras americanas que sólo brillan momentáneamente y merced a las circunstancias.

Por esto, honra a los gobiernos y a la administración pública la selección de sus empleados, el sereno análisis de sus antecedentes, virtudes y merecimientos. La honradez ante todo, porque con ella esplenden los demás actos del que ocupa un cargo. El hombre honrado es el que ha sabido disciplinar su espíritu, porque honradez no es sólo respetar lo ajeno: es firmeza de convicciones, energía para castigar a los pícaros, nobleza de alma para desterrar venganzas y atenerse al talento y a los comprobantes de prestigio; honradez política es buscar méritos hasta entre los enemigos, aislar a los compadres y aduladores; rodearse de gente limpia, decente, idónea, laboriosa, independiente; honradez política es anteponer el civismo a las conveniencias de familia, grupo o círculo.

lo; elegir colaboradores que den lustre a la administración y, por ende, a la patria.

Empero, en las mediocracias americanas se cree que la honradez de los funcionarios sólo estriba en el respeto a la propiedad....Se les llama honrados aun cuando derrochen el oro fiscal, pues los comprobantes, perfectamente legalizados, sobran.

Todo está en regla, dicen; ningún documento falta, se ha cumplido con la ley de la fatigosa tramitación.

Adelantarían mucho más los pueblos de América si hubiera siempre valor y honradez para seleccionar a los empleados, con criterio noble y justiciero que reconoce méritos en los dispersos campamentos.

Ni palanqueadores ni turiferarios ni amigos de la trinca han de ser los que prevalezcan. Ciencia, especialización, blancura de alma, abnegación para el trabajo han de ser los únicos guías.

Y de esta manera los gobiernos y las administraciones de América consolidan su reputación y alcanzan las bendiciones de los pueblos.

* * *

Tangibles, serenas lecciones para los pueblos, las estatuas. Nos hablan del pasado como una aurora para lo porvenir. El sol de las reparaciones, aunque a veces ardío, suele despuntar, infundiendo calor de justicia en

las almas. Levantan éstas sus estatuas a los sabios, a los santos, a los héroes, a los que Grecia llamó semidioses y la era contemporánea superhombres. Las estatuas fulgen cuando méritos sorprendentes las iluminan. En ellas resplandecen las virtudes de las personas tan sonoramente recomendadas a la posteridad.

Por eso, las estatuas deben ser fruto de la ecuánime distribución de prendas morales, que está pesando las acciones humanas. Ni odio feroz al contrario, ni ciega simpatía al prosélito, ni fanatismos populares; nada más que joyas psíquicas de subidos quilates inclinarán a plasmar en el bronce la figura rectilínea de los que se llaman inmortales. El tiempo los purifica, y estos santos cívicos se deben a la historia; son trasuntos mudos y elocuentes de la manera de pensar de los pueblos.

La vida, condensada así en mármol, se ha de suponer conocida y analizada por las generaciones para esta canonización universal por la mano bendita del arte.

Si las naciones modernas, a imitación de lo que en el campo de sus creencias hicieran las antiguas, han dado en la flor de erigir columnas simbólicas a los héroes ignotos, es porque esta *anonimidad* enseña: es la encarnación del valor colectivo, es el obscuro triunfo, sin premio ni vanidades, es el esfuerzo humilde a los pies de la patria depositado: es la devoción desconocida sobre el ara sacra. Se tributa admiración a todos los heroísmos

que pasaron inadvertidos, en la metáfora sublime de uno solo; se acata, en singular, a todos los desconocidos que merecedores fueron de coronas; pero que no sabemos sobre qué sienes colocarlas.

Salvo este caso de honda filosofía, revelador de la impotencia humana, ningún personaje enigmático, ningún sujeto sin antecedentes, ningún hombre obscuro que arrastró sus años en las sombras vulgares, como un avaro en las tinieblas su oro; ninguno, es acreedor a estatua.

Si se ignoran las fuentes de una existencia ¿qué estatua cabría en justicia? ¿Qué diríamos a los niños cuando nos preguntasen qué representa aquella silueta?

En el juicio de los valores humanos, ¡cuántas estatuas merecerían ser derribadas, como severa rectificación de la historia!

El crisol de los siglos, en el fuego de la posteridad, funde los hechos y los clasifica, para conocer a los que de veras fueron dignos de esta gráfica gratitud de los pueblos.

El de Santa Clara, en Cuba, levanta hermosa estatua a la ilustre Marta Abreu, ilustre en el genuino sentido de la palabra. De sus virtudes, nos ha hablado el prolijo historiador doctor Manuel García Garófalo Mesa. Primero ha venido el libro, como si dijéramos el documento irrefutable: en seguida, la consagración broncea.

«La vida pública de Marta Abreu, ha dicho don

Francisco de P. Coronado, tiene dos aspectos, conforme se verá en este libro (el de Garófalo Mesa): uno como benefactora, el otro como patriota. En el primero, sus relaciones fueron exclusivamente con la ciudad de Santa Clara, donde se mecía su cuna; en el segundo, con los cubanos revolucionarios, y principalmente con la Delegación del Gobierno de Cuba en Nueva York. La Abreu abrió, con su dinero, colegios, dispensarios, teatros, construyó caminos, estableció lavaderos públicos, fomentó hospitales, eternizó la memoria de Conyedo y Hurtado, distribuyó caridades a los pobres y se acordó de ellos hasta en el cementerio.

Dio a su pueblo la luz eléctrica material, y contribuyó a darle la auténtica a su patria: la libertad. Perpetuos testigos de ello Tomás Estrada Palma y mil cubanos patriotas y esforzados.

“—Si se sometiera a una deliberación en el Ejército Libertador, expresó con razón el General Máximo Gómez, el grado que a dama tan generosa habría de corresponder, yo me atrevo a afirmar que no hubiera sido difícil se le asignara el mismo grado que yo ostento”.

¡Cómo no alzar sobre base de granito a figuras tan preclaras!

¡Precedan las biografías como estable monumento espiritual, y después, como corolario, surjan las apoteosis materiales!

SE TERMINO DE IMPRIMIR, ESTE LIBRO,
EN LOS TALLERES DE LA IMPRENTA

« E C U A D O R »

SITUADA EN LA CARRERA GUAYAQUIL N. 36,
EL 10 DE NOVIEMBRE DE 1935.
QUITO—ECUADOR S. A.

I N D I C E

En la primera página	3
LOS GENIOS.— Víctor Hugo	5
Víctor Hugo y los niños.....	38
Ciencia y Poesía.— En el Centenario de la muerte de Goethe	42
Fausto y Léssing.....	57
Centenario de Wáshington.....	67
Honradez, Acción, Modestia.....	71
Centenarios Modestos	86
El Héroe y el Sabio.....	90
El esfuerzo propio.— Ibsen.....	96
Un Artista muy humano.....	101
Epinicio de Juan Santamaría.....	107
El sabio naturalista Dárwin	112
El soldado épico.— La Araucana.....	121
Tristezas de la celebridad	126
Espronceda	129
El aislamiento del Genio.—Centenario de Montalvo.....	134
El genio de Polonia.— Bardos Epicos	168
El genio de Polonia— Grandes novelistas	173
Canción muy popular en Quito.....	180
Filosofía de las estatuas	191

